

# El Lugar más Secreto de mi Alma

Sarah B. Robinson

*"Luché por mi libertad, y cuando la tuve, no supe qué hacer con ella".*

# El lugar más Secreto de mi Alma

SARAH B. ROBINSON



# Capítulo 1

## CAPÍTULO 1

Su tienda era su orgullo. La había fundado y visto crecer con esfuerzo. Cada antigüedad había sido escogida con esa destreza especial que él tenía para seleccionar las mejores piezas. A sus cincuenta y cinco años había logrado todo lo que se había propuesto. Incluso un buen matrimonio mientras duró. La rutina hizo mella en aquella unión tranquila que tuvo con Estela, pero se dieron cuenta de que ya no había amor, la pasión se había perdido. Estela era guapa, sofisticada, pero no había química entre ellos. Tuvieron dos hijos, Armando y Lucía. Veinteañeros cuando el matrimonio de sus padres se derrumbó. Tuvieron un divorcio como lo había sido su matrimonio, amistoso, y sin mayores emociones. Ahora era un hombre soltero de nuevo. Alto, guapo, sofisticado, distinguido, sonrisa encantadora y mirada profunda. Su soltería le gustaba, se sentía cómodo con la vida que tenía. No sabía cuán cerca estaba de vivir el mayor cambio en su vida cuando abrió su tienda esa mañana.

Allí se encontraba, tasando algunos artículos, cuando entró aquella joven. Alta, distinguida y elegante. Llevaba unos vaqueros con una delicada camisa blanca sin mangas, hombros finos y suaves bajo su cuello espigado. Una mirada decidida y a la vez cándida en aquellos ojos color caramelo, su boca de labios color rosa, cabello castaño, liso y de corte recto perfecto. En la vida de Gonzalo hubo mujeres hermosas, pero esta chica tenía ese frescor y esa facilidad de movimientos de quien no tiene que hacer nada para ser notada. Inmediatamente Gonzalo mostró su encantadora sonrisa y se dirigió a ella.

— Gonzalo Márquez. ¿En qué puedo ayudarle?

La chica batió su lacia cabellera castaña y le explicó:

—Busco el regalo perfecto para el aniversario de mis padres, pero hasta ahora, nada ha podido convencerme. Quiero algo distinto, interesante, pero no sé lo que es. ¿Puede recomendarme algo?

—Sin duda, señorita...— hizo una pausa a propósito para que dijera su nombre, a lo cual ella repuso enseguida:

—Sofía... Sofía Montemayor— le tendió la mano, la cual estrechó él, con la mayor caballerosidad — Es un placer.

— El placer es todo mío, señorita Montemayor.

—Sofía, por favor, llámeme Sofía. Muy bien, Gonzalo. ¿Podrías recomendarme algo?

— Efectivamente, tengo algo que si sus padres aprecian las antigüedades, debería fascinarles. Se trata de un juego de baúles gemelos para joyas del siglo 18 elaborados para una pareja. Acompañeme y se los enseño. Se dirigieron a otra zona de la extensa tienda, y efectivamente, los baúles eran perfectos. Exquisitamente labrados en madera de ébano. Sofía sintió emoción al conseguir por fin el regalo perfecto. No importaba cuánto debiera pagar por ellos, eran hermosos y a sus padres les encantarían.

Gonzalo comenzó a hablarle de la historia del juego de baúles, pero Sofía ya no le escuchaba. Lo miraba, aparentemente interesada en lo que decía, pero en su interior observaba aquella boca gruesa y sexy, esos ojos profundamente negros en los cuales sentía que podría hundirse. Y cuando le sonrió y mostró sus dientes perfectos, ella literalmente sintió un vuelco dentro de su pecho.

" ¡Sofía, control! ¿Qué te pasa? ¡Este hombre puede ser tu padre!" — se dijo a sí misma llamándose al orden.

Mientras tanto, en la mente de Gonzalo sucedía algo parecido, y es que el hombre no lograba comprender lo que despertaba en él esa chica, quien muy probablemente, tuviera la edad de su hijo Armando. Trató de mantener la compostura. De esa forma, logró realizar la venta y fue al facturar cuando le pidió a Sofía sus datos personales para realizar el envío del obsequio cuando supo que la joven vivía en uno de los sectores más exclusivos de la ciudad.

—No debe preocuparse por nada, sus padres recibirán su obsequio el día y hora convenidos, yo mismo me ocuparé de ello.

— Confío en usted, Gonzalo. ¡Estoy segura de que mis padres adorarán estos baúles! Tiene mi teléfono por si hubiera algún problema — le tendió su mano y se despidieron amablemente.

Gonzalo se dirigió a su oficina y cerró la puerta. Caminó a su pequeño bar ubicado en una esquina del despacho, se sirvió un trago y se sentó ante su escritorio. Se sintió absurdo al no poder sacar de su cabeza la imagen de la joven. Una y otra vez venía a su mente aquel rostro de barbilla erguida y esos ojos en los que se sumergía. Se regañó a sí mismo al pensar en la edad de la joven.

Esa misma tarde Sofía se encontró con su amiga Ana para comer, quien, viendo a Sofía abstraída en sus pensamientos, la interpeló:

— ¿Entonces vas a decirme lo que piensas de una vez o lo tengo que adivinar?— la chica pelirroja era la mejor amiga de Sofía desde el instituto

y siguieron juntas en la universidad mientras cursaban la carrera de Medicina y aún ahora durante la residencia para optar al máster. — Más te vale que me digas qué es eso tan interesante que me tienes hablando sola hace rato.

—Con sinceridad, An...— hizo un gesto de resignación ante la intensidad de su amiga- Hoy conocí a alguien.

— ¡Ya lo sabía! ¡Cuéntamelo todo!

— No hay nada que contar, no seas cotilla.

—¿Y quién es él?

— Se trata del dueño de la tienda donde compré el regalo de aniversario de mis padres. Un par de baúles antiguos, tipo joyeros, preciosos.

— No me interesan los baúles. Acabas de decir "el dueño". ¿Se trata de una tienda de antigüedades?

— Sí, la que está en la avenida 12...

— No me interesa dónde está. — Exclamó con ojos muy abiertos — ¡Háblame del hombre, por Dios!

— No sé cómo explicarte, tiene una mirada profunda, unos labios muy sensuales y una sonrisa espectacular.

— ¿Y qué pasó? ¿le diste tu número?

— Sí, al principio no encontraba nada que me gustara, pero tan pronto me atendió él, supo lo que buscaba, pareció cómo si me leyera la mente. Es un experto.

— ¿Y ese experto no te tiró los tejos?

— En realidad, creo que sí, pero no estoy segura.

— ¿Y qué hizo? ¡Venga, canta de una vez!

— Nada, no hizo nada. ¡Es un caballero! Es que es un poco mayor que yo — dijo cautelosamente Sofía.— Quizás por eso...

—¿Qué tan mayor? Tú tienes 26... Digamos que de algunos 30 o 35? Digo, porque es el dueño...- expresó pensativa Ana.

— Creo que... podría tener un poco más— expresó cautelosa la joven.

— Un poco más...¿ cómo cuánto? porque mira que ya va pasando de categoría, de tipazo a vintage. Tampoco es cuestión de andar mirando clásicos.

— Sinceramente, un poco más. No podría precisarte. Y dime ¿por fin te dijeron tus padres si estarán en la ciudad para ir a la fiesta de aniversario?  
— eludió la conversación y cambió el tema.

Los días transcurrían y Gonzalo no lograba sacar de su pensamiento a aquella chica. Esos ojos lo atormentaban y moría de ganas de verlos de nuevo. Eso pasaba por su cabeza cuando, sin detenerse a pensar lo que hacía, tomó su móvil y comenzó a marcar el número que aparecía en la factura de Sofía.

Cuando comenzó a sonar, sintió un instante de pánico y deseó que no respondieran, pero no fue así, y la suave voz de Sofía se escuchó al teléfono. Sorprendido de su propio atrevimiento, la saludó respetuosamente:

— Hola, Sofía, soy Gonzalo Márquez... quizás no me recuerdas. Soy...

— Claro que te recuerdo, Gonzalo, ¿qué tal?, ¿hay algún problema con el regalo de mis padres?— preguntó curiosa y muy extrañada.

—No, ningún problema afortunadamente. Solo quise confirmar la fecha y la hora de la entrega por si hubiera surgido algún cambio... — cerró los ojos regañándose por lo estúpido de su excusa.

—No, hasta ahora no hay cambios...— habló atropelladamente Sofía sintiéndose nerviosa como una colegiala.

— Sofía... —la detuvo antes de que continuara la frase y aclaró su voz —antes que nada, me disculpo si consideras esto un abuso de mi parte, pero realmente te llamo para invitarte a tomar algo conmigo, o quizás a cenar — se sintió como un tonto y cerró los ojos esperando escuchar la negativa de la joven. ¡¿Por qué una mujer tan joven querría salir con él?!

— Me encantaría, Gonzalo. — se sorprendió a sí misma Sofía — Sí, me gustaría ir a cenar contigo.

Aún sin poder creerlo, Gonzalo se las arregló para responder.

— ¿Te parece bien el viernes a las 8? ¿Podría pasar a buscarte a tu casa?

— Muy bien, pero estoy quedándome en casa de una amiga por un par de

semanas. Toma nota de la dirección.

Gonzalo apuntó la información y se despidió amablemente. Colgó el teléfono y lo dejó sobre el escritorio. Luego se llevó las manos a la cabeza sin poder creer en su atrevimiento de llamarla y menos aún en la aceptación de la joven.

Por su lado, Sofía estaba en shock y su amiga de pie a su lado, la miraba expectante.

— ¡¿Y a ti qué te ha pasado?! ¿Quién llamó que tienes esa cara?

— Era Gonzalo... quería invitarme a cenar el viernes.— dijo tratando de sonar casual.

— ¡Entonces vas a salir con él y no te hiciste de rogar! ¿Qué pasará con este Gonzalo que te trae de un ala?

Sofía hizo un mohín a su amiga, le dijo que se callase.

— No me importa que no quieras hablar. Igual lo voy a conocer el viernes cuando pase por ti a mi casa.

Sofía se dio cuenta de su error. ¡Debió citarse con Gonzalo en otro lugar! Ana haría un escándalo cuando lo conociese. Supo que debió negarse, pero tenía tantas ganas de verlo de nuevo.

Ambas chicas se dedicaron a su trabajo con los pacientes del hospital, sabían lo importante que era para ellas ser médicas residentes en lugar de ser estudiantes de Medicina, aunque para Sofía eso, en ese justo momento, no era su prioridad, sino saber qué le ocurría con ese hombre tan distinto a todos aquellos con los que había salido hasta ese momento.

— ¡Te ves guapísima, Sofi! - expresó Ana, arreglándole un mechón de cabello.

Sofía se volvió al espejo y se miró en su vestido color champaña.

Como no sabía a dónde irían, no estaba segura de si habría escogido bien, pero ese vestido sobre las rodillas ajustado a su cuerpo y escote en ojal, sería adecuado para cualquier lugar. De modo que verificó que estaba perfecto y se volvió hacia su amiga.

— No es necesario que te quedes aquí. Soy perfectamente capaz de abrir la puerta, chismocita. Le sonrió empujándola hacia la puerta que conducía al interior de la casa.

— Sabes que eso no va a ocurrir. ¡De aquí no me sacan ni muerta!

Las jóvenes aún discutían cuando sonó el timbre de la casa y ambas se precipitaron a abrir, pero Ana le ganó y la obligó a regresar al salón.

— ¡Yo le abro! Tú, espera aquí.

Abrió la puerta y tuvo que hacer un genuino esfuerzo para mantener la compostura al ver al hombre que venía por Sofía. Lo invitó a entrar balbuceando y le señaló el camino. Fue delante de él y lo guió al salón. Allí se dirigió a su amiga con los ojos bien abiertos dando la espalda a Gonzalo.

— ¿Qué tal Gonzalo? Te presento a mi amiga Ana.

Hicieron los saludos de rigor, y Gonzalo se volvió hacia Sofía.

— ¡Te ves preciosa! — dijo Gonzalo.

— Gracias — miró a su amiga, quien desde atrás de Gonzalo, hacía señales, y trató de sacarlo de allí — Estoy lista. ¿Nos vamos?

— ¡Pero tía! ¡Ofrécele al caballero algo de tomar! — Sofía le abrió los ojos para que no insistiera.

— Muy bien, en otro momento — dijo Ana — ¡Que se diviertan!

Al salir, llegaron al lujoso coche negro. Gonzalo le abrió la puerta y le ayudó a entrar. Dio la vuelta y entró al asiento del conductor.

Durante algunos minutos condujo en silencio buscando cómo comenzar una conversación, hasta que se decidió a hablar.

— Me alegra que hayas aceptado mi invitación.

— Realmente me sorprendí de haber aceptado porque no he salido mucho últimamente. La universidad y el hospital me mantienen ocupada.

— ¿El hospital? — preguntó extrañado.

— Sí, estoy en plena residencia para sacarme la especialidad.

— Mi hija menor también acaba de iniciar esa carrera — se estremeció ante la posibilidad de que fueran amigas.

Conversando sobre cosas sin importancia llegaron al restaurante, Gonzalo

bajó del auto y dio la vuelta para ayudar a salir a Sofía.

Ella gustosa lo tomó del brazo y entraron. El muy elegante y lujoso lugar no era justamente lo que escogían sus pretendientes cuando la invitaban a salir. Muy serio y costoso para el gusto de jóvenes calenturientos.

Inmediatamente fueron guiados a su mesa por un empleado que reconoció a Gonzalo, este les ofreció una bebida y la carta.

Gonzalo, dueño de la situación, era a todas vistas un cliente asiduo del lugar, y volviéndose a Sofía le preguntó qué deseaba tomar. Ella dudó por un instante y se decidió por el vino tinto.

Gonzalo se dirigió al sommelier y pidió:

— Trae el cabernet que suelo tomar, André, por favor.

El empleado se retiró y Gonzalo miró a Sofía directamente a los ojos.

—Sofía, no es costumbre en mí andar invitando a mis clientes. Espero que me creas —carraspeó un poco nervioso — Me apenaría mucho que te hayas sentido obligada a aceptar mi invitación.

— A ver, Gonzalo — Sofía levantó la barbilla y lo miró a la cara — Si me conocieras ya sabrías que no existe una persona en la tierra que pueda obligarme a hacer o a dejar de hacer algo— sonrió orgullosa de sí — Si vine fue algo completamente voluntario. Me agradó tú invitación y la acepté.

— Puedo asumir entonces que sabes que me sentí muy impresionado contigo.

Sofía sonrió para sus adentros y pensó: "¡¿Ay, por Dios, quién habla así en estos tiempos?! Impresionado".

— Gracias — no era la chica que bajaría la mirada ante el piropo de un hombre. Estaba consciente de su apariencia. Sin embargo, viniendo de Gonzalo, el halago la hizo sonrojar levemente, y trató de no mostrarlo. No sabía que la pregunta de ¿qué me sucede esta noche? bullía también en la mente de Gonzalo.

Los temas de conversación surgían con tanta naturalidad que la noche transcurrió demasiado rápido.

Ambos sabían que había un tema que no tocaron deliberadamente: la diferencia de edad. Les preocupaba, pero sin saberlo, los dos esperaban no tener nada en común, y por ende, no verse más, pero no resultó de

esa forma, y cada uno sabía que algo estaba ocurriendo.

Cenaron en agradable tertulia, y el tiempo voló. Igualmente, se reprendió a sí misma porque miraba a Gonzalo y se preguntaba cómo se sentiría un beso de su boca. —"No te desboques, mujer, tómalo con calma, espera al menos a saber si el tío no está deseando salir a la carrera"— se dijo así misma. Pero Gonzalo sentía el mismo apremio, aunque lo controlaba, para no ofender a Sofía portándose como un patán. Lo último que deseaba, era que Sofía se llevara una mala impresión de él, pero

el deseo de plantar un beso en esa boca semiabierta, era casi incontrolable.

Al salir, le ofreció su mano para entrar al coche. La chica la tomó y sintió un estremecimiento. Por un instante, cerró los ojos para controlar el leve temblor

que sintió en sus piernas cuando tocó su mano. Gonzalo pudo sentir en su mano el temblor casi imperceptible de la mano de la joven. Subieron al coche y realizaron el recorrido casi en silencio, cada uno inmerso en sus emociones. Un par de veces sus ojos se encontraron de frente, y algo se movió entre ellos.

Al llegar a la casa, Gonzalo detuvo el auto y se bajó para abrir la puerta de Sofía.

La acompañó hasta la entrada y aunque tuvo el impulso de besarla, se detuvo antes de cometer una imprudencia. Sofía empujó la puerta, pero antes de entrar, se volvió hacia Gonzalo y lo miró a los ojos, expectante. Él se acercó a ella, tomó su rostro con su mano y posó sus labios en los de la joven, en un beso suave, delicado y dulce. Ella elevó su mano y rozó el cabello de Gonzalo, ajustando sus labios en un beso prolongado. Ambos deseaban continuar con sus bocas juntas, pero, renuentes, se separaron.

Se miraron fijamente a los ojos y fue Gonzalo quien habló:

— Te ruego que disculpes mi impertinencia. No pude evitar hacerlo.

— Hacen falta dos para un beso. Yo también lo deseaba— respondió Sofía— Creo que ambos debemos darnos tiempo de precisar lo que queremos, no puedes negar que nos estamos poniendo intensos muy pronto y tampoco es cuestión de perder la cabeza como chiquillos— acotó ella lentamente.

— Sería muy gracioso que a estas alturas de mi vida comience a actuar como un chaval. Creo que ese tren se me fue hace rato. — sonrió él con aquellos labios tan sensuales y Sofía tuvo que contenerse para mantener la compostura y no besarlo de nuevo. — Creo que debemos dejar que las

cosas continúen su curso y ver a dónde nos lleva esto.— ¿Puedo volver a verte? — preguntó Gonzalo.

—Sí, sí puedes.

—Te llamaré mañana.

—Esperaré tu llamada — Se detuvo frente a él, elevó su rostro levemente, y él inmediatamente cubrió los labios de la joven con su boca. Se fundieron en un beso interminable, abrazados, juntos sus cuerpos, y fue Gonzalo quien tomó la decisión de detener el abrazo.

—Hay momentos en los que un hombre debe hacer uso de todo su control para no cometer errores de los cuales pudiera arrepentirse — dijo poniendo sus manos sobre los hombros de la joven.

—¿Sientes que tener algo conmigo podría ser un error?

— Al contrario, el error sería no hacerlo. Pero de ninguna manera quisiera hacer algo que pudiera ofenderte.

—Está bien. Llámame mañana y acordamos, pero de una vez te digo que no soy una delicada florecilla que puedes marchitar con cualquier cosa. Si vamos a darle una oportunidad a esta cosa extraña que nos pasa, deberás darme más crédito y no pensar todo el tiempo que podrías molestarme. Créeme que si eso ocurre, te lo haré saber — sonrió y rozó los labios de él con un dedo para quitarle un poco del labial de ella que lo había manchado. — Ahora, vete. Algunas debemos dormir.

Él se separó de ella, renuente a dejarla, y besó su mano.

— Hasta mañana... — y se fue hacia su coche. Subió al vehículo y arrancó el motor, sin dejar de mirarla. Hizo una despedida con su mano, a lo que ella respondió igual antes de entrar a la casa, y escuchó cuando el coche arrancó y se alejó, recostada en la puerta, aún sin poder creer lo que había pasado.

## Capítulo 2

### CAPÍTULO 2

Finalmente se decidió a ir a la habitación, y comenzó a caminar, pero al llegar al salón, allí estaba Ana María esperando. Sofía saltó de la sorpresa de encontrarse a alguien de esa forma.

— ¡iiiAn!!! ¡Tía, que casi me matas del susto!- le reclamó. — ¿Qué haces despierta a esta hora y deambulando por la casa en la oscuridad?

—Y tú creíste realmente que me iba a dormir muy tranquila. ¡Cuéntame qué pasó con el viejo! — respondió la muchacha quien iba vestida con un pijama que le iba muy grande.

— An, no hables de esa forma de Gonzalo.

— Cómo se supone que le diga: ¿el joven del ayer? Le digo viejo, porque es un viejo.

— ¡Es un caballero estupendo! — le contó a su amiga. — Pasamos una velada fabulosa. No nos alcanzó la noche para conversar ¡Sabe tanto de tantas cosas! —dijo ensoñadora Sofía.

— Amiga, ¿te estás escuchando? — le reclamó Ana María — ¡Sabe de todo porque tiene mil años en la tierra! ¡Es un dinosaurio! — agarró a Sofía por los hombros y la zarandeó — ¡Despierta, tonta! ¡Ese hombre puede ser tu padre!!

— ¡Pero no lo es! —le espetó Sofía —y es un hombre tan galante, tan respetuoso, tan amable, tan...

— ¡Tan viejo! — la interrumpió An —¿sí te das cuenta de que ese señor debe tener mínimo el doble de tu edad? ¿Qué se supone que tenéis en común? Reacciona o voy a tener que darte de cachetadas.

— Ya basta, Ana... Gonzalo es guapísimo y si lo conocieras verías lo encantador que es. ¡Pasé una velada como nunca antes con nadie! Me fascinó salir con él y espero que cuando volvamos a vernos sea tan fabuloso como hoy.

— ¿Ah, pero es que pretendes volver a verlo? — le preguntó asombrada su amiga- ¿Qué te está pasando, Sofía? Jamás habías salido con alguien como él. Ese tipo es un anciano.

— ¡No exageres, Ana María, por Dios! Tiene unos años más que yo, pero tampoco es un anciano. ¡Y esas canas en las sienes se le ven tan sexy! Y esa boca tan hermosa... ¿Es que de verdad no has podido ver esos ojos?  
— le preguntó incrédula — ¡Ese hombre está como quiere!

— ¡No, no, no, un momento... como quiere está Chayanne! Que cuando tenga 100 años se va a ver igual de sexy que ahora. Pero eso no se puede decir de todos. No te voy a negar que Gonzalo, que hasta nombre de viejo tiene, es guapo, y que en sus tiempos debe haber roto unos cuantos corazones, pero de allí a que me digas que está como quiere... ¡Por favor! Tú debes haber sufrido algún accidente cerebro vascular.

— ¡Bueno, ya basta An! ¡Eres mi amiga, y te quiero, pero ya está! Me gusta Gonzalo, la pasé muy bien con él, cuando me besó fue especial y...

—¿Te besó?— la interrumpió azorada An con los ojos abiertos al máximo  
— ¡Ése es el colmo! ¿Cómo me vas a decir que permitiste que te besara?  
—hizo como si se estremeciera de horror.

— De hecho, casi tuve que pedírselo, porque es tan caballero que no se atrevía a hacerlo... —le sonrió provocadora a su amiga.

— Un aneurisma. ¡Diagnóstico definitivo! Amiga, algo está mal aquí y tienes que aceptarlo. Eso no es normal. ¿Cómo te vas a enamorar de ese hombre tan mayor y así, de golpe? Tú no eres así.

—Yo no he dicho que esté enamorada. sólo lo he visto dos veces. Que te diga que me gustó el hombre no significa que estoy loca por él. Quiero volver a verlo. Me gustó cómo me sentí cuando me besó. Es un hombre súper entretenido, habla con ese tono respetuoso que ya no se encuentra, menos aún en esos tíos cutres que conocemos cuya idea de una cita romántica es aparecerse con una rosa que compraron en el chino y poner alguna balada en el reproductor del coche, y nada más le lanzas una media sonrisa y piensan que ya caímos como una colegiala.

— Es cierto, hay mucho patán suelto, pero de ahí a salir con un viejo...

— Pues voy a seguir viéndolo... Nadie ha hablado de algo serio, pero disfruté mucho con él y quiero seguir haciéndolo. Hasta donde yo sé soy soltera, sin compromiso, soy mayor de edad y puedo decidir lo que hago con mi vida. Ya me quiero ir a dormir...

— Y supongo que a soñar con tu noviosaurio? — sonrió Ana a su amiga — escucha bien lo que te voy a decir: sí, eres libre de hacer lo que quieras, pero... ¿él también lo es? Porque a esa edad no creo que sea solterito y sin compromiso. El tío no es feo, es verdad... ¿no te dijo si existe una

señora Márquez?

— No le pregunté. En verdad no me pareció adecuado.

— ¿Cómo que adecuado? ¡Eso es lo primero que hay que averiguar, Sofía! ¿Dónde dejaste el cerebro guardado, tía? — le reclamó asombrada Ana

— Si, tienes razón. Te prometo que lo voy a averiguar y si el hombre es casado lo mando a nadar al Mar Muerto. ¿Te basta eso? — la miró suplicante —¿Me vas a dejar que vaya a dormir en paz?

— No, porque... — Ana pasó su brazo sobre los hombros de su amiga —primero me tienes que contar todo, absolutamente todo de lo que pasó esta noche y qué hizo el gerontosaurio para dejarte con esa mirada de idiota — sonrió y le pellizcó una mejilla a Sofía — ¡Y mira que dije tooooooo!

Las chicas se fueron a la habitación de Ana riendo y empujándose una a la otra.

La semana transcurrió con mucho trabajo para Sofía. Parecía como que la emergencia jamás se iba a vaciar. Estaba exhausta y se sentó un rato en la sala de descanso. Casi deseaba dormirse sentada. Había salido un par de veces con Gonzalo las noches que no había tenido guardia, y ahora su cuerpo acusaba la falta de sueño.

Sentada allí, recordaba con placer lo bien que la había pasado con él. La sorprendió gratamente cuando la invitó a ver una obra de teatro que ella deseaba ver desde su estreno y nunca sacaba el tiempo para hacerlo, y al terminar, fueron a comer. Sofía no recordaba haberse divertido tanto nunca con ningún otro hombre en una cita. Le encantaba su sarcasmo ante la vida, y su sentido del humor sin filtros.

Luego, a mitad de semana, por el trabajo de la chica, las noches se complicaban para verse, así que Gonzalo la llamó un día para buscarla un rato antes de la hora de almorzar, y Sofía no entendía por qué se dirigía a un parque, hasta que al llegar, él abrió su maletero y sacó una canasta, y tomado de la mano con Sofía, la guió hasta un claro debajo de un árbol, y allí desplegó un mantel y dispuso todo un picnic para ellos. Comieron en agradable conversación y tuvo que ser cuidadosa con el delicioso vino que Gonzalo le servía para no aparecerse en el hospital pasada de tragos. Con su copa en la mano, lo observaba relajado recostado en el tronco del árbol, con su camisa sin corbata. Se veía tan guapo, tan seguro de sí mismo, tan dueño del mundo. La miraba con esos ojos negros profundos pero tan limpios, tan sinceros. ¡Todo era tan cliché, pero se sentía tan bien!

Sin desearlo en lo más mínimo, se vio obligada a recordarle que debía ir a trabajar, y aunque lo único que deseaba era recostarse en el pecho de Gonzalo y tomar vino, se levantaron y Gonzalo la llevó al hospital.

Este día estaba allí, cansada a niveles de dolor, cuando una de sus compañeras la llamó. Sofía se quejó y le dijo que estaba en su descanso, que alguien más atendiera la emergencia, pero la joven insistió. Ella se levantó y arrastrando los pies, salió para encontrarse con un joven que sostenía en sus manos un inmenso ramo de flores, lirios, sus favoritos.

Sofía le indicó donde ponerlo y revisó la tarjeta.

"Algo hermoso que mirar, para que sientas lo que yo, cuando estoy contigo." Tuyo. G.M.

Sofía aún no salía de su embeleso, cuando todos sus compañeros comenzaron a bromear con ella, como era la costumbre si alguien recibía algún obsequio delante de los otros.

— ¡Vayan a trabajar, pesados! —guardó la tarjeta en su bolsillo, mientras una sonrisa iluminaba su rostro.

Ese sábado Gonzalo decidió no ir a la tienda, lo cual no era costumbre en él, pero sentía una energía extraña en el cuerpo. Así que prefirió ir un rato al club a jugar tenis con su amigo Enrique. Luego de descargar un poco lo que sentía, fueron al área de la piscina, que era la favorita de Enrique, porque gustaba de ver a las mujeres pasear por allí.

— ¿Y esa cara, Gonzalo? ¿Hay algo que quieras contarme?

— Realmente, deseaba hablar contigo. Hay algo que está pasando. ¿Recuerdas a la chica de la que te hablé hace unos días?

— Sí, no me digas que sigues embelesado con esa chiquilla.

— No es una chiquilla, tampoco es que sea una colegiala, pero sí, sigo embelesado.

— ¿Y a quién tratas de convencer, ti o a mí? Te conozco y estás preocupado. ¿Qué te pasa?

— Creo que me enamoré, Enrique y me aterra su edad. Es tan joven. Me da miedo que esto sólo sea un juego para ella. Yo no estoy para juegos.

— Pues, eso vas a tener que dejárselo al tiempo.

Gonzalo conversó un rato con su amigo y luego quiso pasar a visitar a su familia. La relación con Estela era muy cómoda, por eso no necesitó nunca

anunciarse para visitarlos.

Al llegar a la lujosa casa, bajó de su coche y entró con su llave. Estela había insistido en que la conservara, y desde su divorcio él iba con frecuencia a comer con su familia. Sus hijos habían asumido su separación cuando se dieron cuenta de que ambos se sentían tranquilos con la decisión que habían tomado y que ninguno deseaba reanudar su relación.

Eso les permitía llevar una vida muy agradable y los hijos sentían un gran respeto y amor por su padre, quien para ellos era un ejemplo de seriedad, entereza y disciplina. Siempre fue un padre amoroso y comprensivo, aunque exigente con las responsabilidades que tuvieran sus hijos.

Eran sin duda, una familia feliz y habían aprendido a vivir con el divorcio. Aunque sabían que Gonzalo salía con algunas mujeres, preferían no involucrarse porque su padre nunca llevó a ninguna de ellas a conocer a su familia y era muy discreto en sus relaciones. Todo era mucho más fácil para todos de esa manera.

Al entrar a la casa, no vio a nadie cerca y supuso que por la hora estarían en la cocina, almorzando y allí se dirigió.

Efectivamente, allí estaban los tres, sentados en la mesa de la cocina, donde preferían comer cuando no había nadie más. Gonzalo entró y saludó a todos con un beso. Los chicos inmediatamente le hicieron un lugar a su padre en la mesa y Estela, sin preguntarle siquiera, con la confianza de quien conoce perfectamente las preferencias del otro, comenzó a servirle la comida en su plato.

Gonzalo miró a sus hijos y se preguntó si Sofía tendría la misma edad de uno de ellos y un escalofrío recorrió su columna vertebral ante la idea. Por más que durante toda la noche pensó en Sofía mientras trataba de conciliar el sueño, no logró decidir lo que debería hacer. Sólo de pensar lo que opinarían sus hijos al respecto, le hizo sentir deprimido.

Durante todo el almuerzo, conversó animadamente con su familia, y nadie notó su preocupación. O al menos, eso pensó él, hasta que los chicos se despidieron para ir cada uno a sus compromisos, y quedaron solos Estela y Gonzalo. La mujer, con toda calma, se levantó de la mesa y sirvió café para ambos. Con su taza en la mano, se recostó en el mesón y miró a su ex marido fijamente.

— ¿Muy bien, Gonzalo, vas a contarme lo que te preocupa o seguirás fingiendo que todo está bien?

Gonzalo la miró sorprendido, no porque supiera que algo le preocupaba —Estela siempre supo leerlo como a un libro— sino porque rara vez, desde su divorcio, ella le preguntaba cosas personales y él no sabía si

deseaba contarle algo así.

— ¿De qué hablas? — preguntó tratando de evadir responderle.

— Gonzalo Márquez, eres terriblemente malo para mentir — le sonrió mirándolo a la cara — por suerte nunca cometiste el error de engañarme porque lo habría descubierto de inmediato — lo miró de nuevo fijamente — cuéntame lo que te preocupa.

— ¿Por qué me habría de preocupar algo?

— Porque tú no lo notaste, pero te serví la ensalada que siempre has odiado y no sólo no lo notaste, sino que te la comiste sin chistar. Así que habla. Cuéntale a Estela lo que te angustia.

Sirvió más café para ambos, pero Gonzalo se levantó de la mesa y buscó una botella de brandy que siempre guardó en el mueble superior al lado del refrigerador. Llevó la botella a la mesa y agregó un poco en su taza, le ofreció a Estela y ella lo rechazó con un gesto.

— Si requieres ayuda del viejo amigo brandy debe ser más serio de lo que imaginé. A ver, habla.

— Tengo un problema, Estela — se detuvo al sentirse demasiado extraño hablando de eso con su ex.

— Sí, eso es evidente, ¿pero cuál es el problema?

— Una mujer... — dijo en voz muy baja.

Estela ni siquiera intentó ocultar su asombro. Sabía que Gonzalo salía con otras mujeres. Incluso algunas que Estela conocía, como aquella gata en celo del club que siempre se lo comió con los ojos. Pero para que Gonzalo estuviera así, algo preocupante pasaba.

— ¿Y qué le ocurre a esta mujer? — interrogó cautelosa — digo, si es que tiene algún problema.

Él la miró afectuosamente y le sonrió

— El problema lo tengo yo...

— Ay Gonza, ¿qué hiciste? ¿No te habrás enredado con una mujer casada?

Él casi se ahoga con la bebida al escucharla, y negó con la cabeza. Estela

confundida volvió a preguntar.

— ¿Qué tiene entonces esa mujer?

— Mejor diré qué no tiene: ¡¡¡años!!! Estela, esa mujer tiene la mitad de mi edad — lo dejó salir de golpe y ahora fue Estela quien tuvo que sentarse. Se recompuso, le tendió la taza a Gonzalo para que le sirviera brandy.

— Creo que sí lo voy a necesitar...

Gonzalo le sirvió mientras se daba tiempo para explicarle a su exmujer que se había enamorado de una chica joven.

Estela tomó un sorbo y trató de conseguir las palabras para lo que iba a decir.

— ¿Me estás tratando de decir que estás saliendo con una jovencita? Gonzalo, no puedo creerlo. Desde siempre has dicho lo ridículos que se ven los hombres mayores con chicas mucho menores. Lo has criticado toda la vida. Por favor, dime que estás atravesando una crisis de la mediana edad.

— Ojalá fuera sólo eso...— hizo un gesto de preocupación llevándose una mano a la cabeza. —No sé qué hacer con todo esto.

— Muy bien, vamos por partes, porque antes que todo, debes ubicar cada cosa en su sitio, y determinar el siguiente paso — le costaba hablar de eso con su ex — ¿ahora dime, quién es esa chica y cómo fue que te enamoraste de ella?

— Apenas la conozco, sólo la he visto algunas veces. No puedo decir que estoy enamorado. Sería imprudente y hasta ridículo hablar de enamorarse si apenas conoces a alguien.

— Ridículo es que niegues algo tan evidente. No sé quién o cómo sea esa mujer, pero créeme cuando te digo que te trae de cabeza, ¿o es que tú piensas que no te conozco? Gonzalo, déjame que te diga esto: tú siempre has sido el dueño absoluto del control y la ecuanimidad, impávido y correcto, nunca has hecho algo criticable en tu vida. Amo de tus emociones y sentimientos y ahora estás en mi cocina hecho un manojito de nervios y negando lo que salta a la vista — sonrió comprensiva — acepta el simple hecho de que estás enamorado. Lo que toca descubrir es cómo actuar ante los hechos.

—Dime algo... ¿la mujer sabe lo que sientes?

— De cierta manera...- respondió dudoso.

— Vas a tener que ser más claro si quieres que te ayude — reclamó Estela— ¿o es que no le has dicho nada aún?

— Sólo hemos salido juntos un par de veces, pero es que es tan joven como nuestros hijos — añadió desesperado y luego volvió el rostro hacia otro lado para no mirarla de frente, realmente era incómodo hablar con ella de esos temas — es que me siento tan maravillosamente con ella.

— ¿Y ella cómo se siente contigo? ¿Te... corresponde? — no sabía cómo decirle estas cosas, y tampoco estaba segura de querer discutir la vida amorosa de su ex marido — ¿Ella también está enamorada de ti?

— ¿Cómo voy a saberlo? ¡Es tan joven!

— Por lo visto, sabes menos sobre las mujeres de lo que piensas. Gonzalo, las mujeres siempre sabemos lo que queremos y cuando se trata de hombres estamos claras en nuestros sentimientos, si el hombre es o no adecuado es otra cosa, pero siempre sabemos si estamos enamoradas. ¿Te ha dado indicios ella de que le gustas?

— Sí, claros, indicios — sonrió divertido- ella me...

— ¡¡¡No quiero detalles, por favor!!! — le rogó divertida Estela —no necesito saber nada de tu vida íntima.

— No, por favor, sería incapaz de ponerte en esa situación —le sonrió a la mujer — sólo iba a decirte que me dijo que le gusto.

— Eso es fácil, eres un hombre muy guapo, y por supuesto una joven puede sentirse deslumbrada por alguien como tú, así que aquí hay que considerar varios escenarios. El más común: la chica está enamorada... pero debes estar claro en algo: Esa muchacha puede estar confundida y en cualquier momento te mande a paseo. También puede ser una trepadora que quiere sacarle al hombre todo lo que desee aprovechándose de que tú si estás enamorado, y en el peor de los casos, le gustas pero no aguante la presión social de unirse a alguien que es mucho mayor que ella — se acercó a él y tomó su mano —por favor, cariño, no te equivoques. Ten cuidado con un problema.

— Estoy seguro de que no es el caso. Es una joven de una familia estable y solvente, acaba de graduarse de médico y está haciendo su residencia.

— ¡Ay por Dios, Gonzalo! ¡Que no sea una amiga de Lucía! — le rogó horrorizada —ieso sí que sería espeluznante!

— Espero que no se conozcan...

— Qué te parece si dejas pasar unos días, vemos cómo van las cosas y luego tomas decisiones. Realmente, no puedo prometerte que tus hijos sean muy comprensivos ante algo así — le dijo afectuosamente — ya con nuestra separación les costó asumir los cambios. Si llegara a ocurrir que se opongan, te va a tocar ser paciente, pero te recomiendo que hasta que estés seguro de lo que sientes, mantengas a la mayor parte de la gente fuera de esto. No te va a ayudar a tomar decisiones tener a todo el mundo opinando.

— Eres una mujer invaluable, Estela. No sabes cuánto aprecio tu apoyo en esto — tomó una mano de la mujer y la llevó hasta sus labios — espero que sepas que siempre contarás conmigo y si llegaras a tener una situación así...

— No gracias, Gonzalo, aprecio tu ofrecimiento pero estoy muy bien así. Si llego a enamorarme de alguien más, espero que sea alguien que no traiga tantos conflictos a mi vida...— le sonrió.

— Debo irme — explicó Gonzalo poniéndose de pie —tengo cosas pendientes — besó la mejilla de Estela.

— Mantenme informada para saber si se viene una tormenta sobre esta familia, pero principalmente, cuida tus sentimientos, Gonzalo, no quisiera verte herido por una relación que no funcionó. No pongas todos los huevos en la misma canasta. Sé muy prudente, ve despacio. Recuerda que algo como esto puede cambiar tu vida completamente. Ella puede pensar que está enamorada, pero cuando comience la presión quizás decida que no merece la pena. Como te dije, nadie niega que eres muy atractivo, pero también podría estar detrás de tus cuentas bancarias. Abre bien los ojos y tómallo con calma.

— Lo haré, descuida. Nunca haré nada que pueda poner en peligro la relación con mi familia.

Se abrazaron con afecto, y Gonzalo se marchó dejando a Estela pensativa.



## Capítulo 3

### **CAPÍTULO 3**

Gonzalo se fue directamente a su apartamento, en el que vivía desde su divorcio. Entró al lugar, exquisitamente decorado con un estilo ecléctico que combinaba con inmejorable gusto elementos modernos típicos de un hogar masculino con las antigüedades favoritas de Gonzalo.

Los muebles en tonos negros, gris y café dominaban el lugar, que contaba con una vista excelente de la ciudad al encontrarse en el piso 20 del edificio.

Fue a su habitación y se desnudó para entrar a la ducha. Mantenerse activo, practicar tenis los fines de semana y correr un par de kilómetros cada mañana, le habían permitido conservar su cuerpo firme y definido, y a sus 55 años, sin la menor duda era un hombre extremadamente atractivo.

Nunca le faltó compañía femenina, pero siempre se mantuvo en el rango de edades por encima de los 40 años, pues consideraba que las mujeres maduras eran mucho menos complicadas que las más jóvenes. Solían buscar compañía, pero la mayoría no estaba interesada en relaciones profundas o demasiado serias. Por experiencia, opinaba que las mujeres maduras sabían lo que querían y no entraban en conflictos para conseguirlo. Eran mucho más desinhibidas en la intimidad, y disfrutaban sin culpas las relaciones con un hombre que les había dejado claro que no buscaba compromiso.

Así habían transcurrido los años desde su divorcio, ya que antes de eso le había sido enteramente fiel a Estela. Ahora, se encontraba en la situación que siempre evadió, y le asustaba convertirse en uno de esos viejos verdes que siempre se dejaban ver con jovencitas colgadas de sus brazos, como si fueran trofeos. Pero no podía dejar de pensar ni un instante en Sofía. ¿Qué tenía ella que logró derribar de un plumazo todas sus precauciones en lo tocante a las mujeres?

Salió de la ducha y se vistió de nuevo, esta vez mucho más casual que como acostumbraba hacerlo para su trabajo, al cual siempre iba vestido con traje y corbata. Vistió una bonita camisa color carbón y pantalón negro, con lo cual se veía elegante, guapo e informal.

Cuando estuvo listo, se sirvió un trago y tomó su teléfono, marcó el número de Sofía y esperó a que le respondiera.

Al otro lado, sonó su voz suave...

— Hola Gonzalo -dijo - me alegra que me llamaras.

— Buenas tardes, Sofía, ¿cómo ha estado tu día?

— Muy tranquilo, ¿y el tuyo?

— No tanto porque deseaba verte desde que amaneció. ¿Te gustaría hacer algo hoy? Quizás ir a comer o a algún lugar a tomar algo. Lo que prefieras.

— Me encantaría. Hagamos algo. Si lo deseas, podemos vernos en algún lugar.

— Prefiero pasar por ti. Soy chapado a la antigua como te imaginarás — dijo esto y rió suavemente.

— Pues, por mi está bien.— "¡Dios mío, con esa risa tan sensual, puedes ser medieval y no me importaría!" fue lo único que pudo pensar Sofía al escucharlo reír— Dame una hora y estaré lista.

— Allí estaré en una hora. ¿En la misma dirección?

— Sí, durante esta semana estaré con An mientras sus padres regresan de su viaje. Nos vemos.

Sofía colgó el teléfono y se volvió emocionada hacia su amiga quien se encontraba de pie a su lado.

— Viene a por mí en una hora. Ayúdame a escoger lo que me voy a poner.  
— la tiró del brazo —No estaba segura de que me llamaría.

— ¿Cómo crees que no iba a hacerlo? ¿Piensas que todos los días le va a caer del cielo una chica hermosa y joven? ¡Pues, claro que te iba a llamar! No seas tonta... ¡Venga, a vestirse!

Y se fueron riendo como tontas hacia la habitación.

Una hora después, puntualmente, aparcaba Gonzalo su coche en la glorieta y tocaba el timbre. Al igual que la noche anterior, Ana María acudió a abrir.

— Buenas noches, Ana María...— saludó con seriedad Gonzalo— Espero no molestar.

— Escúchame bien, Gonzalo — exclamó la chica inesperadamente, cruzando su brazo con el de él informalmente y guiándolo hacia el salón

—Creo que vas a tener que bajarle la intensidad a la ceremonia y a la seriedad. Estás demasiado rígido. Relájate un poco... — le sonrió jocosa— En un momento viene Sofi. Sírvete lo que desees del bar. Voy a avisarle que estás aquí —le guiñó un ojo — Ya volvemos.

La joven se fue y Gonzalo aún no salía de su sorpresa por el recibimiento. Si le era complicado a veces comprender la informalidad de sus hijos, buen trabajo le iba a costar llevarle el ritmo a esta joven despreocupada, que aunque encantadora en su roja cabellera, le dejaba sin saber qué decir con su actitud.

Sólo esperó un par de minutos antes de ver entrar a Sofía, guapísima en su vestido ceñido en el torso, con estampado de flores, falda ancha sobre las rodillas y tacones medianos. Se veía tan fresca y su cutis tan hermoso bajo el ligero maquillaje.

— ¡Hola, Gonzalo! Disculpa la espera.

— Apenas fueron unos minutos, pero de haber sido más, créeme que habría valido la pena... ¡Estás hermosa!

— Muchas gracias Gonzalo. Tú también estás muy guapo. Estoy lista. Cuando quieras podemos irnos.

Él siempre amable, la dejó pasar a ella delante para dirigirse a la salida. Como era su costumbre, la ayudó a subir al coche y se fueron.

— Muy bien, bella dama. Dígame qué prefiere hacer hoy.

— No estoy segura. Quizás deberíamos ir a tomar algo por allí, donde quieras.

— Así será entonces.

El continuó conduciendo despreocupado, mientras Sofía observaba lo perfecto que se veía vestido informalmente.

— Estás muy callada esta noche... ¿algo te preocupa?

— Sí, supongo que lo mismo que a ti —le sonrió traviesa —, ¿o vas a decirme que para ti esto es algo normal?

— No lo es, desde luego. Pero supongo que antes de preocuparme más debo esperar a ver si existen razones para ello.

— A ver Gonzalo, a menos que salir con mujeres de mi edad sea algo que hagas con frecuencia, lo cual me causaría verdaderas ganas de salir corriendo, no me digas que esto no te preocupa. Me siento un poco

insegura sobre cómo actuar.

— Y yo, preciosa, pero debo averiguarlo y eso sólo va a ocurrir conociéndonos mejor.

— Hay tanto que debería saber de ti.

— Pregunta lo que quieras. No tengo nada que ocultar.

Mientras hablaban, llegaron a un discreto bar, con un ambiente agradable e íntimo, en el cual se veían varias parejas sentadas en las mesas o en la barra, disfrutando de sus tragos y conversando en voz baja, mientras sonaba la suave música que tocaba un hombre al piano.

A Sofía le encantó y reconoció que no sería el lugar a donde la invitaría alguien de su grupo, más dados a lugares de moda, con música electrónica, gente bailando y cerveza.

— Espero que te agrade el sitio. Si prefieres otro lugar...

— ¡No, no... me encanta! Me parece perfecto.

Fueron conducidos a una mesa, y ya sentados, él pidió whiskey y ella vino blanco.

— Muy bien, Sofía. Pregunta lo que quieras.

Ella lo miró a los ojos y soltó el aire antes de hablar.

— No estoy segura de si debo hacer preguntas personales.

— Puedes hacerlas tan personales como lo desees.

— Pues, siendo así... comencemos con la pregunta que le pondría el punto final a esto de inmediato... ¿Eres casado?

— No, ya no. Estoy divorciado hace algunos años. Tengo dos hijos, varón y hembra y son mi vida, mi orgullo y lo que más amo en el mundo.

— ¿Hay alguien en tu vida en estos momentos? ¿Alguna mujer que vaya a sentir que me estoy entrometiendo en su relación y pueda desear pasarme por encima con su coche?

— No lo creo. Hubo algunas personas con quienes he tenido que ver, pero nada serio.

—¿Debo suponer que yo podría pasar a engrosar esa lista? — preguntó

dudosa.

— Es imposible desde todo punto de vista ubicarte en cualquier tipo de lista, Sofía. Verás... no es mi naturaleza saltar de una persona a otra, sin embargo, desde mi divorcio no he sentido el deseo de llegar a nada formal con las mujeres que he conocido, no porque lo evite deliberadamente, sino porque no ha habido nadie que me haya hecho desearlo. No soy un santo, tampoco me las doy de Don Juan. Vivo el momento. Sólo eso.

— Si en nuestro caso, hipotéticamente hablando, surgiera ese deseo de tener algo más formal, ¿Cómo verías tu vida? ¿Habría presión de alguna forma?

—Muy probablemente. Quizás mis hijos, mi anciana madre por supuesto sufriría un infarto fulminante —sonrió divertido al imaginar la reacción de aquella mujer de principios religiosos férreos — mis amigos considerarían que me rendí y acepté la condición de viejo verde que muchos de ellos practican con frecuencia, pero quizás me felicitarían. ¿Y tú? ¿Cómo sería para ti?

—Una bomba explotaría en mi vida. Tengo un entorno social repleto de cabezas huecas y mequetrefes que se sentirían con derecho a intervenir por lo cual me vería en la necesidad de mandarlos al diablo a todos. Probablemente mis padres serían internados en un manicomio y pasarán el resto de su vida natural preguntándose dónde fallaron en mi crianza —sonrió imaginándose la escena — mis hermanos, tengo dos, uno mayor que yo y otro menor, ambos expertos patanes, me someterían al bullying más despiadado que haya conocido la tierra, pero aparte de eso, nada muy importante.

— No quisiera ser la causa de algo así.

— El asunto es que la causa sería yo. Tú sólo serías el detonante porque me siento en el deber de decirte que soy tan perfectamente terca que me importa un pepino lo que piensen los demás si yo he tomado una decisión. Por ejemplo, en mi familia existe una fijación extraña con las leyes. Durante generaciones todos han asistido a la Escuela de Leyes y se considera lo normal en el curso lógico de la vida. Como si hubieran hecho un pacto de sangre con la facultad de Derecho. Hasta que llegué yo y dije que estudiaría Medicina. Tras algunos ataques de histeria e intentos de exorcismo, no les quedó otro remedio que aceptar que habría un médico en la familia.

— Es bueno saber que si alguien se mete en nuestras vidas, podré contar con que tú lo pondrás en su lugar.

— Sin la menor vacilación.

— ¿Alguna otra pregunta?

— Sí... —respiró profundamente antes de hablar—, ¿Qué esperas de mí? Me refiero a como mujer. No me gustaría que consideres un hecho que voy a saltar a tu cama así como así. Si ha de ocurrir, será, pero no me gustaría que me presiones.

— Presionar a una mujer es algo que jamás haría en una relación. Pienso que recibir el amor de una mujer es un regalo invaluable que debe ser apreciado y valorado, como lo que es, una preciosa concesión a lo más perfecto que existe: El mundo interno de una mujer.

—¿Siempre hablas así? —preguntó entre fascinada y divertida — es que siempre sueñas tan correcto, tan perfecto, tan digno— le sonrió deseando plantar un beso en esos labios que la enloquecían.

Gonzalo no pudo evitar soltar una carcajada y tomó la mano de Sofía entre las suyas.

— Eso te enseña a no salir con ancianos como yo. Tenemos la mala costumbre de hablar correctamente. Allí no haré concesiones y nunca, créelo, nunca te voy a llamar "chati", jamás, ni muerto, escucharé reggaetón. Y bajo ningún concepto me pondré un pendiente. Todo lo demás que quieras de mí, lo puedo considerar. Créeme que ya lo han intentado.

— Eso puede ser cierto, pero nadie te lo ha pedido con un beso — puso su boca contra la de él y lo besó suave pero apasionadamente. Él se dejó besar al principio y luego le correspondió con un ardiente deseo contenido. Un beso breve lleno de promesas.

Separaron sus rostros y se miraron fijamente. Sofía tomó un sorbo de su copa y trató en vano de recuperar la calma de su corazón que latía desbocado amenazando con salirse por la boca.

— Gonzalo, en serio me gustas. No puedo negarlo, pero tengo un poco de temor.

— No debes temer nada de mí. Jamás haría algo que te lastimara, pero no puedo prometerte que no habrá problemas por esto. Lo que sí puedo prometerte es que estaré a tu lado para enfrentarlo.

— Le daremos tiempo al tiempo y veremos a donde nos lleva esto — suspiró Sofía sintiéndose extrañamente feliz.

Continuaron hablando tomados de la mano, hasta terminar sus bebidas y Sofía le sugirió pasear un rato. Gonzalo condujo hasta un parque cercano y estacionó su coche. Al bajar del vehículo se dirigieron hacia la caminería por donde paseaban otras personas y caminaron sin prisa, en silencio, por unos minutos. Luego Sofía se volvió hacia Gonzalo, y lo miró a los ojos. Acarició su rostro y habló en voz muy baja:

— Gonzalo, quiero arriesgarme contigo... sólo quiero pedirte que nunca juegues con mis sentimientos.

—Jamás, Sofía- la atrajo hacía su cuerpo con suavidad y la estrechó en sus brazos- Te prometo que nunca haré nada que pueda herirte de cualquier forma —y unieron sus labios en el beso más exquisito de sus vidas.

Permanecieron abrazados por un rato en silencio, y siguieron paseando tomados de la mano. Luego volvieron al coche y Gonzalo la llevó a casa.

Se despidieron con besos lentos y suaves, sin deseos de separarse. Cuando Sofía entró a la casa, Gonzalo se marchó, respirando profundamente al pensar en los cambios que habría en sus vidas.

## Capítulo 4

### CAPÍTULO 4

El domingo hablaron por teléfono muy temprano y Gonzalo le dijo que pasaría el día con su familia y acordaron que sacarían tiempo durante la semana para verse nuevamente cuando sus ocupaciones se los permitiera.

Varios días transcurrieron antes de que las guardias del hospital le dejaran algún tiempo libre para verse.

Las bombas que predijo Sofía comenzaron a detonar mucho antes de lo esperado, cuando demasiado ocupada con sus obligaciones, y deseosa de ver a Gonzalo, lo instó a comer con ella en la cafetería del hospital.

Él llegó a mediodía y le escribió a su móvil para avisarle. Acordaron verse en la cafetería. Allí se dirigió Gonzalo, ubicó una mesa en el atestado local y se sentó a esperar. Poco después Sofía llegó y se sentó a su lado.

— Hola bellísima doctora — se levantó y le movió la silla para que se sentara — Si la montaña no va a Mahoma...— un rápido beso entre ellos y se sentaron.

— Lamento haber estado tan complicada, este semestre es el último de práctica profesional iy estoy realmente a tope! Creo que lo hacen exprofeso para que huyamos antes de perder tiempo en la práctica, supongo que es para que sepamos lo que viene con el título — hablaba atropelladamente, con evidente tensión.

— Disculpa, sé que estás ocupada, no debí venir. Pero deseaba intensamente verte otra vez.

— Por el contrario, es como tomar una bocanada de aire puro en un ambiente viciado — le sonrió y acarició su mejilla con el dorso de su mano — estoy feliz de que estés aquí

—Dicho así, todo cambia — miró a su alrededor y suspiró — ¿Crees que exista algo aquí que podamos comer sin correr ningún riesgo de que nos envíe a la emergencia?

—Depende de lo que esperes obtener, como nosotros estamos acostumbrados a comer de prisa, debo decirte que ni saboreamos lo que nos llevamos a la boca, pero un bocadillo relativamente aceptable puedo conseguirte con mis influencias —le sonrió con picardía y se volvió para buscar con la mirada a la empleada en el atestado lugar. Al verla le hizo señas y casi a gritos le pidió— ¡Rosy, por fa, trae dos número 3, con

todo! Especiales, porque tengo un invitado y no queremos que se lleve una mala impresión — le guiñó un ojo a la sonriente chica y nuevamente fijó su atención en Gonzalo —si sobrevives al No. 3, habrás entrado y salido airoosamente del Templo de la Perdición. Puede que hasta "un premio" obtengas...- sonrió sugestiva.

—Creo que me estás asustando a propósito, no puede ser tan malo.

Conversaron un rato hasta que llegó la chica con dos enormes bocadillos cortados a la mitad, zumos de fruta y patatas fritas en grandes platos ovalados . Gonzalo observó la comida y sonrió.

— ¿Comes esto a menudo?— preguntó azorado.

— Más de lo que quisiera reconocer, bienvenido al mundo secreto de los estudiantes de Medicina. ¡Que aproveche!

Con cierta duda, Gonzalo comenzó a comer y con sorpresa encontró que el bocadillo no estaba del todo mal.

— ¿Y, cuéntame, cómo ha estado tu semana hasta ahora?— inquirió Sofía mientras atacaba su plato de patatas fritas.

— Bastante normal, trabajo, mucho en realidad, reuniones, nada fuera de lo común. No hay muchas emociones en el mundo de las antigüedades.

Conversaban tranquilamente mientras comían, hasta que entró un bullicioso grupo de residentes vestidos con sus batas características. Caminaron entre las mesas y pasaron al lado de la pareja. Saludaron a Sofía con expresiones de cansancio y continuaron buscando una mesa libre, excepto un joven alto y delgado, quien se quedó viendo las manos unidas de la pareja, y que Gonzalo acariciaba con un dedo la de Sofía mientras tomaba de su vaso.

El joven se acercó a ellos y mirando a Gonzalo de frente, le habló a Sofía.

— ¿Qué tal, Sofía?— saludó informalmente— ¿no presentas al "señor" con tus compañeros? - Sofía lo ignoró y el joven habló de nuevo mirando desdeñosamente a Gonzalo —Voy a creer que te criaron los lobos — agregó con ironía observando al elegante caballero que sobresalía entre los demás.

La joven lo miró a la cara con gesto de fastidio y le respondió.

—Quizás si me importara tu opinión, me habría tomado la molestia,

pero...— dejó la oración sin terminar deliberadamente

— ¡Voy a tener que enseñarte modales! — el muchacho se acercó a Gonzalo y se presentó a sí mismo— Doctor Javier Sierralta, compañero de Sofía ¿Con quién tengo el placer? — extendió la mano hacia Gonzalo, quien con toda calma, limpió sus manos con la servilleta, se puso de pie y estrechó la mano que le ofrecían.

— Gonzalo Márquez, amigo...— hizo un leve hincapié en la palabra — de la señorita Montemayor.

— ¿Y a qué debemos el grato placer de su visita a nuestro lugar de trabajo?

—Al simple hecho de que me pareció agradable venir — respondió secamente Gonzalo.

— Muy bien, Javier —intervino Sofía — ya dejaste claro que sigues siendo un patán, ahora, por favor, si eres tan amable de continuar tu camino, para que Gonzalo y yo continuemos comiendo en paz. Se te agradece que circules.

— ¡Pero mira cómo saca las garras!

— Y cada vez que personas que no tienen educación se me atraviesen en el camino... largo de aquí.

— Muy bien, pero te recuerdo que tenemos que seguir viéndonos, preciosa.

—No necesito que me recuerdes ese lamentable hecho — le sonrió sarcástica— Adiosito, Javier.

Volvió su rostro hacia Gonzalo e ignoró al joven, quien se retiró hasta donde se encontraba el resto del grupo.

Gonzalo miró a Sofía intrigado y sonrió.

—Creo que acabo de presenciar una escena de celos ¿o me equivoco?

—Javier es un experto patán, el semestre pasado salimos un par de veces, pero cuando le obligué a pisar el freno en sus avances se sintió ofendido y comenzó a divulgar un rumor sobre nosotros, bastante subido de tono. Se enojó conmigo porque le acomodé dos cachetadas en pleno pasillo de la facultad — sonrió — A veces hay que hacer lo que hay que hacer — se encogió de hombros y continuó comiendo— Supongo que más de una vez te habrás encontrado con alguien que no entiende que NO es

NO.

— No con frecuencia, en realidad— sonrió a la joven y tomó la servilleta para limpiarle una pequeña mancha de salsa — Eres tan hermosa hasta cuando pones a alguien en su lugar.

— No te asustes, no saco las garras a menudo— y le dio a comer una patata frita — Ahora, querido, vas a tener que irte, porque esta esclava tiene que volver a su trabajo.

—Con una condición— ante el gesto de extrañeza de Sofía agregó— Permíteme que te lleve a comer a lugares un poco más tranquilos la próxima vez.

— ¡Qué lástima! Y yo que pensé que compartiríamos todo el menú de la cafetería — bromeó fingiendo sentirse ofendida.

— ¡Por favor, no! Creo que sólo los estudiantes pueden sobrevivir a esta dieta de colesterol. Estoy seguro de que podremos conseguir algunas opciones menos riesgosas.

— Estoy de acuerdo. Por ahora vuelvo a mis obligaciones, y tú, vuelve a tu precioso mundo de objetos de arte— se levantó y Gonzalo la detuvo.

— ¿Piensas huir sin que pague por la comida?

— ¡No, cariño, eso va por mi cuenta! No pretendo que pagues por provocarte un infarto— rió a carcajadas y le plantó un rápido beso en los labios.

— Las chicas de hoy en día nos hacen muy difícil ser caballeros.

— Tú, mi querido Gonzalo, serás un perfecto caballero hasta el fin de tus días— tomó su bata del respaldo de la silla y comenzó a ponérsela, a lo cual inmediatamente Gonzalo acudió para ayudarla—"estoy más que segura de que todas estas mujeres se mueren de envidia en este preciso momento", pensó para sus adentros Sofía — se volvió a mirarlo y tomó sus manos— Mañana estaré libre por la noche, ¿te gustaría que hiciéramos algo?

— Nada me gustaría más ¿vengo a por ti?

— Perfecto, te llamo cuando me desocupe.

Ambos caminaron hacia la salida bajo la mirada escrutadora de los compañeros de estudio de Sofía, quienes no salían de su asombro al verla

con él y cuchicheaban en voz baja.

Gonzalo se marchó y Sofía volvió a la sala de urgencias luego de acompañarlo hasta la entrada del hospital. Al entrar ya se encontraban allí los otros residentes y fue Javier quien comenzó a hablar.

— ¡Hala Sofía! ¿De dónde sacaste ese ejemplar? Por un momento creí que tu padre había venido a visitarte.

— Como ya habrás notado, no es mi padre. Es mi novio, por si te quedan dudas, como a veces el cerebro se te queda en casa.

— Por favor, Sofía, dime que estás bromeando.

— Si fuera a bromear, puedes estar seguro de que no sería contigo.

Fue en ese momento cuando llegó Ana María y la tomó por el codo, alejándola del grupo.

— ¿Estás completamente loca, Sofi? ¿Cómo vas a traer a Gonzalo aquí?

— ¿Y por qué no habría de hacerlo?— le preguntó a su amiga desafiante— ¿Se supone que debo avergonzarme de él? Porque si es así, quiero que os quede claro que me importa un pepino la opinión de todos aquí y si tú también me vas a criticar, ya te puedes ir guardando los comentarios, porque no me interesan. Ni siquiera a ti te pienso permitir que te metas en mi vida y en mis decisiones. Eres mi amiga y te quiero, pero todo tiene límites.

— Pero Sofi, entiende que no es necesario que los demás se enteren de este capricho tuyo con Gonzalo.

—¿Por qué hablas así? ¿Por qué dices que es un capricho? ¿No puedes entender que me gusta Gonzalo y que estamos comenzando una relación?

— Sí, lo entiendo, pero también entiendo que es algo sin sentido, estás deslumbrada por el hombre, pero a la larga las diferencias entre ustedes van a mostrarte que esa relación es absurda y todo va a caer por su propio peso.

—Si eso ocurre, sólo Gonzalo y yo somos los que debemos decidir, nadie más, pero mientras tanto, hasta tú vas a tener que ahorrarte tu opinión a menos que te la pida.

— Soy tu amiga de mucho tiempo y eso me da el derecho a decirte

cuando estás cometiendo un error.

— Cuando "tú crees" que cometo un error. No tiene que ser cierto, porque es tu opinión la puedo considerar porque sé que tienes la mejor intención de cuidarme, pero no estoy obligada a hacer lo que digas porque soy dueña de mis actos. Así que, por favor, mantén las cosas en su lugar y si no te importa, vamos a trabajar porque los pacientes no se van a curar solos.

— ¿Y qué vas a hacer con los comentarios de los otros compañeros ?¿  
Cómo lo va a tomar tu familia?

— Eso es asunto de cada quien lo que va a hacer con su opinión, porque si me lo preguntan a mí ya sabes lo que les voy a decir. Por el momento sólo me preocupa lo que sentimos Gonzalo y yo, más adelante según vayan las cosas, me preocuparé por el resto del mundo. Ya veré cómo cruzar ese puente cuando llegue a él. Ahora a trabajar— caminó hacia la sala que le correspondía y al pasar escuchó risitas entre sus amigos.

—Qué maduros, doctores! He visto más sensatez en chiquillos de infantil.  
—giró sobre sus talones y se fue a trabajar.

El día terminó sin más situaciones incómodas y Sofía volvió a casa. Se fue directo a su habitación y, luego de una ducha rápida, se acostó pensando en Gonzalo.

— Ay Sofía, me temo que te enamoraste de ese hombre — se dijo a sí misma y se durmió.

## Capítulo 5

### CAPÍTULO 5

La mañana llegó antes de que Sofía sintiera haber dormido lo suficiente, pero igualmente y a regañadientes se levantó y entró al baño a terminar de despertarse en la ducha. Se arregló y vistió su uniforme, metió un cambio de ropa en su morral para vestirse en la tarde para verse con Gonzalo y bajó a la cocina. Allí se encontró con toda la familia preparándose para su día. La joven del servicio le colocó en las manos una taza de café con leche y una tostada de pan untado, lo cual constituía su desayuno regular. Rara vez tomaba algo más a esas horas.

— Buen día papá, mamá— le dio un beso a cada uno y se dirigió a sus hermanos, quienes atacaban sendos desayunos — ¡Bestias! — dijo a modo de saludo a sus hermanos, Roberto y Manuel y mordió su tostada.

— Dichosos los ojos que la ven, señorita— le reclamó su padre, quien con mirada adusta, le recriminó— cuántos días sin saber de usted.

— Días duros, Su Señoría— burló a su padre —Procuraré en adelante agendar citas con ustedes más a menudo— sólo Sofía se atrevía a hablarle de esa forma al distinguido Adolfo Montemayor, el respetado juez, conocido por su escaso humor y carácter serio e implacable.

— Lo dirás en broma, hija, pero realmente casi no te vemos últimamente ¿Qué haces con tu vida? Podrías pasar un rato con tu familia. Al parecer el hospital te absorbe demasiado tiempo— le exigió Alejandra, su exitosa madre, socia de uno de los bufetes de abogados más renombrados de la ciudad.

— Esa es la ley de la vida para los médicos, mamá, nacemos, crecemos y nos roba la vida un hospital.

— Eso no nos ocurre a los abogados, afortunadamente, cariño — recriminó el hermano mayor.

— El doloroso precio a pagar por ser la oveja negra de la familia, querido hermanito recién graduado. Me voy al hospital, voy a salir por la noche así que probablemente llegaré tarde. No me esperen despiertos.

— ¡Te vas a acabar llevando ese tren de vida! —refunfuñó su madre.

—No exageres, tampoco es que me estoy perdiendo de fiesta en fiesta o que hayan tenido que bajarme de alguna mesa de un bar, bailando

borracha.

— ¿Y se puede saber a dónde vas y con quién?— interrogó su padre

— Su Señoría, confieso ante esta corte que voy a salir a tomar algo con un amigo.

— ¿Y conocemos a ese amigo?— preguntó su hermano menor, Manuel.

— No, y no lo conocerán por ahora... ya decidiré más adelante si me arriesgo a que los conozca, especialmente a ti, pesado. Eso sólo sucederá si no me queda otro remedio —bromeó con su hermanito, el genio de la familia y quien con sus veinte años, estaba por terminar con honores la carrera de Leyes.

— ¿Su nombre?— exigió Adolfo, acostumbrado a ser obedecido en todo en su corte.

— ¿Estoy bajo arresto, Su Señoría? Para saber si debo pedir los servicios de un abogado. De no ser así, me acojo a mi derecho a guardar silencio.—sonrió la chica y al terminar su café, besó a todos de nuevo y se despidió— ¡Relájense un poco, abogados, que la vida es una sola! ¡Bye!

Salió de la cocina por la puerta que daba al garaje, subió a su pequeño coche y se marchó.

En el hospital el día fue como todos, agitado y cansado. Por la tarde, telefoneó a Gonzalo y quedaron en verse cerca de las siete de la tarde, cuando terminaba su guardia, pero al final de la jornada llegaron varios heridos víctimas de un accidente automovilístico; atenderlos a todos fue agobiante y tomó más tiempo del que esperaba, de modo, que al llegar Gonzalo por ella, aún no había tenido tiempo de cambiarse de ropa.

Había acordado con Ana María para que se llevara su coche y Gonzalo al verla preocupada le ofreció llevarla a cambiarse.

Ya en el coche, Sofía se disculpó por el inconveniente.

— ¡Eres genial! Lamento retrasarte. No sé qué planes tenías— se disculpó.

—Mi único plan es ofrecerte una cena y pasar una velada agradable juntos. Si te parece, podríamos ir a mi casa, allí puedes ducharte, cambiarte de ropa, y relajarte un poco mientras yo te preparo mi especialidad: mi inigualable pasta a la carbonara, que en realidad es lo único que sé preparar—se volvió a mirarla— Te lo ofrezco respetuosamente y sin ningún motivo oculto, puedes decir que no, si lo

prefieres.

—Sé que serías incapaz de algo así— le sonrió y tomó su mano— Acepto encantada. Será fabuloso conocer tu hábitat y saber algo más sobre ti.

— Entonces, hoy cocinaré para ti.

Condujo tranquilo con sus manos tomadas, y dentro de sí, sentía que algo desconocido para él crecía sin poder controlarlo.

Llegaron a su edificio y luego de aparcar subieron al ascensor, que llegaba directamente a la sala de su piso, y por alguna razón, eso no sorprendió a Sofía. Gonzalo era justo el tipo de persona que tendría algo así.

Al abrirse las puertas del elevador en el pent-house, Sofía salió y miró a su alrededor.

—Encantadora cueva, Gonzalo— le dijo divertida—realmente se parece a ti.

—Me alegra que te guste, por favor, siéntete en tu casa. Permíteme mostrarte el baño.

La guió por un amplio pasillo hasta llegar a su propia habitación.

— Puedes usar mi habitación, las otras las ocupan mis hijos cuando se quedan aquí y no puedo decir que sean un dechado de orden. Allí encontrarás todo lo que necesites. En el armario de la derecha hallarás toallas. Tómame el tiempo que desees. Te esperaré en la cocina preparando la especialidad de la casa.— le dio un beso ligero y se marchó.

Sofía dejó su mochila sobre una silla y observó la habitación. Era amplia, cómoda y elegante, pero sin ser exagerada ni extravagante. Punto a favor para Gonzalo.

Una amplísima cama moderna dominaba el lugar, la cual perfectamente tendida con sábanas en tonos cobre, negro y blanco, en un diseño abstracto de cuadrados superpuestos, resultaba atractiva y cómoda. Nada de almohadones o cojines, sólo las almohadas necesarias se encontraban sobre ella.

Tomó de nuevo su mochila y sacó la ropa que traía dentro, con todo sobre el brazo, caminó hasta el baño. El enorme lugar, sobrio y elegante, en absoluto orden, representaba a Gonzalo a la perfección, aunque le costó imaginárselo metido en aquel jacuzzi. No le parecía hombre que perdiera

su tiempo tomando baños allí.

Se dirigió a la ducha y comenzó a desvestirse.

En la cocina, Gonzalo se movía despreocupadamente por todo el lugar mientras cocinaba con destreza. Se había quitado el saco y la corbata, y llevaba las mangas subidas. Tenía avanzada la cena cuando Sofía, ya bañada y vestida con ropa limpia, entró a la cocina.

—Seguí el ruido y el aroma delicioso que sale de aquí para encontrar la cocina— dijo desde la puerta.

Él sonrió, y la invitó a entrar.

— En un momento comeremos.—señaló una silla frente a él, al otro lado de la isla que dominaba el lugar y que contenía la cocina, moderna y práctica.

— ¿Puedo ayudar en algo?

— Eres mi invitada, sólo permanece allí en la extraordinaria perfección que eres. Hoy yo te serviré.

Se movió hasta un lado del refrigerador y presionó un panel disimulado en la pared, el cual rodó a un lado y dejó visible una bodega de vinos, no muy grande, pero suficientemente ancha como para caminar algunos pasos dentro del lugar. Buscó en los anaqueles que sostenían las botellas inclinadas. Escogió una botella y volvió al mesón. Sacó dos copas de un armario, descorchó el vino, y esperó unos minutos a que el vino tomara cuerpo, mientras servía la pasta en una fuente y la llevaba a la mesa. Diligente, colocó platos, cubiertos, servilletas y todo lo necesario, sin permitir que Sofía le ayudara. La chica le señaló hacia la bodega de vinos y sonrió:

—Eres un snob, Gonzalo. ¿lo sabes, verdad?

— Ese es mi vicio secreto, mi pequeña colección privada. Allí guardo las cosechas especiales de las que, por puro egoísmo, no puedo desprenderme, y las compro para mí. Me resulta fácil hacerlo por mi trabajo. Muchas veces me solicitan tasar u organizar subastas de cosechas muy selectas.

— Interesante saber que eres capaz de tomar ventaja de tus privilegios.

—Sólo si me interesa demasiado. —respondió con malicia.—Comamos, princesa— le movió la silla para que se sentara y comenzó a servir la

cena.

Comieron conversando sobre vinos y arte. A Sofía le encantó escuchar a Gonzalo hablar sobre su tienda y su trabajo, con tanta pasión.

Terminaron de cenar y Gonzalo puso la cafetera a funcionar. Sirvió café para ambos y la invitó a pasar al recibidor. Al pasar allí fue cuando Sofía advirtió la colección de discos compactos y acetatos que había en un mueble.

— Veo que te gusta la música. ¿Puedo? — esperó a que Gonzalo le permitiera acercarse al mueble y se dedicó a leer los títulos.

— Dudo que encuentres algo conocido allí, no es la música de tu época.

— Te equivocas, conozco bastante de la música de los '60s, '70s y '80s. Tengo un tío que un día abandonó su carrera de abogado y se convirtió en artista plástico, siempre escuchaba música mientras creaba sus obras y aunque no era un gran artista, yo solía pasar mucho tiempo con él y aprendí mucho sobre su música favorita. Es un personaje fabuloso aunque es imposible negar que está medio loco, me gustaba muchísimo escuchar esos temas.

— Entonces, escuchemos algo— tomó el mando de una mesa y encendió el aparato. De inmediato comenzó a sonar una suave melodía que Sofía reconoció.

— Imaginé que quizás serías más de música clásica.

— Sí, me gustan algunos clásicos, pero prefiero la balada para relajarme— se acercó a ella, le quitó la taza de las manos, la colocó sobre una mesilla, y la atrajo hacia su cuerpo— Y para bailar — la tomó en sus brazos y juntos comenzaron a bailar muy suavemente— Sé que los jóvenes de hoy prefieren ritmos diferentes pero... — le habló al oído— nada es tan sensual como estar uno en los brazos del otro, dejarse abrazar por la melodía y permitir que el cuerpo se guíe por las sensaciones en sus movimientos. Eso jamás podrá ser sustituido por la música de hoy y menos aún por esos bailes epilépticos. Sentir tu cuerpo junto al mío, vibrar unidos, es como hacer el amor.

Sofía lo escuchaba embelesada, le gustaba su voz grave, su tono bajo y calmado, la facilidad para hacerla sentir que estar a su lado era algo mágico y que entre sus brazos era donde pertenecía.

Se apretó a su cuerpo y se dejó guiar en el baile...

Se movieron en silencio hasta que terminó la música y fue cuando Gonzalo bajó su boca hasta la de Sofía y la besó profunda y suavemente,

en una caricia que parecía robarle la voluntad. Se acariciaron intensamente y aunque ella hubiera querido detenerse, el deseo que despertaba en ella ese hombre era mucho más fuerte que su sensatez.

Por un momento ambos se dejaron llevar por la pasión, pero fue Gonzalo quien detuvo las caricias. Sofía no sabía por qué lo hacía y sólo podía escuchar el golpeteo de su corazón latiendo enloquecido de pasión. Quería más de él, pero Gonzalo se lo negaba.

—Gonzalo, qué... —las palabras no salían de su garganta— ¿por qué... qué ocurre?— logró decir confundida.

—No debemos, Sofía, no así. No puedo aprovecharme de un momento como éste hasta que sientas que estás clara en lo que tenemos.

—Pero yo...

— Y yo también, amor.- la atajó antes de que ella dijera algo que le hiciera perder el poco control del que se estaba sosteniendo.

—Cariño, deja que yo decida por mí misma si es pronto.

— No puedo. Si luego me reprocharas algo, me sentiría miserable— le habló con los rostros muy cerca. Sofía continuaba con su cuerpo junto al del hombre —Te prometí que no te presionaría.

— Pero estoy segura de lo que siento.

— No lo dudo, pero también es importante que estés segura de poder enfrentar lo que se nos viene encima. Ambos sabemos que va a ser difícil, sabemos que habrá cambios importantes en nuestras vidas.

— Cariño— acarició la mejilla de Gonzalo — ¿Cómo logras ser tan coherente en todo momento?

Gonzalo se separó de ella sin desear hacerlo, la tomó de las manos y la dirigió al sofá. Se sentaron muy juntos, y Sofía lo miró a los ojos.

—¿Estás consciente de que nos vamos a complicar la vida de formas imposibles de prever?

— Sí, lo sé, pero siento que merece la pena, no va a ser fácil, ni con los demás, ni entre nosotros.

—Vamos a tener que aprender uno del otro, adaptar nuestras vidas, porque son tan distintas que pienso que va a ser la parte más complicada.

—Todo lo que dices es cierto, pero puedo prometerme que voy a hacer todo lo que deba por aprender a comprenderte y mostrarte de mí todo lo que debas conocer, pero tú debes prometerme algo también.

—¿Qué es eso? —preguntó intrigada.

— Voy a dar todo lo que tengo en esta relación, pero si en algún momento sientes que no quieres continuar quiero que me lo digas a mí primero, no quiero juegos— tomó sus manos en las de él y las besó.

— Tienes razón, cariño, no será nada sencillo, pero lo que estoy sintiendo lo vale—se recostó sobre el pecho del hombre — por ahora, quiero que me beses... y mucho.

— Mantenga la compostura, señorita Montemayor , recuerde que no soy de hierro. Y tú eres la mujer más hermosa de la tierra.

—Gonzalo, creo que me estoy enamorando de ti. Creo que esto es algo más que una aventura.

—En mi caso, lo supe desde el primer momento. Cuando te vi en la tienda, supe que pondrías de cabeza mi mundo — unieron sus bocas de nuevo en un beso calmado, lleno de promesas.

Gonzalo sirvió vino para ambos y continuaron abrazados escuchando música.

Hablaban en voz baja y el tiempo pasó. Ya era medianoche y Sofía lamentó tener que irse.

A regañadientes, se levantaron del sofá y salieron del apartamento para que Gonzalo la llevara a casa. Llegaron y se despidieron en el coche. Sofía prefería retrasar en lo posible el encuentro de Gonzalo con su familia. Aunque bromeó con él al respecto, sabía que su familia sería un hueso duro de roer.

La muchacha entró a su casa y Gonzalo se marchó. Fue ese el momento en el que Sofía asumió la realidad: estaba realmente enamorada y su vida iba a cambiar completamente.

Ambos estuvieron muy ocupados y apenas pudieron verse durante la semana. Ese día Gonzalo llegaría de un breve viaje de trabajo y Sofía saldría de su guardia aproximadamente a la misma hora. Ambos deseaban verse y Gonzalo le sugirió a la chica que se fuera directamente a su apartamento y allí se verían al llegar él. Arreglaría todo para que la

vigilancia le abriera la puerta a la chica.

Así lo hizo Sofía y al salir del hospital se fue en su coche con Ana María a casa de Gonzalo, su amiga la dejó allí y se llevó el pequeño vehículo. Al llegar, se fue inmediatamente al baño, moría de ganas de quitarse de encima el olor a hospital. Se desvistió y entró a la ducha. Disfrutaba del baño cuando escuchó que se abría el ascensor, y como ardía en deseos de abrazarse a Gonzalo, se echó encima una bata de él que colgaba de un gancho y salió aprisa de la habitación.

Fue una sorpresa ver a una linda muchacha, quizás un poco menor que ella, en medio del salón. La joven la miró como si fuera un bicho raro y Sofía se sintió como un insecto bajo el microscopio.

Ambas se miraron sorprendidas por un momento, y fue Sofía quien habló primero.

— ¿Tú quién eres? ¿Cómo entraste aquí?

— ¡Lo mismo pregunto yo! ¿Quién rayos eres y qué haces en casa de mi padre?

Sofía abrió sus ojos enormes con sorpresa.

— ¡Ay, por Dios! ¡Eres la hija de Gonzalo! - exclamó con angustia de verse en aquellas fachas justo al conocer a alguien de su familia.

— Sí, lo soy y te repito ¿Quién rayos eres tú?

A Sofía le molestó el tono de la chica y levantó su barbilla, y le respondió.

— Soy Sofía Montemayor y estoy esperando a Gonzalo, que no debe tardar. Si me permites, iré a terminar de arreglarme.

— ¿Cómo entraste aquí? — la interrogó dudosa.

— Gonzalo dio la orden de que me abrieran mientras llega.— agregó tratando de conservar la paciencia con aquella chica tan altanera.

—Pero, aún sigo sin entender qué haces en casa ¿Acaso eres una "acompañante" contratada por mi padre? — la miró con recelo — Creo que deberías marcharte— le sugirió altanera —No creo que mi padre desee que estés aquí conmigo.

Sofía había permanecido callada por la sorpresa y porque había decidido esperar a que terminara de hablar la chica para sacarla de su error, pero estas últimas palabras le movieron el suelo. ¿Quién se creía esa niñata

para hablarle de esa forma?

— Verás... ¿Lucía? Ese es tu nombre creo. ¡Te diré que no soy ninguna acompañante de nadie! Soy "la doctora"—hizo hincapié en la palabra

—Sofía Montemayor y soy amiga de tu padre y lo estoy esperando. De modo que voy a terminar de arreglarme— se dio la vuelta para regresar a la habitación, pero Lucía la tomó por un brazo y la haló hacia sí.

— ¿Cómo te atreves a dejarme así? ¡Quiero que salgas de aquí tan pronto te vistas!

— Pues, eso no va a ocurrir. Sólo Gonzalo podría decirme algo así, y no veo la razón para discutir. Entiendo que te sorprenda encontrarme aquí, pero no hay necesidad de ser tan poco amables. Tu padre y yo tenemos una relación, comprendo que te resulte molesto, sobre todo porque nadie desea imaginar a su padre en algo así. No es una imagen que yo querría tener del mío pero eso no justifica que seas una maleducada— se volvió de espaldas para regresar a la habitación y Lucía la detuvo al hablarle de forma insolente.

— ¡Quiero que salgas de aquí ahora mismo! Toma tus cosas y sal de esta casa.

— Pues, cariño, eso no se va a poder—le dijo tajante.—Te repito que no veo motivo para ser groseras, a ambas nos importa la misma persona y considero que si bien no espero que seamos las mejores amigas, no tenemos que estar en guerra. Pero eso vas a tener que decidirlo mientras me visto. Supongo que no tengo que decirte que estás en tu casa, puedes ponerte cómoda y esperar, tu padre no tarda en llegar— Con permiso— levantó su barbilla orgullosa de su compostura y se dio la vuelta para retirarse, pero fue justo el momento en el que se abrió nuevamente el ascensor y entró Gonzalo con una pequeña maleta de ruedas tras él.

Al ver la escena, se quedó impávido, con las mandíbulas apretadas.

"De modo que llegó el momento de la verdad"— pensó Gonzalo.

## Capítulo 6

### CAPÍTULO 6

Gonzalo respiró profundo y se volvió a mirar a las chicas una a una. Sonrió ampliamente y fue hasta su hija, quien estaba más cerca de él, le dio un beso al rostro inmóvil de Lucía y la saludó con afecto, pero su hija no le correspondió. Luego fue hasta Sofía y la besó muy brevemente en los labios, para sorpresa de ambas.

— ¡Qué bonita sorpresa encontrarlas a ambas aquí! — colocó su maleta en un rincón y se volvió a mirarlas. — Me alegra que se hayan conocido. Cariño... — miró a Sofía — estoy feliz de verte por fin. ¡Fue una semana muy larga! — fue hasta el bar y se sirvió un trago y les ofreció algo de tomar a las mujeres, a lo cual ambas declinaron, mirándolo sin saber qué hacer al verlo a él tan sereno ante la incómoda situación. Fue Lucía quien rompió el silencio.

— ¿Papá, puedes explicarme que significa esto? — le preguntó evidentemente molesta con la actitud natural de Gonzalo.

— ¿Qué debo explicarte, cariño? — le preguntó con tono conciliador — Creo que todo está claro.

— ¿Cómo te atreves a decir eso? ¡Llego a casa y encuentro a esta... — la miró con desprecio — esta señorita... aquí, en estas fachas! Y se supone que es lo normal. — reclamó casi histérica.

— Sí, es normal que Sofía esté aquí, tenemos una relación y...

— ¡Eso es evidente! — exclamó señalando a Sofía — ¡¿Pero por qué la traes a casa?! — chilló — ¡Eso es una falta de respeto con tu familia!

— Habrás querido decir "a mi casa". Escúchame bien, Lucía, necesito que entiendas que esta es mi casa y aquí vendrá quien yo decida, además de que, como te dije... — se acercó a Sofía y pasó su brazo sobre sus hombros — Sofía y yo tenemos una relación y lo lógico es que venga a casa, en la cual todos podemos llevarnos bien.

No pudo seguir hablando porque Lucía chilló furiosa.

— ¿Llevarnos bien? ¡iii¿¿Con tu ramera??!!! — le gritó a su padre y fue justo cuando Sofía consideró que debía dejarlos solos y se fue a la habitación a vestirse. Miró a Gonzalo sin hablar y se fue. Era preferible que lo discutieran a solas.

Cuando salía escuchó a Gonzalo reprender a su hija.

— ¡Lucía, no voy a tolerar faltas de respeto hacia Sofía. Mi intención es que se conozcan y traten de congeniar, pero no permitiré que vuelvas a hablarle de esa manera. Espero que lo comprendas y te disculpes con ella por esa expresión tan soez y vulgar!— le reclamó con voz firme y calmada

— ¿Congeniar? ¿Cómo crees, papá? ¿No te das cuenta del ridículo que estás haciendo? ¡Estás loco si piensas que voy a disculparme! ¡Primero muerta! Jamás habías traído a casa a una mujer, y menos a una tan joven! ¡Esa tía puede ser tu hija! ¿No te das cuenta?— le gritó enfurecida— ¿Qué te pasa, papá? ¡Obsérvate! Ni en mil años habría podido imaginar que caerías tan bajo.

— Basta, Lucía, no voy a permitir que me hables de esa manera. Te recuerdo que soy tu padre y te exijo un mínimo de respeto por eso y porque estás ofendiendo a otra persona. La relación que existe entre Sofía y yo no es de la incumbencia de nadie más. Como mi hija, y porque te amo, espero que me comprendas pero debes saber que no necesito tu aprobación, preferiría sin duda que pudiéramos tener al menos respeto entre nosotros, porque todos forman parte de mi vida, pero el que tú no la aceptes, no tiene que afectar nuestra relación. Sofía es ahora parte de los que me importan, aún nos estamos conociendo, pero está en mi vida y espero que sea para quedarse. Si a alguien no le parece, quisiera que tengan presente que es mi decisión y que esto sólo terminaría si Sofía o yo lo decidimos así. Por supuesto que si no hubiera conflictos sería mucho mejor, pero eso no va a influir para que renuncie a mi felicidad, si Sofía es quien me va a dar esa felicidad, ni tu opinión ni la de nadie más me va a importar.

— ¿Es decir que escoges a esa mujer por encima de tu familia?— reclamó airada

—No estoy escogiendo a nadie, sólo estoy dejando claro lo que significa cada uno para mí.

Sofía volvió a la sala completamente vestida y se detuvo a cierta distancia, pero Gonzalo se acercó a ella y la tomó de la mano.

— Lucía, estoy enamorado de Sofía, y quisiera que si no les gusta la relación entre nosotros y no están dispuestos a tratar de vivir en armonía, cuando menos mantengan el respeto que siempre les inculcamos su madre y yo. Esta siempre será tu casa y eres bienvenida cuando lo desees, pero deberás aceptar que Sofía estará aquí también, con todo el derecho que le da nuestra relación. Quizás poco a poco, al conocerse,

descubran que tienen cosas en común.

—¿ Como la edad, por ejemplo?— le espetó insolente Lucía deseando molestarlos a ambos, sin embargo, Gonzalo mantuvo la calma.

—Sí, por ejemplo. Eso podría hacer que se entiendan mejor, no tiene por qué ser motivo de discusión pero depende de ti si vas a contribuir con mi felicidad o si vas a ser un obstáculo. Piénsalo y toma una decisión, lo que decidas, te prometo respetarlo y no espero menos de ti porque te conozco y sé que te levantamos con principios y valores de respeto hacia los demás y a ti misma.

— Papá ¿Me estás pidiendo que vea como algo normal que salgas con chicas de mi edad? ¿Te das cuenta de lo que eso significa? ¿Qué le voy a decir a la gente? "Sé que parecemos hermanas, pero es la novia de mi papá"... es absurdo.

—Nadie debe opinar en lo que hago con mi vida, sin embargo, lo que ustedes mi familia inmediata, siente, me afecta, mas no va a influir en nuestra relación. Lo que le dirás a quienes se entrometan en lo que no les incumbe dependerá exclusivamente de ti. Por ahora, necesito refrescarme, estoy cansado. Sofía y yo vamos a comer algo, sería grato que nos acompañases.

— No, gracias, papá, debo procesar esto. Voy a casa.

—Entonces serás bienvenida cuando lo desees—se acercó a ella, besó su frente y la abrazó. Lucía aún se resistía a aceptar esa locura de su padre, pero recibió el afecto de Gonzalo y lo abrazó.

—No estoy de acuerdo con esto, papá— acotó.

— Es tu derecho, sé que esto afecta a todos de alguna manera y comprendo su renuencia pero eso no va a cambiar lo que siento por Sofía. Y si no logramos conciliar nuestras vidas, pues las viviremos por separado. Ustedes son mis hijos y son, como le dije a Sofía, lo que más amo, pero son afectos diferentes que tanto ustedes como Sofía deberán aceptar y si les importa mi felicidad, respetarán el lugar de cada uno en mi vida. Ojalá alguna vez logren al menos congeniar y aceptarse.

— ¿Y qué hay de mamá? ¿Cómo queda ella?

— No entiendo por qué lo preguntas. Estamos divorciados, somos personas adultas y nos respetamos mucho, somos sus padres y siempre estaremos en contacto no sólo porque vosotros existís sino porque entre vuestra madre y yo existe aún un genuino afecto de amigos.

—¿Qué va a pensar ella cuando sepa de "esto"?

— Ya lo sabe. - respondió con toda calma Gonzalo y la respuesta tomó por sorpresa a ambas mujeres y las dos lo miraron azoradas— Estela sabe de mi relación con Sofía, estuvimos hablando en casa.

— ¿Y cómo lo tomó?— interrogó incrédula la hija.

— Mucho mejor que tú. Puedes hablar con ella cuando lo desees, por ahora, voy a darme una ducha. Te amo, hija, insisto en que serás más que bienvenida a quedarte.

— En otro momento, papá— aún no salía de su asombro con lo último que dijo su padre— Me voy— miró las llaves en su mano y se las ofreció a su padre— Supongo que ya no debo tener esto.

—Consévalas, aquí puedes venir cuando lo desees, sólo que ya no estaré solo y sería estupendo que por cortesía con Sofía nos avises cuando decidas venir, pero te aseguro que siempre nos va a agradar tenerte aquí y a tu hermano.

Lucía se dio la vuelta para dirigirse al ascensor y Gonzalo le habló afectuoso:

— Nadie va a ocupar tu lugar, sabes lo importante que eres para mí.

Lucía se detuvo al escucharlo y se volvió a mirarlo

— Te amo, papá.— se acercó al hombre y poniéndose de puntillas le dio un beso a su padre— pero no puedo con esto, no por ahora.

— Cuando desees hablarlo, sabes que siempre voy a escucharte. Aquí sigues teniendo tu habitación cuando la quieras. Que estés bien—la besó en ambas mejillas— Saluda a tu madre, dile a tu hermano que espero verlo pronto.

La chica se volvió hacia Sofía y tras una última mirada se marchó.

Tan pronto se cerró el ascensor, Sofía se sentó en el sofá. Sus piernas temblaban. Había demasiadas emociones en su mente en ese instante. Sentía un remolino en su cabeza y Gonzalo se sentó a su lado al verla turbada.

— No temas nada, preciosa, todo saldrá bien.

— Cariño, por nada del mundo hubiera querido que esto ocurriese de esta

manera, no quiero ser la causa de problemas con tu familia.

— Todos deben entender que ahora eres parte de mi vida.

—¿Lo soy?—le preguntó ansiosa— ¿Qué soy para ti, Gonzalo?

— Eres un hermoso regalo que me está dando la vida, mi amor. Quiero que seas parte de mi vida siempre. Estoy perdidamente enamorado de ti, Sofía.

— Yo también me enamoré de ti, cariño, como una colegiala. Me produces una sensación tan especial. ¡Y pensar que se supone que íbamos a conocernos, a ver qué ocurre... !

— Nos estamos conociendo, y esto apenas comienza, ambos sabemos que no va a ser sencillo.

— ¿Crees que lograremos hacer que funcione?

- No lo sé, sólo puedo asegurarte que todo lo que sea necesario, lo voy a hacer. Estoy apostándolo todo a esta relación.

— ¡Gonzalo, eres tan maravilloso! —lo abrazó y lo besó apasionadamente —lucharemos juntos por esto, porque no se trata sólo de los demás, sino de nosotros mismos. Hay tanto por aprender uno del otro.

— Así va a ser, preciosa. Lo lograremos, y si no, al menos nos divertiremos mucho en el intento— sonrió tranquilo y besó los labios entreabiertos de la chica— Por favor, permíteme ir a refrescarme un poco, el día ha sido infinito.

—Anda...mientras veré qué hay en el refrigerador y prepararé algo para comer. No prometo nada gourmet, hago excelentes suturas, pero no llego muy lejos en la cocina. Mi especialidad es la pizza, soy una experta pidiéndolas a domicilio.

—Haz lo que prefieras, amor mío, pide algo si lo deseas. No es necesario que cocines si no quieres, en el cajón hay varios menús, pide lo que más te apetezca. A mí me da igual lo que escojas— se levantó y se fue a su habitación.

Sofía se fue a la cocina, y revisó la nevera y alacena. No había mucho dónde escoger pero si vio vegetales y algunos filetes de pescado, y se decidió por una ensalada ligera con pescado. Se puso a trabajar y cuando Gonzalo regresó vestido con un vaquero y camiseta ya tenía la mesa servida. Al volverse y verlo tan informal y fresco, sintió una puntada de

deseo en el pecho.

— Espero que te guste lo que hice. No es mucho, pero mal no quedó del todo.

Se sentaron a la mesa y comieron conversando animados. Al terminar Gonzalo puso la cafetera a funcionar y Sofía sacó algo de fruta fresca y quesos. Tomaron el postre con vino y luego se sirvieron café y se llevaron las tazas al salón. Se acurrucaron en el sofá. Gonzalo puso a sonar un disco y se dedicaron a escuchar la música abrazados en silencio.

— Me gusta esto, Gonzalo, realmente me gusta. Me siento tan bien contigo, amor.

—Y yo contigo, princesa, creo que el proceso de adaptarnos va muy bien.

— Pero falta mucho aún.—suspiró preocupada— Hay tanto por enfrentar, tenemos muchas pruebas por superar.

— Lo haremos, mi amor, no te preocupes.

— Me preocupa que la relación con tu hija se vea afectada.

— Como dije, todo dependerá de ella.— tomó el rostro de Sofía entre sus manos. —voy a defender esto que nace entre nosotros, por encima de quien sea. Lo último que podría desear sería tener conflictos con mis hijos, pero si es necesario...

—Ni lo digas, por favor, no podría perdonarme ser la culpable de que pierdas esa relación tan fabulosa que tienes con tu hija. Noté el respeto y la confianza con la que se hablan. Mi padre es juez, y en casa todo se ha tratado siempre como si fuera su corte, nos queremos, es cierto, pero no tenemos la confianza para hablar con franqueza sin sentir que nos van a acusar de desacato— bajó la mirada a sus pies — Amo a mis padres, pero ser tan diferente a todos ellos, me ha traído más de un conflicto, son todos tan formales. Toda mi vida he tenido la sensación de que requería un abogado defensor hasta cuando me daban las calificaciones del colegio, se nos ha exigido ser perfectos siempre. Soy la única que toma a la ligera la actitud de mi familia, fue necesario que aprendiera a estar firme en mis decisiones, de no ser así, ya hace rato que habría sufrido un episodio psicótico. Cariño... ¿esto se va a poner feo, verdad?

— Yo voy a estar para apoyarte siempre, mi amor, saldremos adelante.

— No quiero, pero debo irme. Tú también debes estar agotado. Ya querrás irte a dormir.

— Sí, lo estoy, déjame que te lleve a tu casa.

Sofía se acurrucó en los brazos de Gonzalo.

—Me siento tan cómoda en tus brazos. No quiero salir de ellos—se quejó haciendo pucheros.

—No tienes que hacerlo, podemos dormir abrazados.

— Yo... Gonzalo... no sé...— titubeó buscando las palabras

— No, por favor, no confundas mi ofrecimiento. En serio sólo hablo de dormir, te dije que nunca voy a presionarte para nada y lo cumpliré.

—Quiero quedarme, no quiero que salgas tan tarde y cansado como estás. Yo podría dormir en el sofá, igual, mañana no tengo guardia.

— Mi amor, no podría permitir que duermas en el sofá. Hay más habitaciones aquí. Podrías usar las de mis hijos, o podrías dormir en mi cama conmigo, te aseguro que puedo controlarme perfectamente por mucho que te desee. También me gustaría pasar la noche entre tus brazos pero no te sientas obligada a nada. Y podría dejarte en tu casa cuando vaya a la tienda.

— Voy a dormir contigo, amor. Bueno, dormir, sólo eso— balbuceó — Aún no me siento preparada para nada más ¿Puedes comprenderme, verdad, Gonzalo?— preguntó suplicante—No soy una mojitata ni santurrón, sólo no quiero cruzar ese límite aún.

—Seré un perfecto caballero— le sonrió y le pellizcó la nariz — Vamos a buscarte algo para ponerte.

Se fueron abrazados hasta la habitación.

—En la habitación de Lucía debe haber algo que te vaya bien para dormir.

— No, por piedad —se estremeció— No quisiera abusar, cualquier camiseta tuya servirá.

Gonzalo le señaló un armario con el dedo.

—Allí encontrarás lo que necesites. ¿te gustaría un té caliente?

— Eso suena delicioso.

Gonzalo salió para permitir que se cambiara de ropa y fue a la cocina. Al volver, ya Sofía vestía una camiseta que le iba enorme, pero se sentía comodísima y se encontraba sentada en la cama. Gonzalo traía dos tazas

humeantes y le entregó una a la joven. Colocó la suya sobre la mesilla de noche y entró al servicio. Unos minutos después, salió con el pantalón de un pijama.

La miró disculpándose por no llevar la parte superior y revolvió un cajón buscando el resto del pijama.

— Lo siento, sólo acostumbro usar el pantalón y no tenía ningún pijama completo en el baño.

Sofía quiso responderle algo, pero sentía un nudo en la garganta al ver su cuerpo en todo su esplendor. Sus brazos, que eran fuertes aunque no musculosos, su pecho firme con poco vello, su vientre plano, marcado, su trasero tan bien formado y sexy, la dejaron sin palabras. El corazón de la chica comenzó a latir acelerado y comenzó a preguntarse si habría cometido un error al quedarse.

"¡Dios mío! Ese no es el cuerpo de alguien de su edad... Cómo voy a dormir junto a él sin desear tocarlo...si ese pecho está simplemente hecho para dormir sobre él."—se preguntaba ansiosa.

— No te preocupes por eso. No me importa que no lo uses.

—¿Segura? En verdad odio dormir con pijama completo pero...

— Ven aquí, Gonzalo, toma tu té y vamos a dormir— apartó las sábanas para que se acostara. — ¿Qué lado usas normalmente?

— Escoge tú, mi amor.

—No seas condescendiente, es tu cama y debes estar acostumbrado a un lado. A mí me da por completo igual, después de años de guardias nocturnas, durmiendo donde sea que quepa, soy capaz de dormir hasta de pie. Dime dónde duermes y yo caeré muerta al lado. Según parece no suelo roncar, así que no debería molestarte mucho.

Gonzalo se subió a la cama por el lado derecho y la miró sonriente mientras la veía entrar por el lado contrario y meterse bajo las sábanas.

—No existe posibilidad de que me molestes, tenerte justo aquí es como un sueño hecho realidad. Ven aquí — tiró de su cuerpo y la estrechó contra su pecho y sintió que la chica se estremecía.

— Abrázame fuerte, Gonzalo, no me sueltes nunca más— le rogó sintiendo nuevamente que estaba justo donde pertenecía — No me apartes de tu pecho jamás.

—Jamás te soltaré — estiró su brazo y apagó la luz desde la mesita y volvió a abrazarla, se cubrieron con las sábanas y guardaron silencio. Sólo se escuchaban sus respiraciones y así se quedaron dormidos.

La mañana los encontró abrazados, y fue el roce de los labios de Gonzalo en su frente, lo que despertó a Sofía. Abrió los ojos y encontró los de Gonzalo mirándola embelesado.

— Estoy en el paraíso, no tengo dudas — la besó de nuevo en la frente— Morí y fui al cielo, sólo así puedo despertar con un ángel entre mis brazos.— la estrechó de nuevo y se volvió a acomodar en la cama.

—Pero hay que levantarse, no queda de otra.

— No quiero, soy el dueño de la tienda y puedo llegar cuando quiera.

— Pero yo si tengo cosas pendientes. Mañana es la fiesta de mis padres y me toca terminar de organizar todo. Hay un millón de cosas por hacer aún.

— Ya la entrega de tu regalo está arreglada.

— Gonzalo...— comenzó a decir Sofía — ¿Crees que podrías venir a la fiesta conmigo? —preguntó sin saber si debería.

— No lo creo, me gustaría estar contigo siempre, pero considero que una celebración familiar merece respeto y sabemos lo que va a ocurrir si me aparezco allí. Además de que si fuera mi hija quien estuviera en la situación que tenemos, esperaría que ese caballero tuviera, al menos, la decencia de hablar conmigo antes de dejar caer una bomba así en público.

—Tienes razón, no debí pedírtelo.

— Tú puedes pedir lo que quieras, mi amor, pero echar a perder la fiesta de tus padres no es la mejor forma de comenzar una relación con tu familia. Creo que deberías hablar con ellos antes de que me conozcan para apaciguar las llamas antes de que caiga el combustible.

—Tienes razón. Siempre la tienes. ¡Ahora, a levantarse! Hay que salir de la cama— la chica saltó de la cama y comenzó a tirar de Gonzalo para que saliera de entre las sábanas.

— Usa el baño primero, preciosa... yo iré luego— se levantó y fue a la cocina donde puso a funcionar la cafetera. También sacó pan de la alacena y preparó pan tostado, colocó en una bandeja algunas mermeladas y quesos suaves, un par de tazas de café, leche y azúcar, servilletas y llevó todo a la habitación. Entró justo cuando Sofía salía del baño

completamente vestida.

— ¡Definitivamente eres perfecta! Te arreglas rápidamente y además tienes el raro don de la puntualidad— ambos se sentaron en la cama como unos chiquillos y comieron entre risas.

— ¿Podría acostumbrarme a esto, sabes?— bromeó Sofía.

— Generalmente no soy muy agradable por las mañanas. Odio levantarme temprano y tener que salir inmediatamente, pero la vida me obligó a luchar duro desde muy joven. Así que ahora ya es un hábito — le pasó a Sofía un pan tostado untado —Pero amanecer contigo en mis brazos sí que hizo una diferencia — se levantó de la cama — Voy a vestirme para llevarte a casa— le dio un ligero beso en los labios y se fue al servicio. Sofía tomó la bandeja y la llevó a la cocina. Lavó los platos mientras Gonzalo salía.

— No tienes que hacer eso, mi amor—dijo a sus espaldas cuando llegó por fin, completamente vestido con un traje azul impecable — Ahora viene Emma, quien se encarga de todo aquí, luego la conocerás.

—No es nada ¿Estás listo? Yo sí lo estoy.

Lo miró en su elegancia y se preguntaba cómo había ocurrido todo eso que le estaba cambiando la vida...

— Vamos, entonces— cogió la mochila de Sofía y se fueron abrazados hasta el ascensor.

Cuando iban en el coche, Sofía guió a Gonzalo hasta su casa, que resultó una imponente mansión moderna, un poco exagerada para el gusto de la chica. Sofía abrió el portón principal con el mando que traía en su mochila y Gonzalo entró por el sendero que llevaba directo a la entrada principal. Allí detuvo el coche y se iba a bajar para ayudar a Sofía a hacerlo, pero la chica lo atajó.

—No hace falta, ve a tu trabajo a ganar el pan, o el vino, en tu caso —bromeó — Hoy trataré de hablar con mis padres sobre nosotros, no quiero andar ocultándome como si estuviera haciendo algo indebido.

— Indebido como tal no lo es, pero tampoco es lo más adecuado—suspiró Gonzalo—trato de pensar en lo que yo sentiría si se tratase de Lucía y no me gusta lo que se me viene a la cabeza.

—Pero les guste o no, lo tendrán que aceptar.

## Capítulo 7

### CAPÍTULO 7

— Debes darle tiempo para asumir esto, no es fácil para tus padres y yo lo comprendo así, de modo que vas a tener que ser paciente y comprensiva con tu familia porque no les estás diciendo que vas a Hawái—rozó sus labios en un ligero beso.

Fue en ese momento justamente cuando un nudillo tamborileó en el cristal del coche del lado de Sofía.

La chica sintió como le daba un vuelco el estómago al ver a su padre de pie justo a su lado.

— ¿Sofía, serías tan amable de bajar de ese coche en este preciso instante, por favor?— ordenó tajante Adolfo Montemayor—y dile al caballero que ya puede marcharse de mi casa.

Gonzalo y Sofía se miraron a los ojos y Gonzalo vio la aprensión en el rostro de la chica.

— Llegó la hora, amor, hablaré con tu padre.

—No, Gonzalo, esto debo hacerlo yo.

— No voy a dejarte afrontar sola este momento.

— Ya estoy mayorcita, cariño, y como te dije antes, no me rompo fácilmente, no le tengo miedo a mi padre, sólo no quisiera tener que discutir con él por esto.

— Sofía...—habló nuevamente el juez— ¿Cuánto más debo esperar?

—Por favor, espera un momento, papá.

— Voy a presentarme con él— decidió Gonzalo y ante la protesta de Sofía agregó— Es lo mínimo que debo hacer, no voy a salir huyendo como un cobarde— abrió la puerta del coche y salió, dio la vuelta y ayudó a Sofía a bajar. Luego giró sobre sí y fue a donde se encontraba Adolfo.

— Buenos días, señor Montemayor, soy Gonzalo Márquez y...

— Sé quién es usted, he comprado algunas cosas en su tienda— las mandíbulas de Adolfo parecían soldadas por la furia y hablaba lento y bajo— y me pregunto qué es lo que está sucediendo aquí, pero esa discusión

la voy a tener con mi hija. Usted, haga el favor de retirarse.

— Disculpe usted, señor Montemayor...-lo miró a los ojos con la calma que lo caracterizaba, pero también con mucha decisión y sin dejarse amilanar por la personalidad dominante del otro — pero creo que nos compete a ambos y le agradecería que me permita hablar con usted.

—Soy "Juez Montemayor" para usted, señor... y por ahora sólo me interesa hablar con mi hija.

— Gonzalo, vete tranquilo, cariño, voy a explicarle todo a mi padre. Luego te llamo.

— ¿Estás segura? Puedo esperar... — ofreció.

— No hace falta, todo estará bien— lo tranquilizó Sofía.— Vamos adentro, papá...—miró a Gonzalo y le sonrió. Tomó a su padre del brazo, y caminaron hacia la puerta. Gonzalo subió de nuevo a su coche y se marchó preocupado.

Al entrar a la casa, Adolfo se soltó del brazo de su hija y le habló molesto:

—¿Qué significa lo que vi, Sofía?— inquirió en voz alta — ¡Esto es un exabrupto!

— ¿Qué crees que significa, papá?

— ¡No seas irrespetuosa! —le gritó. Al sonido de su voz, acudió el resto de la familia alarmados.

— ¿Qué ocurre Adolfo?— preguntó su mujer intranquila al observar la escena.

—¿Por qué mejor no le preguntas a tu hija para ver si logras entender su proceder? Porque yo aún no comprendo lo que vi.

— ¿Sofía, por favor, que ocurrió? — le inquirió Alejandra a su hija, mientras sus hermanos miraban la escena sin entender nada.

— Que Gonzalo vino a traerme esta mañana a casa y papá hizo un escándalo— explicó manteniendo la calma.

— Pero no le has dicho quién es ese hombre ni por qué te trae a esta hora de la mañana ni de dónde vienes— replicó enfurecido Adolfo.

— Verás mamá, Gonzalo es con quien estoy saliendo, vino a traerme porque le dejé mi coche a Ana María y venimos de su casa—terminó en

voz baja, comprendiendo cómo se escuchó lo último que dijo.

— ¿Quieres decir que pasaste la noche con ese hombre? —volvió a interrogar Alejandra.

— Sí, pero no es como piensas...

— ¿Vas a decirme que no dormiste con él?

— Dormir sí, pero... — no deseaba dar explicaciones que sólo le competían a ella — Verán, Gonzalo y yo...

— Pero explícales "Quién" es ese Gonzalo. — soltó su padre muy molesto.

— Gonzalo es... alguien que conocí y...

— ¡¡Que debe tener el doble de tu edad!! ¿Te has dado cuenta de eso? ¡¿O estás tan obnubilada que no lo has notado?!

Sofía miró a su madre y hermanos, quienes la miraban asombrados.

— ¿Es cierto eso, Sofía? Pasaste la noche con un hombre mucho mayor que tú? Contesta... ¿isí o no?!— exigió Alejandra.

Y esa fue la gota que derramó el vaso en la paciencia de Sofía.

— Quiero que escuchen esto muy bien... si no se han dado cuenta, soy una mujer, no una niña y no estoy en un juicio, así que no voy a aceptar que se me interrogue como si hubiera cometido un delito. Si pasé o no la noche con Gonzalo, es exclusivamente mi asunto, ustedes no tienen vela en ese entierro. Puedo decirles, por consideración a que son mis padres, que no lo hice, y si lo creen o no, me tiene sin cuidado, el hecho de que Gonzalo tenga más edad que yo, es algo que sólo debe ser de nuestra incumbencia y si ustedes no lo aprueban, ya saben lo que pienso sobre eso. Hemos decidido probar cómo nos va porque ustedes no son los únicos que nos han criticado, pero eso no va a detenernos.

— Pues, yo no apruebo esta barbaridad— expresó su padre.

— No tienes que hacerlo, con que respetes mi decisión me basta.

— Oye, Sofía, creo que esa no es forma de hablarle a nuestros padres, además de que en mi opinión...— comenzó diciendo Roberto.

— La cual pediré cuando la necesite.— lo interrumpió Sofía— pero no es el caso y les voy a agradecer que no intervengan —les aclaró Sofía—Familia, comprendo que esto sea difícil de aceptar, pero he

tomado una decisión y es mi última palabra.

— Entonces, no podrás continuar en esta casa, Sofía— sentenció Adolfo inflexible.

— Adolfo, querido, creo que eso es algo que debemos discutir — acotó Alejandra—Sofía también es mi hija y no creo que...

— ¡Debe irse! Y esa, Sofía es " mi última palabra"— agregó aduciendo a la expresión de su hija. Dio la vuelta sobre sus pies, y salió de la casa.

Sofía sentía cómo su mundo se le venía encima y un nudo se formó en su garganta. Respiró profundamente, elevó su barbilla para mantener la compostura y miró a su madre, quien aún no salía de su asombro por la actitud de su marido.

— No te preocupes, mamá, esto no es una sorpresa para mí. Conozco a mi padre y es suficientemente terco como para no dar marcha atrás. Recuerda que yo salí a él, sólo me duele saber que estuve equivocada en cuanto a su capacidad de justicia. Pensé que era un juez, no un verdugo— le sonrió— Esto no va a ser nada más allá de una nube negra. Sé que más tarde o más temprano mi padre va a asumir mi decisión, no le des más importancia de la que tiene.—se volvió a ver a sus hermanos— Están muy callados ¿Qué les ha pasado? — les sonrió—¿No tienen nada que decir por primera vez en sus miserables vidas? — trató de bromear.

— Hermanita—dijo Manuel.— ¡Esta vez sí que las has liado! Nunca has tenido muy buen gusto con los hombres, ¿¿¿ pero buscarte un anciano???? —le dijo sonriendo.

—Voy a golpearte, Manuel, ¡y necesitarás dientes nuevos! — le golpeó con afecto el brazo—¡No te atrevas a meterte con Gonzalo!

—En serio, Sofi, no te entiendo, eres una mujer hermosa, inteligente, independiente, madura. ¿Qué buscas en un tipo como ese? ¿Por qué...? - Roberto seguía sin comprender lo que había pasado.

— Porque sólo él me ha hecho sentir respetada, apreciada, amada por como soy. Me ha dado un lugar especial en su vida y ustedes, jóvenes vírgenes calenturientos tienen mucho que aprender de él sobre cómo tratar a una mujer... ¡y no es ningún anciano! Es un hombre realmente especial — respiró profundamente y se volvió a su madre —supongo que sigo estando invitada a su fiesta de aniversario ¿O me equivoco?

—Claro que lo estás, que tonterías dices.

— ¿Puedo venir con Gonzalo?

— Pero... hija... yo...— balbuceó Alejandra sin saber qué responderle.

— Es una broma, mamá. Gonzalo fue el primero en decirme lo inapropiado que sería. ¡no te agobies!—le sonrió —Esperaré unos días con Ana María hasta que las aguas se aplaquen, después hablaremos mejor. Te llamo si requiero tu opinión para los preparativos pero ya casi todo está listo — se volvió hacia las escaleras—Me llevaré algunas cosas.

—No puedes irte, Sofía, tu padre...

— Papá va a tener que entender que no puede decidir sobre la vida de todos. Mientras no suceda eso, va a hacer miserable a todo el mundo. Quiero que conozcan a Gonzalo, estoy convencida de que cuando lo traten podrán ver más allá de su edad y darse cuenta de la persona increíble que es.

—Hermanita, ¿Cómo puedes estar segura de alguien que apenas conoces?— Roberto la miró a los ojos preocupado.

— Porque a diferencia de ti, monstruo, tengo un cerebro — bromeó y le tocó con los nudillos la cabeza a modo de llamar a una puerta— Y lo uso para cosas más importantes que aprender leyes de memoria. Debo irme — subió la escalera y fue a su habitación. Tomó del armario una pequeña maleta y metió en ella algunas cosas, luego bajó de nuevo y fue a la cocina donde la familia aún se encontraba reunida.

—Me voy mamá, llámame si me necesitas. Estaré con An.

— No estoy de acuerdo. Deberías hablar con tu padre.

—Si Su Señoría quiere verme, va a tener que buscarme. Cuando lo haga, estaré encantada de hablarle y de presentarles a Gonzalo, ahora tengo mucho que hacer. Adiós, mamá—la besó en la mejilla— Chicos, pórtense bien, no hablen estupideces porque les va a doler — les mostró el puño sonriendo— los amo.

— ¡Oye! — la llamó Manuel— ¿podré conocer a tu hallazgo arqueológico?

— No si lo puedo evitar, pero algún día tendrá que ocurrir. Arreglaré algo para que se conozcan.

Se volvió a Roberto y le dijo:

—Hermanito, sé útil alguna vez y llévame a casa de An.

— Claro. Vamos, ya iba saliendo.

Sofía se encontró con su amiga y cuando ésta vio su maleta, comprendió que algo grave había ocurrido.

Sofía invitó a su amiga a comer después de ultimar algunos detalles de la fiesta. Luego pasó por la tienda de Gonzalo, quien se encontraba atendiendo a un cliente. Al verla, quiso dejar al cliente en manos de un empleado, pero Sofía le indicó que no había prisa.

Al terminar con el cliente, fue a su lado y la guió a su oficina. Una vez allí, pidió que les llevaran café y se sentaron en un sofá a tomarlo.

— ¿Cómo estuvo la situación con tus padres? No debiste pedirme que me fuera, yo tenía que estar a tu lado.

— No, cariño, esto tenía que hacerlo por mí misma.

— ¿Qué dijeron tus padres?

— Fui juzgada, sentenciada, condenada y ejecutada en la misma jornada, pero tendrán que aprender a vivir con eso porque no me van a obligar a dejarte. No van a poder conmigo.

— Amor, lo dices como si se tratara de un reto, debes estar segura de lo que haces y las razones que tienes para ello. Sofía, no quiero ser para ti una simple rebelión contra el dominio de tus padres.

—No pienses eso jamás, nunca he necesitado una excusa para rebelarme. Es mi forma de ser desde que recuerdo. Hoy es el aniversario de mis padres, es paradójico que te conociera buscando su regalo y ahora eso nos separa ¿Por qué debo complacer a los demás si quien me interesa eres tú?

— Debes entender, amor. Si se tratara de mi hija, no sé cómo habría reaccionado, no es una relación normal y es que nos guste o no, existe una brecha generacional que no va a ser sencillo superar. Alguien en algún momento te va a decir una verdad y es que cuando tú estés en tus mejores años, ya yo no seré capaz de seguirte el ritmo. En veinte años yo tendré setenta y cinco años, y tú cuarenta y tantos. Se hará mucho más marcada la diferencia. Tú querrás tener hijos, yo quiero tener nietos, mi vida no es emocionante ni es una aventura cada día, porque ya he hecho lo que debía y ahora vivo el fruto de mi esfuerzo en la calma, tú lo estás descubriendo todo, tienes el mundo delante de tus ojos ¿Podremos conjugar mundos tan diferentes? No es fácil para mí saber que voy a estar retenéndote, impidiendo que vivas tu juventud. Sofía, no creo que estemos haciendo lo correcto... al menos yo no lo estoy haciendo. Hoy deberías entrar a la fiesta de tus padres del brazo de algún joven digno de

tu belleza, que los haga sentir orgullosos de su talentosa hija, no sola porque el hombre que escogió es alguien que todos van a ver con burla — miró hacia otro lado apesadumbrado.

— No hables así, Gonzalo. A mí no me importa lo que digan ni cómo deberían ser las cosas. Me gustan como son y eso es lo importante — le dijo con voz temblorosa — Cariño, no me digas estas cosas.

— Mi amor, esto es un error... Aunque te ame, es una equivocación. Me duele el alma al pensar las cosas que te estaría robando.

—Gonzalo, ¿me estás dejando?— le preguntó con doloroso llanto contenido.

— No, amor, te estoy pidiendo que pienses en ti y me dejes... ¿Cómo podría estar seguro de que puedo hacerte feliz? ¿Cuánto tiempo te durará el encanto de esta relación, Sofía? Siempre estarás en un entorno joven, con hombres llenos de vida a tu alrededor. ¿Cómo competir con eso? ¿Cuánto tiempo podremos ser felices? ¿Cuánto tardarás en enamorarte de alguien más joven?

— Cariño, no me hagas estas preguntas, nadie tiene el éxito garantizado. Sabes que la edad no tiene que ser lo más relevante en nuestra relación.

— Pero lo es! ¿Tú deseas tener hijos?

— Supongo que sí, eventualmente. No lo sé, no pienso en eso, pero si ese fuera el caso no hay nada que lo impida. Los riesgos existirían si yo tuviera una cierta edad, pero...

— ¿Y tú consideras justo para esos hijos que les des un padre que ya no podrá compartir con ellos como lo haría un hombre joven?

— Si eso es lo que te preocupa, entonces renunciaré a los hijos. A lo que no estoy dispuesta a renunciar es a seguir explorando este mundo que estamos construyendo, a descubrir lo que la vida nos tenga deparado. Gonzalo, no me hagas esto. Yo te amo... — confesó, sorprendiendo al hombre y a sí misma. Era la primera vez que lo decía en su vida a un hombre. Y tenía que haberse enamorado del más correcto y complicado de los hombres que se habían cruzado en su vida.

— Sofía...— la abrazó fuertemente contra su pecho —¿Qué debo hacer? Me falta el aire de sólo pensar en que no vayas a amanecer en mis brazos de nuevo, pero no quiero hacerte daño, no podría perdonarme que un día te sientas atada a un... lastre.

— Gonzalo, deja que yo decida eso. No me hagas tú también lo que hace mi familia, no quieras decidir por mí. No puedo asegurarte que todo va a

salir bien, pero déjame intentarlo. Si no funciona está bien, lo asumimos y ya, nadie tiene garantías en el amor ¿Sabes cuántos divorcios se hacen al año entre parejas jóvenes? Contamos con tu experiencia y mi terquedad. Tú, mi amor, me has hecho sentir viva por primera vez. Hasta hoy defendí mi voluntad por terquedad, por no dejar que los demás me digan que hacer, pero hoy lo hice porque no deseo pasar un día sin ti. Siento que ya perdí demasiados años sin haberte conocido, no quiero que la vida me robe ni un día más de ti. Gonzalo, cariño, no le tengas miedo a este amor. Lo único que podremos perder es tiempo si no funciona, pero si funciona, podremos ser felices juntos mientras haya oportunidad.

— Tan joven y tan sabia. ¿Cómo puedes ser tan perfecta? — la miró con desolación — No quiero que un día me reclames haber robado tu juventud, no podría vivir con eso — le dijo con la mirada atormentada.

— ¡Pero defendiste esto ante tu hija con tanta convicción!!! ¿Cómo puedes haber cambiado de opinión tan de repente? ¡Me sentí tan querida y especial cuando lo hiciste! ¡Le dijiste que estabas dispuesto a todo por mí!!! ¿Qué pasó con eso? — le exigió a punto de llorar, pero se contuvo. No había llorado por nadie jamás. No iba a comenzar ahora. No podía permitirse esa debilidad. Nunca usaría las lágrimas para conmover a nadie—Te propongo algo... Vamos a esperar un par de días y dejaremos que las emociones se calmen. Hablaremos cuando hayamos pensado las cosas con calma, ahora estamos preocupados, por lo menos yo no estoy en mi mejor condición y no pienso darme por vencida a la primera. Estoy dispuesta a dar la pelea por esto que siento —se puso de pie y caminó hacia la puerta — Esperaré tu llamada, si quieres hablar conmigo de nuevo.

— Sofía, estoy confundido. No sé lo que debo hacer.

— Piénsalo entonces, avísame lo que decidas.

— Yo... - comenzó a decir y no pudo continuar porque Sofía lo detuvo.

— No digas nada de lo que te puedas arrepentir, cariño, espera un poco, al fin y al cabo... tiempo es lo único que tenemos.

Se dio la vuelta y salió. Gonzalo se quedó sin saber qué hacer. Su corazón le gritaba que corriera tras ella, pero su cerebro le indicaba que la dejara ir. Dejarla ser feliz con alguien más adecuado. Se sentó tras su escritorio con el rostro entre las manos pensando cómo pudo enamorarse justo de la mujer menos indicada para él.

Cuando Sofía salía apresurada de la tienda se encontró frente a frente con aquella hermosa mujer que entraba y quien la observó curiosamente al

notar los ojos llenos de lágrimas de la joven.

Sofía a su vez, sólo pudo pensar en cómo lograba verse tan sofisticada y bella, aún a su edad. Se notaba que era una mujer en plena madurez y que se sentía perfectamente cómoda en su cuerpo escultural y movimientos felinos. Aquellos ojos la escrutaron con curiosidad, pero Sofía no podía ocuparse en pensar qué hacía allí esa mujer tan elegante sino en si algún día podría ella tener ese halo de propiedad y seguridad. Abandonó la tienda y se fue en su coche.

Mientras tanto aquella mujer iba directamente a la oficina de Gonzalo, y entró sin llamar, lo cual tomó a Gonzalo por sorpresa con su rostro entre las manos.

— Buenas tardes, Gonzalo. Así que el canalla está bien, sólo me olvidó y ya.

— Ah, ¡Diana! Adelante, toma asiento por favor— se apresuró a levantarse e ir a recibirla sin mucho entusiasmo, pero con caballerosidad.

Al estar a su lado, la mujer le echó los brazos al cuello y lo besó en los labios.

— Que sorpresa verte por aquí— lo tomó desprevenido la caricia y dio un paso atrás, sin percibirlo. La dama lo notó y muy extrañada continuó hablando.

— Me sentía muy preocupada de no saber nada de ti en muchos días y me pregunto si te olvidaste de mí tan pronto. Hace mucho que no me llamas.

— Lo siento Diana, he estado muy ocupado. — respondió vagamente y se sintió mal al mentirle a la mujer—Debí llamarte, discúlpame.

— Gonzalo, querido Gonzalo ¿estás consciente de que no sabes mentir? — se rió divertida la mujer.

— ¿Qué te ha pasado? Nunca desde que comenzamos a vernos habías tardado tanto en llamarme, voy a comenzar a pensar que me estás olvidando o que alguien te está haciendo sentir mejor que yo— Diana acercó su cuerpo al de Gonzalo y volvió a poner sus brazos alrededor de su cuello. Se apretó contra él y le habló muy bajo al oído— ¿Acaso hay alguien más, querido? ¿Alguien te hace el amor como yo?— preguntó sugestiva.

Gonzalo observó el bello rostro de esta mujer que hasta hacía muy poco lo llenaba de placer. Y sintió una punzada de culpa por no haber pensado en

ella en todos esos días.

— Por favor, toma asiento. Debo hablar contigo.

— ¿Qué vas a decirme, Gonzalo? —se sentó frente a él— ¿Es que realmente hay alguien más?— mantuvo la compostura, pero se notaba la tensión en su rostro. Extendió la mano para recibir la copa de jerez que le ofrecía Gonzalo. El hombre rodeó el escritorio y se sentó frente a ella.

— Así es... debí decírtelo y me disculpo por eso— la miró fijamente—pero sabes bien el tipo de relación que tú y yo teníamos. Ambos sabíamos que no había ningún compromiso en esto.

— ¿No lo pasamos bien juntos, querido?— respiró hondo — Estoy segura de que te divertiste mucho, y ahora, así de la nada, me dices que hay otra en tu vida.

—Nunca te prometí nada, sabías perfectamente lo que teníamos. Ambos obtuvimos lo que acordamos. Sin duda, viví muy buenos momentos contigo y te agradezco tu afecto, lo pasamos bien, pero conocí a alguien más— dijo con un tono de pesar en su voz porque en ese momento no podía decir si aún seguiría viendo a Sofía— lo Lamento, Diana, pero no podremos seguir viéndonos.

— ¿De quien se trata?— preguntó airada— ¿Es alguien a quien conozco? ¿Quién es ella, Gonzalo? ¿Acaso te dio la pasión que yo te he dado? ¿Es más bonita... o más joven? — vino a su cabeza la imagen de la jovencita que se cruzó con ella al entrar a la tienda, y recordó sus ojos llorosos... y sintió que se le secaba la boca. "No puedo creerlo, no puede ser esa"— sintió una bocanada de rabia en la garganta— respóndeme Gonzalo.

—Ya me disculpé por no haber hablado contigo pero no te debo explicaciones. No hay ninguna obligación entre nosotros, nunca hablamos de exclusividad y eso te funcionó muy bien siempre. Lo dejamos muy claro desde el principio. Tú misma dijiste que no buscabas una relación permanente, que estabas muy bien así y que preferías ser libre porque no te gusta la rutina, según tus propias palabras "en la variedad está el gusto" supongo que de haber sido tú quien diera esto por concluido, habrías hecho lo mismo.

— Gonzalo ¿ realmente vas a dedicarte exclusivamente a alguien? ¿O debo pensar que la novedad es lo que te mueve a dejarme?—lo miró con sus ojos negrísimos de pestañas espesas y largas — no puedo creer que alguien se robó el corazón de hierro de Gonzalo Márquez. Si es así, debe ser alguien muy especial, dime quién es. Al menos eso me debes — ronroneó sugestiva.

— Lo siento, Diana, forma parte de mi vida privada. Sabes que en eso soy inflexible.

— ¿Puedes llevarme a la cama, pero no decirme algo personal?

—Ese fue el trato.

— ¿Sabes que igual voy a enterarme, verdad?

— Es probable, si tú te empeñas en ocuparte de mi vida personal, es tu asunto pero creo que hay muchas cosas más interesantes que podrías hacer, como seguir intentando conquistar a aquel joven entrenador en el club.

— Eso sonó como a celos - hizo un puchero y movió su cabellera oscura al reírse— ¿te molestó que le coqueteara un poquito?

— Ni lo más mínimo, yo sí recuerdo el trato que hicimos. No voy a negar que pasamos ratos muy agradables, pero sólo fue algo físico. Ahora Diana, deberás disculparme pero...— se puso de pie— realmente tengo trabajo pendiente.

— Que poco caballeroso de tu parte, no te reconozco, Gonzalo —intentó no sonar herida. Se levantó y arregló su elegante vestido estampado.— Esperaré tu llamada, no tardará en llegar. No te preocupes, querido, yo no soy celosa—sonrió divertida— si casualmente se tratara de esta desabrida chiquilla que me encontré cuando entraba, la llamada llegará antes de lo que piensas. No creo que esa niña te entretenga tanto como yo.

— Eres libre de pensar lo que deseas. Ahora, debo ocuparme de otras cosas y tengo que salir.

La dama caminó hasta la puerta, se volvió y le lanzó un beso en el aire. Se sentía despreciada, pero no se lo iba a dejar ver.

— Ciao, querido. ¡Hasta pronto!

Gonzalo se sintió atrapado por las paredes de la oficina y decidió salir. Se fue un rato al club de caballeros del que era miembro, a tomar un trago, para poder pensar en todo lo que estaba pasando.

El vestido azul cobalto de Sofía la hacía parecer una escultura, alta y espigada. Su cabello recogido en un moño bajo, dejaba que el cuello largo y esbelto de la joven luciera hermoso sobre el escote recto del vestido de finísimos tirantes. Cuando era la hora, tomó su pequeño bolso y las llaves de su coche, y quedó con Ana y sus padres en verse en la fiesta, dado que

se adelantaría para ver que todo marchara adecuadamente.

Los padres de Ana no conocían la situación, y no les llamó la atención que se quedase en su casa, porque desde que estaban en el instituto lo hacía. Las chicas eran inseparables desde hacía mucho tiempo. Sólo Ana sabía lo ocurrido, y le preocupaba la actitud de Adolfo con su hija y así se lo hizo saber a Sofía.

— No te preocupes, An. Conozco a mi padre y él se dejará matar antes de permitir que algo así le arruine la ocasión, podría no querer dirigirme la palabra, pero jamás dejaría que alguien más se enterara de lo que sucede. Siempre será el perfectamente correcto Adolfo Montemayor. Los veo allí.

Se fue en su coche, y al entrar a la propiedad, un escalofrío recorrió su espalda. Enfrentaría a su familia y ni siquiera sabía si volvería a ver a Gonzalo.

Al pensar en eso, una punzada de tristeza le golpeó el pecho.

No se iba a dar por vencida tan pronto. Antes su familia y Gonzalo tendrían que enterarse de qué estaba hecha.

Bajó de su coche y entró a la casa. Se fue directamente al gran salón de fiestas. Todo estaba perfecto, las decoraciones eran exactamente lo que había pedido. El bufé estaba siendo dispuesto, y los camareros iban de un lado a otro atendiendo los detalles. Los invitados no tardarían en llegar. Pensó en ir a la cocina cuando vio entrar a sus padres.

Todos se quedaron mirándose sin hablar y fue Sofía quien rompió el silencio.

- ¡Feliz aniversario, papá y mamá! ¡Estáis guapísimos!

Se acercó a ellos y les besó en ambas mejillas. Su padre quiso decir algo, pero en ese justo instante anunciaban la llegada de los invitados, y los tres se dirigieron a la puerta a recibirles.

De ese modo comenzó la fiesta, una celebración en la que Sofía se vio obligada a sonreír, galantear, y conversar toda la noche, sin que recordara una palabra de lo que había dicho. Su mente sólo estaba en Gonzalo.

Durante la velada, cuando la banda comenzó a tocar, los homenajeados bailaron, y luego los hijos se les unieron. Sofía comenzó a bailar con su padre, y los demás invitados se unieron en la pista.

- Dime, Sofía ¿recapacitaste?

## Capítulo 8

### Capítulo 8

— No es el momento para hablar de eso, papá, es tu fiesta. Espero que os guste vuestro regalo.

— Sofía, no voy a permitir que echas a perder tu vida de esta forma.

— Lo acabas de decir tú mismo. Es mi vida papá, no quiero discutir contigo, pero si sigo o no esta relación, no será por lo que tú opines, sino por lo que decidamos Gonzalo y yo.

— No puedes entender que ese hombre tiene casi mi edad?

— Eso no es relevante, sino si me hace feliz y juraría que eso debería ser lo más importante para vosotros también. Comprendo que es algo que tenéis que digerir, pero, debéis comprender que la única dueña de mi vida soy yo y si me va bien o no con Gonzalo, es a mí a quien va a afectar, soy yo quien se arriesga.

— Así que vas a insistir en ese absurdo comportamiento.

— Debo hacer las cosas por mí misma o permaneceré para siempre bajo tus alas. Déjame volar, porque no puedes encerrarme en una jaula. Te guste o no, tu niña creció y ya salió del nido...estoy segura de que si no estuvieras empeñado en que debo hacer tu voluntad, estarías feliz por mí, porque estoy encontrando el amor. No sé si me irá bien, pero lo voy a intentar.

— No puedes esperar que apoye semejante atrocidad. Ese hombre va a jugar contigo. ¿Qué crees que puede buscar alguien como él en una chiquilla como tú? ¡Por Dios, yo soy hombre, Sofía! ¡Sé lo que pensamos!

— Espero que te equivoques, pero, si así fuera, me tocará vivir el despecho y superarlo. No seré la primera ni la última que se enamore sola. Me tomaré unos tragos, lloraré en el hombro de An y luego saldré adelante y continuaré mi vida, pero va a ser cuando yo lo decida, papá. Quiero que estemos bien, pero no te voy a rogar. Te va a tocar aceptar que ya no tienes el mando en mí o hacerte a un lado.

— No voy a ser partícipe del error que estás cometiendo.

— Entonces, que así sea, Su Señoría — le dio un beso en la mejilla a su padre — igual siempre vas a ser mi padre, y te voy a amar y respetar. No puedo asegurar que mi felicidad esté con Gonzalo, pero si es así, voy a

luchar por eso, por encima de quien sea. Y si no funciona, no me voy a disculpar, porque me hago cargo de mis errores.

Abrazó a su padre y se fue al lado de su madre. Le dio un fuerte abrazo y le dijo cuánto le amaba. Giró sobre sus talones y abandonó el salón. Anduvo un rato por el jardín hasta que tomó una decisión.

Subió a su coche y salió de la propiedad. Condujo decidida y llegó al edificio donde vivía Gonzalo.

Gonzalo salía de la ducha y se puso un pijama, cuando escuchó el ascensor abrirse. Salió de su habitación y fue a la sala y le sorprendió ver allí, a esa hora, a Sofía.

— Discúlpame, Gonzalo, debí llamarte, pero no quise arriesgarme a que te negaras a verme, así que convencí al portero de que me abriera. Le dije que me esperabas, por favor, no te enojas con él. Fui realmente insistente— se acercó a Gonzalo y tendió su mano hacia él— necesitaba verte, de verdad, lo necesitaba — Gonzalo tomó su mano tendida y la atrajo hacia él, la estrechó contra su pecho desnudo, y suspiró con el rostro hundido en su cabello.

— Sofía, no quiero dañarte, pero te amo tanto — le dijo con pasión y angustia en la voz— sólo de pensar en que un día me odies por haberte obligado a esto, no puedo...— hablaba entrecortado.

— Gonzalo, no me obligas a nada. Quiero hacer esto, quiero estar contigo. No importa si es mucho o poco tiempo, sólo déjame vivirlo.

Se estrechó más aún a su cuerpo, abrazada a él, colocó su cabeza en el pecho del hombre. Escuchaba el corazón de él acelerado, al igual que el suyo. Sintió un profundo deseo de sentir la piel de su pecho en sus labios, y comenzó a acariciarle con su boca y los ojos cerrados. Gonzalo se estremeció al sentirla.

— Por favor... —suplicó con voz vibrante—mujer, no me hagas esto...

— Te amo, Gonzalo, me hace falta sentirte cerca de mí.

Él se apoderó de sus labios, y la besó desesperadamente. Anhelaba sus besos, su piel, sus brazos.

Lentamente, las caricias se fueron haciendo más y más intensas, los besos más profundos y la pasión más indetenible. Las manos de Gonzalo se desplazaban por el cuerpo de Sofía y ella respondía arqueándose contra él.

— Sofía... — gemía más que hablaba Gonzalo— eres tan hermosa, te amo tanto.

— Y yo a ti, cariño mío, quiero estar entre tus brazos, para siempre.

Volvieron a besarse apasionadamente, sus manos volaban por sus cuerpos ansiosos de amor. Los dedos de Gonzalo se encontraron con el cierre del vestido de Sofía, y lentamente lo bajó mientras sus labios permanecían unidos. Luego, la boca de Gonzalo, bajó por el cuello de la joven, hasta llegar al nacimiento de sus senos. Sofía gimió de gusto y cerró sus ojos. Gonzalo se volvió a mirarla por un instante y sintió pánico de no poder detenerse. Tomó con su mano el rostro de la chica y lo volvió hacia sus ojos. Vio el deseo en ese rostro amado.

— ¿Sofía...? — la interrogó con voz temblorosa de deseo.

— Sí, amor... sí...— susurró ella contra los labios de él— y se abandonó en sus brazos.

Gonzalo la abrazó anhelando su piel, su contacto, y el vestido abierto de la joven rodó hasta el suelo. Al verla en su espléndida desnudez, el hombre la tomó en sus brazos y la llevó a la habitación. Al llegar allí, la colocó delicadamente sobre la cama y cuando se recostaba a su lado, volvió a dudar por un instante, pero la joven se abrazó a su cuello y lo atrajo hacia ella.

— No te atrevas a detenerte ahora —le dijo en voz muy baja— hazme el amor, Gonzalo.

Gonzalo perdió por completo el poco control que aún tenía y cubrió el cuerpo de la chica con el suyo, y con su boca la cubrió de besos hasta llegar a su vientre.

Sofía se entregó al placer de sus caricias gimiendo y ansiando más a cada segundo. Sus manos lo acariciaban desesperadamente, y él enloquecía a su tacto y sus respiraciones se agitaban más y más...

Ella lo atrajo hacia sí y lo abrazó y movió su cuerpo hacia el del hombre incitándolo a poseerla, sintiendo su dureza contra su piel.

Gonzalo tomó sus manos y las llevó sobre su cabeza y sin dejar de besarla jamás, la hizo suya lentamente con movimientos ansiosos en una exquisita tortura para Sofía. Se amaron insaciablemente hasta que estallaron en un espiral de placer infinito.

Sus cuerpos, liberados de la pasión que los envolvía, quedaron muy juntos, abrazados y sus respiraciones aún agitadas, eran lo único que se

escuchaba en la habitación.

Gonzalo se movió a un lado y vio a Sofía a los ojos, y lo enloqueció de amor el ver los labios carnosos e inflamados de besos de la chica.

— Cómo se puede llegar a ser tan perfecta? Es que mientras más te veo, más hermosa eres...

— Ay, Gonzalo, me siento tan feliz, nunca había sido tan feliz —le susurró al oído— me haces sentir tan bien — acarició el vello de su pecho.

— Por favor, Sofía, ten piedad de mi...— le suplicó sonriendo.— vas a provocarme un infarto.

— Sólo quiero tocar tu piel. Me gusta sentirla.

Gonzalo se recostó sobre la cama y atrajo el cuerpo de la chica hasta tenerla sobre el suyo.

La besó una y otra vez y Sofía lo abrazaba y ajustaba sus curvas al cuerpo del hombre. Él volvió a sentir el hambre insaciable de tenerla y se volvieron a entregar al deseo.

Se amaron hasta bien entrada la madrugada. Luego, exhaustos y rebosantes de placer, se durmieron abrazados.

Sofía abrió los ojos y se encontró sola en la cama. Se desperezó lentamente y se levantó, fue al baño y un par de minutos después salió de allí con un mullido albornoz de Gonzalo, que le iba inmenso, pero la hacía sentir como si estuviera en sus brazos, porque conservaba el aroma de su perfume.

Salió de la habitación y fue a la sala y al no verlo allí, se imaginó que estaría en la cocina.

Efectivamente, allí estaba Gonzalo, en pijama, preparando café. Al escucharla entrar, se volvió a verla. La observó atentamente de arriba abajo.

Ella se acercó a él y lo abrazó fuertemente.

—Por un momento pensé que te habías ido.

— Nunca, mi amor, nada ni nadie podrá alejarme de ti ahora. Me siento como un hombre nuevo, como si pudiera llevarme el mundo por delante y es por ti, Sofía, sólo por ti.

- Gonzalo, mi vida, tenía tanto miedo de que no quisieras verme más.
- Fui débil, no debí ceder, pero ahora no podría vivir sin ti.
- Y ahora, qué sigue, Gonzalo? Yo no lo sé.
- Ahora luchamos por esto.

Se abrazaron fuertemente, sin desear separarse.

— ¡Café! — exclamó Gonzalo al escuchar la cafetera hacer el sonido típico de haber terminado de colar la bebida— necesito café — sirvió en dos tazas, tomó algunos sorbos de la suya y agregó — ya con cafeína en mi organismo, deberemos tomar algunas decisiones. ¿Por dónde vamos a comenzar?

— No tengo la menor idea. Sólo puedo pensar en que quiero estar contigo. El resto está como nublado— se recostó contra el mesón desayunador y Gonzalo se acercó a ella y la abrazó. La levantó en el aire, y la sentó sobre el mesón. Se acomodó él mismo entre las piernas y los brazos de la chica, y en esa posición, dejó pasar unos segundos mientras organizaba sus ideas y sus instintos, porque al tenerle tan cerca, sólo podía pensar en hacerle el amor de nuevo.

— Sofía, todo comienza y termina con lo que tú desees. Por mí, salgo en éste mismo momento a decirles a tus padres que amo a su preciosa hija y que lamento informarles que la van a perder porque quiero tenerla conmigo cada segundo de mi vida, que están cordialmente invitados a nuestra boda, pero que necesito que se retiren temprano porque quiero llevarte a mi cama y hacerte el amor hasta caer muerto...lo cual podría pasar en cualquier momento, porque ya soy un viejo —bromeó y Sofía le hizo un mohín — pero todo dependerá de ti. Lo que tú digas, será.

— ¿Boda?— sintió que la boca se le secaba. No había pensado en bodas. De hecho, nada tan definitivo había cruzado su mente. — crees que algo tan... serio, se debería considerar en éste momento — inquirió con voz dudosa — yo creo que esas cosas tan definitivas se deben pensar con cabezas mucho más frescas que las nuestras en éste momento. Hablar de boda como que es anticiparse demasiado a las cosas. Habría que dejar pasar un tiempo, esperar un poco, avenirnos uno al otro, ver cómo nos va juntos, si congeniamos — buscaba desesperadamente las palabras.

— Escúchame bien... de eso que estás hablando, ya yo he tenido mucho con demasiado, y eres sin temor a equivocarme, la única persona que ha pasado por mi vida con la que imagino pasar el resto de mi días. Nadie, créelo, me ha hecho sentir lo que siento por ti desde el momento mismo en que te conocí, porque en ese mismo instante supe que tú eras lo que le faltaba a mi vida — tomó sus manos y las besó— Yo no necesito tiempo

más que para pasarlo contigo. Tú no eres una aventura para mí, eres quien trajo aventura a mi vida. Y a menos que tú desees algo diferente, no te voy a dejar ir... en éste momento, quizás piensas que lo que significa una boda es algo que no te hace falta y puede que sea cierto, pero un día querrás tener esos recuerdos y yo quiero dártelos. Si voy a chuparte la juventud, al menos permíteme poner un anillo en tu mano que cada día te recuerde que juré dar mi vida por hacerte feliz. Además, ya tu familia tiene razones suficientes para odiarme. Por favor, no les des más. Déjame que hable con tus padres, que les diga de qué manera su hija cambió mi vida, de las formas tan maravillosas en las que nos amamos, de todo lo que estoy dispuesto a hacer para darte toda la felicidad que mereces y si después de eso, ellos aún me odian y tú no quieres casarte conmigo, entonces decidimos qué hacer.

— Gonzalo, no sé lo que quiero hacer. Sólo sé que lo que sea, quiero que sea contigo. No puedo decirte en éste momento que voy a casarme contigo, pero sí que te amo, que me haces falta y que me gusta estar en tus brazos, como ahora. Déjame reagrupar las tropas para determinar cuál será el siguiente paso porque en este instante sólo logro pensar en ti haciéndome el amor— lo tomó por el cabello suavemente y atrajo su rostro al de ella, pegó su boca a la del hombre y se estrechó fuertemente a su cuerpo, y fue cuando Gonzalo perdió la pelea. Se rindió al fuego que emanaba del cuerpo de la chica, y allí sobre el mesón, la poseyó con frenesí y ansias de su amor.

Se amaron salvajemente, ya no con la dulzura y ansia contenida de la noche anterior, sino como dos personas que saben exactamente lo que van a recibir uno del otro y están decididos a tomarlo.

Sin aliento y medio desmayados, se dejaron caer sobre la mesa, tratando de que sus corazones desbocados volvieran a recuperar el ritmo.

— Sofía — gimió él con sus labios rozando un pezón de la chica — vas a matarme — tomó en su boca el pecho de Sofía y lo llenó de besos. La chica se estremeció de gusto y con los ojos cerrados aún, respirando a medias, acarició su cabello con su mano.

— Entonces, no me hagas el amor tan divinamente. Esto puede llegar a convertirse en un terrible vicio.

Se quedaron así unos minutos hasta que Gonzalo se decidió a moverse. Se separó de ella y la ayudó a ponerse el albornoz, contra su propio deseo, porque podría contemplar ese bellissimo cuerpo desnudo todo el día.

— Me temo que si cada cosa que debamos discutir, va a terminar así. Vaticino muchas discusiones entre nosotros, y ahora, dime, qué deseas hacer... — sonrió y le cerró un poco el cuello, por donde escapaba un

pecho de Sofía.

— No tengo idea. Este fin de semana no tengo guardia en el hospital, así que estoy libre como el viento, pero hay un pequeño problema...

— ¿Problema? Cuál? — se extrañó Gonzalo.

— Ropa, no tengo ropa que ponerme...— le dijo con gesto de torpeza.

— Ummm... eso suena delicioso. Tú, sin ropa todo el fin de semana... ¡que promesas!

— ¡No seas cretino! — le golpeó suavemente el brazo— hablo en serio. Sólo tengo el vestido que traje anoche. ¿Qué voy a hacer? No puedo aparecer en casa de Ana en esas pintas.

— ¿Casa de Ana? — preguntó extrañado Gonzalo — ¿por qué allí?

— Porque — recordó que no le había contado a Gonzalo esa parte de la historia — luego de discutir con mis padres, papá me pidió que dejara la casa hasta que recapacitara y estoy quedándome en casa de Ana.

— Por Dios, Sofía... ¿por qué no me lo dijiste enseguida? — le reclamó—¿Cómo vas a estar en esa situación?

— Eso no es nada. Cuando se le pase la rabieta a mi padre seguramente se le olvidará lo que dijo, y todo volverá a ser como antes.

— ¿A quién tratas de convencer, amor, a mí o a ti misma?— la miró a los ojos.

— Mi padre puede llegar a ser muy terco, pero yo soy igual a él. Esto puede llevar tiempo. No voy a rogarle, no estoy cometiendo ningún delito.

— ¿Y mientras sucede que alguien dé su brazo a torcer, qué va a pasar contigo?

— No lo sé, ya lo decidiré. Puedo estar en casa de Ana. Sus padres están acostumbrados, no les importa — dijo sin tomarlo en serio.

— Pero, amor, no puedes vivir de esa manera, eso no tiene lógica. Debes tomar una determinación. Eso de estar de un lado a otro, no puede continuar. Verás, hay opciones. Evidentemente, lo principal es intentar arreglar las cosas con tus padres, y para eso, vamos a tener que dar el primer paso nosotros.

— ¡Ni lo sueñes! Mi padre deberá...

— Nada, él está genuinamente preocupado por su hija, y a mí me toca demostrarle que no hay razón para ello. Yo lo comprendo. Si se tratase de Lucía ya le estaría tapiando las puertas y ventanas de su habitación. Tu padre fue todo un caballero, y lo justo es que yo lo sea también.

— Gonzalo, deja que yo me ocupe de mis cosas...

— Ahora, Sofía, son "nuestras" cosas. Creo entender que en una pareja todo es competencia de ambos, pero si por ahora, hablar con tu familia no es una opción, está la opción de que vivas aquí, la cual no puedo decir que no me gustaría, porque no creo que exista otra que me hiciera más feliz. Sin embargo, como ya te dije, no deseo levantar más muros entre tu familia y yo, porque ya hay demasiados, y viéndolo de esa forma, quizás lo mejor sería buscarte un lugar para ti, un piso para que vivas mientras organizamos las ideas. Esa me parece la más correcta y una a la que tus padres no podrían oponerse.

— No voy a decidir hoy, eso lo puedes escribir. Por el momento, llamaré a Ana para que me traiga la maleta que tengo en su casa para adecentarme y luego, con calma, veré lo que haré. Necesito pensar un poco antes de decidir.

—Voy a darme una ducha y a llamarla.

— Mientras, yo prepararé algo para comer.

— ¡Genial! — le besó brevemente en los labios y salió de la cocina.

Un rato después regresó bañada, y con el cabello húmedo, pero aún envuelta en el albornoz.

Se acercó a la mesa que antes los había sostenido mientras se amaban y le sonrió a Gonzalo.

— Ya hablé con Ana y me traerá ropa.

— También podría haber ido yo a buscarla, para que no se molestase.

— ¿Y robarle la oportunidad de ser imprudente y meterse en lo que no le importa? ¡Qué va!

¿Sabes que va a venir a interrogarme, no es cierto?¿Para qué son las amigas, si no? — se rió— no te preocupes si la conozco, en unos minutos estará aquí — tomó un trozo de pan tostado — me muero de hambre.

— Entonces, déjame alimentarte — Gonzalo se encontraba sentado con una taza y cuando se iba a poner de pie, Sofía se sentó sobre sus rodillas y lo besó en los labios.

— Dime, Gonzalo, ¿ya te dije hoy que te amo?

— No estoy muy seguro...—bromeó— así que podrías decírmelo para estarlo.

— Te amo, Gonzalo... ¡Nunca antes se lo había dicho a nadie y se siente tan bien! — se abrazó a su cuello y se besaron de nuevo. Luego, la chica, aún sentada sobre Gonzalo, siguió tomando el desayuno, y metía trozos en su boca y en la de Gonzalo y ambos comieron de esa manera.

Retozaron un rato mientras comían, hasta que escucharon el intercomunicador que sonaba.

— ¡Llegó An! Te lo dije... minutos. — se levantó de las piernas de Gonzalo y juntos fueron a la sala. Gonzalo contestó el aparato y luego se volvió hacia Sofía.

— Me daré una ducha. Recibe a tu amiga que yo no estoy en condiciones...— y se fue a su habitación.

Momentos después se abría el ascensor y Ana salía de él con la maleta detrás de sí.

— ¡¿Pero amiga, qué pasó aquí?!— la interrogó con ojos desorbitados.

— No seas impertinente, An, ya sabes lo que pasó...

— Pero... cómo... yo...— no encontraba palabras — ¿qué pasó?

— ¿Debo explicárselo con imágenes, doctora? ¡Por Dios, An, no seas idiota! ¡Venga, vamos...! le quitó la maleta de las manos — Vamos a darte café para ver si reaccionas— fueron a la cocina, se sirvieron un par de tazas y regresaron a la sala.

Se sentaron en el mullido sofá y Ana miró a su alrededor. Conversaron un rato sobre la situación y An luchaba por confesar a su amiga, cuando Gonzalo apareció bañado, fresco y completamente vestido.

Sofía se sintió inhibida con Ana allí viéndolos en esa situación tan personal.

— Ah, hola Ana... ¡Bienvenida a mi casa! Ponte cómoda y toma lo que necesites — se acercó a ella y le ofreció su mano. Ana la tomó y le sonrió.

— ¡Qué guay está tu baticueva, Gonzalo!

— Gracias. Permítanme que las deje solas un rato. Necesito ocuparme de algunas cosas si no os importa — se volvió a ver a Sofía — te llamo en un rato para saber qué quieres hacer — se le acercó y rozó sus labios, miró luego a Ana y le sonrió—. Vamos a tener que hacer algo juntos para conocernos mejor. Hasta pronto. Se dirigió al ascensor y se marchó.

Ana sólo esperó lo necesario para lanzarse sobre Sofía.

— ¡Lo quiero saber todo! ¡Comienza a hablar!

— Acompáñame a vestirme — le sonrió con picardía, tomó la maleta y la rodó hacia la habitación. Ana observaba todo a su alrededor.

— ¡Vaya buen gusto el de este tío! Está genial... Masculino, elegante...— Se sentó sobre la cama mientras Sofía hurgaba en su maleta y sacaba ropa interior, un vaquero y una blusa color azul cielo. Comenzó a vestirse y miró a su amiga.

— An...— dijo solemne — me enamoré de ese hombre como una tonta.

## Capítulo 9

### Capítulo 9

Gonzalo se dirigió a su tienda, y se ocupó un rato en organizar algunas cosas pendientes. Al terminar, llamó a Sofía y quedaron en verse en el club junto a Ana para almorzar y él decidió adelantarse. Allí se encontró con algunos amigos y al llegar las jóvenes, las guió al restaurante. Se ubicaron en una mesa y ordenaron. La charla era amena y se reían cuando una mano de uñas perfectamente manicuradas se posó sobre el hombro de Gonzalo.

— ¡Hola querido! que sorpresa verte por aquí! — los hermosos labios de Diana se curvaron en una sonrisa, pero sus ojos no sonreían de la misma forma. Gonzalo se puso de pie, y cuando iba a saludar la mujer volvió a hablar —¿Estás con la familia? ¿Cuál de ellas es tu hija?— preguntó a sabiendas de que molestaba con ese comentario

— Ninguna — le respondió Gonzalo imperturbable —Sofía, Ana María, la señora Diana Valdez, una amiga... —antes de que terminara las presentaciones, Diana lo interrumpió.

— ¡Que tonta soy! Como son tan jovencillas me imaginé que serían tu hija y una amiga. Espero que la paséis muy bien. Llámame, querido — se despidió y le dio un beso en la comisura de la boca y se fue.

Gonzalo se sentía avergonzado con las chicas y comenzó a disculparse mientras se sentaba.

— Cuánto lamento esto. Si lo desean, podemos ir a otro lugar.

— No le hagas caso — dijo Ana restándole importancia — pero si me permites el comentario, esa señora necesita suturas. Tiene una herida sangrante y profunda— se rió.

— ¡Ana! ¿Siempre impertinente, verdad? — la regañó Sofía.

—¡ Hasta la última palada de tierra sobre mi tumba! Gonzalo, creo que has sido un chico muy malo — se rio de nuevo y comenzó a comer los platillos que acababan de traer a la mesa.

El silencio incómodo desapareció cuando Ana comenzó a hacerle preguntas a Gonzalo sobre su trabajo y minutos después, comían divertidos, hablando de cualquier cosa.

Rato después, Sofía se disculpó para ir al servicio y se fue.

Al entrar al lugar no percibió que Diana entró detrás de ella, hasta que la vio en el espejo a su lado, cuando salió del cubículo.

— De modo que tú eres la niñata que piensa que puede robarme a Gonzalo — le arrojó Diana a Sofía su desprecio al rostro mirándola con superioridad.

— ¿Robarte? Yo lo veo muy a gusto y voluntariamente a mi lado— le respondió Sofía con una risa.

— ¡Es mío y ni sueñes que te lo voy a dejar! Tenemos una relación hace tiempo y tú no la vas a acabar.

— Entonces, lamento que te respete tan poco, porque no lo vi ocultándose para estar conmigo.

— Escucha niñata — dijo despectiva— Gonzalo tiene gustos sofisticados, y tú, no eres nada de eso. Yo le doy todo lo que necesita.

— Y si es así, ¿Qué será lo que ve en mí?— esa odiosa mujer no iba a hacerla sentir inferior — algo debe faltarle porque no está contigo, sino conmigo.

— La novedad, el afán de los hombres mayores por conquistar a chiquillas insignificantes. Siempre lo hacen, pero cuando van a su cama, quieren una mujer que los haga sentir muy bien. Eso no lo lograrás nunca. Te falta mundo, te falta experiencia. Eso se nota.

— No lo niego, pero supongo que tanta "experiencia" llega a aburrir, y prefieren algo fresco y sin tanto... kilometraje — le restregó — Algunos hombres prefieren coches modernos antes que clásicos.

— No seas absurda. ¿Crees que no sabe que estás con él por su dinero o su posición social? Óyeme, no te pongas cómoda. No eres nadie.

— Se equivoca. Soy la doctora Sofía Montemayor y muy pronto la señora de Gonzalo Márquez. espero que eso no le altere mucho. Es peligroso para las personas "mayores"— se dio la vuelta y salió del lugar y aún le temblaban las piernas cuando llegó a la mesa.

— ¿Podemos irnos, por favor, Gonzalo?

— ¿Ocurre algo, cariño? — preguntó preocupado Gonzalo.

— Nada, sólo quiero irme, por favor— rogó.

Gonzalo se encargó de la cuenta y salieron del restaurante.

— An, te llevaremos a tu casa. Yo necesito estar un par de días con Gonzalo y volveré contigo. ¿Estás de acuerdo, Gonzalo? — se volvió a preguntarle.

— Lo que ordenes, para mí es perfecto— miró su rostro preocupado. Pero debería esperar hasta dejar a Ana para saber qué le había pasado.

El retorno fue muy silencioso, apenas con algunos pequeños comentarios por parte de Ana, conversaciones ocasionales y largos silencios por parte de Sofía.

Llevaron a la chica a su casa y regresaron al piso. Al enterarse, Gonzalo sirvió un par de bebidas y se sentó en el sofá junto a Sofía.

— ¿Ahora sí puedes decirme lo que ocurrió en el club?

— Aquella señora...

— ¿Diana?

— Sí, esa misma. Me dijiste que no había nadie con el corazón roto por lo nuestro.

— Y no lo hay. Escúchame muy bien. Ya te dije que no soy un santo. Desde mi divorcio he tenido asuntos con algunas mujeres, pero nada serio con nadie y ellas lo han sabido. Al final, sólo soy un hombre común y corriente. Diana es una de estas personas. Mantuvimos algo puramente físico, ambos sabíamos que era así y no es necesario dar detalles. Nos funcionaba. Cada uno tenía su vida, sin interferir en la del otro. Lamentablemente Diana confundió eso y ahora reclama algo que no existe, pero va a tener que aceptar que te amo y que es contigo con quien quiero estar.

— ¿Y yo también debo esperar algo así si llega alguien más?

— No soy un hombre voluble. No me enamoro con facilidad. A mis años, sólo me he sentido enamorado de Estela, mi ex esposa y de ti, pero si esto va a funcionar, tendrás que asumir que hubo otras personas en mi vida. No implicó sentimientos y si vas a creer en mi amor por ti, que es, sin la menor duda, el sentimiento más intenso que he vivido en toda mi existencia, tendrás que convivir con mi pasado, como con mi exesposa, mis hijos y todo lo que fui antes de ti. Cada uno tiene una parte en mi vida, y procuraré mantenerlo en su justo lugar, pero es inevitable que en

algún momento converjan. Todos tenemos un pasado.

— Comprendo todo eso, pero esa bruja me hizo sentir tan insignificante cuando habló sobre lo que sentías cuando estabas con ella.

— ¿Cuándo fue eso?

— En el servicio del club me dijo tantas cosas espantosas. Claro, yo no fui precisamente la persona más tierna porque me molestó demasiado. Por cierto, le dije que iba a casarme contigo, así que si se corre el rumor, fue mi culpa. Pero es que quería fastidiarla, por bruja y malvada. Mira que si Maléfica me vuelve a molestar... no respondo.

Gonzalo sonrió y la abrazó.

— Por momentos eres tan adulta, tan dueña de ti y de repente, eres una niña peleona. Por eso te amo. Ojalá fuera cierto lo de casarte conmigo. ¿Crees que si se corre el rumor, eso haga que aceptes? Porque yo me encargaría de hacerlo— besó la frente de la joven.

— Pero que afán de que tome decisiones tan pronto — se revolvió en los brazos de Gonzalo —no me presiones.

— ¿Y qué debo decirle a mi familia? Quiero que te conozcan y que sepan lo que tenemos...

— También puedes publicarlo en la prensa. Sería más rápido. ¿Cariño, cómo me vas a presentar con tu familia? "Hola a todos...ella es Sofía, mi amante"

— Soy un padre, y ante todo debo dar ejemplos correctos a mis hijos, y no eres mi amante. Eres mi novia.

— ¿Y crees que andar conmigo es algo muy ejemplar? Si fuera así, no tendríamos a todo el mundo diciéndonos el error que cometemos.

—De igual forma, debo decirle a mis hijos, porque ellos también se van a ver afectados. Me gustaría presentarte adecuadamente con ellos. ¿Estarías dispuesta a comer con nosotros?

— No es que me encante la idea, porque tu hija ya dejó claro que no me quiere en tu vida, pero si es lo que tú quieres, pues lo haré.

— ¡Fenomenal! Voy a organizarlo lo más pronto posible.

— Amor, sólo voy a quedarme aquí un par de días. Voy a regresar con

Ana. Quiero tener tiempo para decidir.

— Como tú quieras. Voy a apoyarte en lo que decidas. ¿Te importa si te dejo sola un rato? Debo ir a recibir el chaparrón de mi familia y prefiero hacerlo de una vez.

— Ve tranquilo, amor. ¡Suerte!

Gonzalo besó los labios de Sofía y caminó hacia el ascensor.

— Demás está decir que estás en tu casa. Te amo. No tardo.— entró al ascensor y se marchó. Sofía se quedó mirando a su alrededor y se preguntó en qué momento su vida había dado ese vuelco tan impresionante.

Gonzalo llegó a casa de su familia y los encontró reunidos en la sala de estar, y por sus rostros serios supo que ya había explotado la bomba.

— ¿Y esas caras? — fue al bar y se sirvió una copa de jerez— ¿pasa algo?  
— se sentó en la butaca que siempre ocupó mientras estuvo casado con Estela.

— ¿Tú crees que pasa algo, papá? No sé si el hecho de que nuestro padre ande asaltando cunas pueda considerarse como "algo"— le dijo amargamente Lucía.

Gonzalo cruzó sus piernas tranquilo y tomó un sorbo de su copa. Luego miró a sus hijos y preguntó.

— ¿Qué piensan ustedes que debo hacer? ¿Tomar en cuenta los sentimientos de todos menos los míos? sólo importa lo que ustedes piensan, no lo que yo pienso, entonces. ¿Es eso?

— Papá— intervino Armando, su hijo mayor, tan parecido a su padre, manteniendo la calma—Creo que al menos, merecemos una explicación. Es una situación que nos afecta a todos.

— No le debo explicaciones a nadie. Se trata de mi vida, de mi felicidad, y podrían como mínimo, darle una oportunidad. No pueden pretender que en su egoísmo, yo deba renunciar a ser feliz para que nadie diga algo que les moleste. Estaba seguro de haberlos criado mejor que eso.

— Papá, comprende... ¿Qué van a decir de ti? Es una mujer muy joven.

— Supongo que, conociendo a nuestro círculo de amistades, los hombres dirán que tuve mucha suerte y las mujeres me arrancarán tiras, pero no me importa. Amo a Sofía y tan pronto me acepte, voy a casarme con ella. Por eso, quiero pedirles que la conozcan, la traten y nos deis la

oportunidad de demostraros que esto no tiene que ser una batalla, que podemos intentar ser una familia. No voy a dejarla. Os pido que nos reunamos una vez, y si no lográis encontrar nada en ella que os agrade, no volveré a pedir nada. Aparte de respeto — se volvió a mirar a Estela— eso te incluye, como parte de mi familia que eres. Quizás podamos comer juntos alguna vez, no hay necesidad de que la condenen antes de conocerla. ¿Creéis poder hacer eso por mí?

—¿Papá, qué garantiza que no sea una trepadora que quiera aprovecharse de ti?

— Tu preocupación es válida, pero podéis estar tranquilos. Sofía es médico residente, pertenece a una muy conocida familia de la ciudad, su padre es un reconocido juez, su madre es una profesional acreditada. Creedlo, no viene a por mi dinero. No hay nada que yo pudiera ofrecerle que no tenga ya. Además de que podríais darle un poco de crédito a vuestro padre, no soy un tonto... —les sonrió— ¿puedo contar con una oportunidad de vuestra parte?

— Papá, a mí lo que me interesa es tu felicidad— dijo categórico Armando —si tú confías en ella, yo puedo intentarlo. Todo dependerá de lo que diga mamá.

— Hijos...—intervino Estela quien hasta el momento permanecía callada— Recordad siempre que vuestro padre y yo estamos divorciados. Gracias a Dios nos llevamos muy bien. Sé que vosotros abrigáis la esperanza de que volvamos, pero eso no va a ocurrir. Estamos perfectamente bien así, y como es lógico, ambos tenemos derecho a buscar la felicidad. Así que cuenta conmigo, Gonzalo. ¿Qué respondes, Lucía?

— No creo que esta relación me cuadre en ningún momento, pero sí me interesa verte feliz, papá, de modo que, acepto esa invitación, pero no prometo nada. Una cena, nos tratamos un poco y si no la soporto, no me obligas a tratarla.

— Es un trato. Sabía que podía contar con vosotros. Os llamaré cuando arregle el encuentro.

Gonzalo sonrió satisfecho de la madurez de sus hijos. Terminó su copa y se levantó.

— Sabed que siempre seréis lo que más amo en el mundo. Cada día me hacéis sentir más orgulloso. Debo irme, tengo cosas que hacer — se levantó de su sillón, se acercó a sus hijos, y los abrazó uno a uno, igualmente a Estela — Eres una mujer excepcional. Nunca me cansaré de decirlo —besó la mejilla de su exmujer y se volvió—Os aviso cuando hable

con Sofía y organicemos algo. ¡Hasta pronto!

Salió de la casa y subió a su coche, y cuando salía, su móvil sonó. Sin reconocer el número, atendió la llamada.

— ¿Gonzalo Márquez? — preguntó una voz de hombre al otro lado de la línea.

— Sí, ¿con quién tengo el gusto?

— Adolfo Montemayor. Usted y yo tenemos una conversación pendiente.

— Sí, estoy de acuerdo... Cuando usted disponga.

— Hoy, ahora, en mi casa.— ordenó el juez

— Voy de camino. Tardo unos minutos. ¿Quiere usted que Sofía esté presente?

— No, quiero conversar con usted de hombre a hombre.

— Pues que así sea. ¡Hasta ahora!— y colgó sin otro comentario. No sería Adolfo Montemayor quien lo intimidaría a él.

Minutos después aparcaba frente a la casa de los Montemayor y el portero le abría la reja para que entrara al estacionamiento.

Bajó del coche y llamó a la puerta. Una señora del servicio doméstico le abrió y lo acompañó al despacho de Adolfo. Éste se encontraba sentado solemnemente tras su enorme escritorio antiguo.

— Pase adelante, Don Márquez. Tome asiento— le señaló una cómoda silla con brazos frente a él— ¿Qué puedo ofrecerle? Café, té... una copa?— preguntó correcto antes de que la mujer se retirara.

— Café, por favor.— Gonzalo tomó asiento y cruzó sus piernas con elegancia, como era su costumbre. Colocó sus manos juntas sobre sus piernas y esperó a que Adolfo comenzara a hablar, para lo cual, el juez se tomó su tiempo, como hacía siempre en su trabajo como medida de presión para las personas que llegaban ante su corte.

— Don Márquez...

— Gonzalo, si lo prefiere...

— Gonzalo, entonces. Dígame... ¿Qué piensa lograr en esta relación con mi hija? ¿Se da cuenta de que es algo absurdo? — lo miró fijamente con

expresión adusta.

— Sí, lo es, ambos nos damos cuenta de que está completamente fuera de sentido, sin embargo, también sabemos que hay un sentimiento que nos une que no podemos ignorar, y por lo cual pensamos que merece la pena luchar.

La empleada regresó con el café, les sirvió discretamente, y se marchó nuevamente.

— Eso no puede llevarlos a ninguna parte, es algo sin ningún futuro. Debe darse cuenta de lo inconveniente que resulta.

— ¿Inconveniente... para quién, Don Montemayor?

— Adolfo, llámeme Adolfo, si casi que tenemos la misma edad— le dijo molesto.

— Sí, es probable— respondió sin inmutarse por el comentario —sin embargo, por su hija siento algo que en toda mi vida nunca había sentido. Y es que es la mujer más perfecta que haya conocido jamás. Y por ella estoy dispuesto a esperar lo que sea necesario, hasta que decida si desea casarse conmigo, como le pedí, aunque aún no desea un compromiso de esa magnitud. Yo, por mi parte, sólo deseo que acepte para dedicar mi existencia a proporcionarle toda la felicidad que merece y me honraría ser el elegido para ello. Amo a Sofía como no he amado a nadie nunca antes y no voy a renunciar a ella por nadie.

— ¿Y la diferencia de edad? ¿Qué piensa hacer con eso?

— Tratar de avenirnos, de conjugar mundos distintos y esperar que funcione. No hay garantías de nada, pero estoy dispuesto a todo por su hija, y también ella desea intentarlo. Sólo que yo quiero casarme y ella no. Es nuestro único desacuerdo hasta ahora.

— ¿Y su familia qué opina de esto? Porque supe que está divorciado y tiene hijos de la edad de mi hija.

— Efectivamente. Vengo de hablar con ellos. Como es natural, se resisten a nuestra relación, sin embargo, aceptaron conocerla y darse la oportunidad de asumir esto con dignidad porque ni siquiera mis hijos van a separarme de Sofía.— hizo una pausa — Adolfo, comprendo su reticencia a esto, sin duda, el más sorprendido de este sentimiento soy yo mismo, pero por Sofía estoy dispuesto a enfrentar lo que sea necesario. Sofía es la mujer que amo y nada ni nadie más que ella puede decidir si me permite formar parte de su vida para hacerla la mujer más feliz de la tierra y si la diferencia de edad tiene una ventaja es que con mi experiencia de la vida, no debo cometer errores que puedan separarnos.

Por su hija, Adolfo, estoy dispuesto a darlo todo y de mí, jamás tendrá un motivo para pensar que esto es un error, porque sin duda habrá un millón de hombres más adecuados para ella, pero ninguno, la va a amar, respetar, cuidar y adorar como yo. Si no le complace nuestra relación, lo voy a comprender, porque yo también tengo una hija, pero no voy a dejar a Sofía a menos que ella me lo pida.

— Gonzalo, déjeme decirle que no apruebo su relación con mi hija, pero conociéndola, sé que oponerme sólo va a lograr que mi hija se distancie de mí y se encapriche más con esto y no quiero que eso ocurra. Ni sueñe con que lo voy a recibir con agrado, pero trataré de tener paciencia y esperar a que este error se solucione como la lógica lo indica, cuando Sofía se dé cuenta de la equivocación que comete. Mientras tanto, quiero a mi hija de vuelta en casa.

— Eso va a tener que lograrlo por sí mismo, porque Sofía no va a volver a menos que usted hable con ella. Ya quisiera tener sobre ella tanta influencia. Sofía lo ama, pero necesita saber que respeta sus deseos. Sólo usted puede decidir si lo hace o no.

— Voy a decirle algo, Gonzalo, lamento mucho que las circunstancias nos hayan puesto en este trance, pero reconozco que es un hombre íntegro y correcto. En otras condiciones, sería una persona cuya amistad me agradaría.

— Podría decir lo mismo y es que creo que tenemos más en común que a Sofía, de forma que, en cualquier caso, puede contar conmigo.

— ¿Va a ver a Sofía ahora?

— Sí, ¿desea que le hable sobre esta conversación o prefiere hacerlo usted? No quisiera ocultarle nada, pero quizás desee decirle algunas cosas personalmente.

— Puede hablar con Sofía de lo que hemos tratado aquí, igual voy a citarla para decirle lo que pienso.

— ¿Citarla? ¿A su despacho? Si yo le hablara a mis hijos de esa manera, hace tiempo que no tendría su confianza. Verá, Adolfo, me alegra haber tenido esta conversación, sin embargo, voy a hacerle un favor manteniéndolo en secreto para Sofía. Si ella se enterara de esto, no creo que el infierno conozca una furia mayor que la que se deberá aguantar de ella. Sofía es independiente y no seré yo quien provoque esa furia.

— Realmente, tiene razón. No sé de dónde obtuvo ese genio. Hablaré con ella...

— Parece estar muy orgullosa de parecerse tanto a usted.

— Así es, ninguno de mis hijos varones tiene el carácter de Sofía.

— Sí, es una joven de armas tomar. Creo, Adolfo, que si ya hemos discutido todo, debo marcharme ahora. Sofía me espera — se puso de pie y Adolfo lo imitó.— Tiene usted mi palabra de que Sofía va a ser tratada con el respeto, la consideración y el amor que exigiría para mi propia hija.

— Cuento con eso, Gonzalo —le ofreció su mano y Gonzalo la estrechó—Sofía es mi mayor orgullo y cualquiera que la haga sufrir...

— Eso no va a pasar... — respondió categórico.

Caminó hacia la puerta y Adolfo le acompañó. Se despidieron y Gonzalo se puso en camino a su casa, donde le esperaba Sofía.

Al llegar, allí estaba ella, sentada en el mismo lugar donde la dejara. Al verlo, la chica se puso de pie y le sonrió.

## Capítulo 10

### Capítulo 10

- Hola, amor... — se acercó a ella y la besó— ¿me extrañaste?
- Con desesperación — puso sus brazos alrededor del cuello de Gonzalo—pensé que te habrías olvidado de mí.
- Nunca, preciosa, nunca.
- ¿Hablaste con tu familia?
- Sí y quieren conocerte.
- ¿Quieren o les exigiste?— le preguntó preocupada— no quiero imponerme ante nadie. En realidad, creo que podrías darles tiempo para...
- Para nada...—le detuvo—van a conocerse y si funciona bien, fenomenal, si no, ya veremos cómo lo resolvemos en el camino. Tendremos una comida familiar y tu estarás allí. Voy a organizarlo todo. Quiero presumirte delante de mi gente.
- ¡Ay, por Dios! ¿No crees que sería mejor uno a uno?— replicó intimidada por lo que podría significar.
- Todos de una vez. ¡No te preocupes por nada! Te van a amar tanto como yo.
- ¡Sí, suéñalo!— suspiró sabiendo que nada iba a ser tan fácil como él sugería.
- Preciosa, no sé tú, pero yo estoy exhausto. Quisiera tomar un baño y cenar algo... ¿te apetece una pizza?
- ¡Me encanta esa idea! Una ducha y pizza...— lo miró sugestiva—¿podríamos compartir ambos.?
- ¡Me encanta cómo funciona tu mente! — la besó apasionadamente y Sofía comenzó a desabotonarle la camisa mientras la guiaba hacia la habitación presuroso.
- Sofía se encontraba en su guardia, realmente agotada, porque la emergencia había estado atestada de pacientes. En varias ocasiones quiso tomar un descanso para ir a por un café, pero algo ocurría y no lo lograba.

Por enésima vez, le sucedió. Cuando salía de la Emergencia con Ana, las llamaron para que se regresaran, porque llegaban pacientes accidentados.

Las ambulancias llegaron y bajaron a toda prisa a los pacientes, mientras daban la data del reporte a los médicos.

— Accidente automovilístico, dos víctimas, ambos estabilizados  
— explicaba el paramédico a Sofía— pacientes hombre y mujer, con politraumatismos, la mujer conducía un coche y fue embestida por el hombre en otro vehículo. El hombre, tiene fractura de fémur estabilizada. En la mujer no se observan heridas graves, pero permanece inconsciente. Posible contusión. Hay identificación del hombre. No se encontró en el lugar ningún documento de identidad de la mujer.

— Muy bien. Ana, encárgate del hombre, yo de la mujer — Sofía tomó el reporte que le extendía el paramédico, lo firmó y se lo regresó, mientras los camilleros trasladaban a la paciente a una sala.

Sofía se dirigió allí, y las enfermeras se apartaron para dejarle paso. Al acercarse a la camilla, Sofía daba órdenes a las enfermeras para exámenes y estudios, y luego se volvió a mirar a la paciente. Al principio, no observó su rostro, sino que se concentró en su condición. Le suministró la atención necesaria, y cuando hubo tomado las medidas inmediatas, observó a la joven. Fue cuando se dio cuenta de quién era la chica, y palideció.

— ¡No lo puedo creer... es Lucía! — trató de reponerse de la impresión y fue con Ana María, quien atendía al hombre, y ordenaba que lo llevaran a traumatología para atender la fractura.

— ¡¡¡An!!! ¡Que la chica es la hija de Gonzalo! Sigue inconsciente. Ya ordené una tomografía para descartar daño cerebral. ¡Iré con ella!

— ¡Claro! Yo te cubro.

— Voy a llamar a Gonzalo tan pronto tenga los resultados para tener alguna información para darle. ¡La acompañaré! — llamó a la enfermera— sé quién es la paciente. Su nombre es Lucía Márquez, llamaré a su familia. Voy con ella a Tomografías.

Subió al ascensor junto con los camilleros que llevaban a la paciente. Se ocupó personalmente de que le practicaran todos los exámenes y pudo percatarse de que la chica no había sufrido daños permanentes. La inconsciencia se debía a la contusión. La llevó de nuevo a Urgencias y de allí la condujeron a un cubículo. Fue entonces cuando se dedicó a llamar a

Gonzalo.

—Hola Gonzalo... — no sabía cómo comenzar.

— Hola, amor... —la saludó él feliz de escucharla— que raro que llames a esta hora.

— Gonzalo, necesito decirte algo. Antes que todo, no te preocupes, ya todo está bien...

— ¿Qué ocurre, Sofía?

— Se trata de Lucía. Sufrió un accidente y está aquí en Urgencias, pero está bien. Aún está inconsciente. Sufrió una contusión. No debes preocuparte. Estoy con ella y se encuentra fuera de peligro.

— ¡Dios mío! ¡Voy inmediatamente!!

— Muy bien. No te angusties. Por favor, ten cuidado. Te aseguro que no corre ningún riesgo.

— Ya mismo voy a verla— y colgó.

Sofía acercó una silla hasta la cama de Lucía y se sentó. Tomó su muñeca y comprobó el pulso... verificó sus pupilas y esperó. Unos minutos después, la jovencita comenzó a moverse. Sofía se detuvo a su lado y tomó su mano.

— Lucía... —llamó en voz baja y firme— ¿Puedes oírme?— volvió a llamarla— Lucía, trata de abrir los ojos.

La joven intentó abrirlos, pero volvió a cerrarlos por la luz que le molestaba.

— Duele, la cabeza...— pudo decir apenas — ¿Dónde estoy? — susurró

— Estás en el hospital. Sufriste un accidente en tu coche, pero aparte de algunos golpes y un esguince en tu tobillo derecho, no hay nada grave. Tuviste mucha suerte.

Lucía luchó por abrir los ojos pese al intenso dolor de cabeza y miró a Sofía confundida.

— ¿Quién eres tú?— observó a Sofía con los ojos entreabiertos— te conozco...

— Sí, soy Sofía. Conozco a tu padre. Ya le he llamado y está de camino.

Trata de descansar. Todo estará bien.

Lucía volvió a cerrar los ojos y Sofía se sentó de nuevo a su lado. Allí permaneció hasta que poco después llegaron Gonzalo y Estela, con los rostros preocupados.

— Todo está bien. No sufrió daños graves. Va a tener dolor de cabeza por unos días y su tobillo deberá permanecer vendado al menos una o dos semanas, pero estará bien... — le explicó Sofía sobria y profesional a los angustiados padres. — Ya se le practicaron todos los estudios necesarios. Sugiero que se quede durante una noche para hacerle seguimiento.

— Gracias, Sofía... fue un susto tremendo. Te lo agradezco mucho— le dijo Gonzalo aún con el rostro pálido.

Estela se apartó un momento del lado de su hija y se acercó a Sofía.

— ¿Doctora, está segura de que mi niña está bien? Sigue dormida.

— Le dimos analgésicos y la contusión puede producir somnolencia, pero puedo asegurarle que se encuentra completamente fuera de peligro. No debe preocuparse. Estará normal en un par de días.

— Muchas gracias, doctora.— su faz se veía sin color y llorosa.

— Estela... — miró a Sofía por un instante sin saber cómo presentarlas— Quiero que conozcas a Sofía. Ella reconoció a Lucía y me llamó.

— Doña Estela... — comenzó diciendo la joven y Estela la detuvo con rostro de sorpresa.

— Llámame Estela. Me alegra conocerte. Lamento que sea en estas circunstancias. No puedo decirte lo agradecida que estoy.

— No hay por qué. Hice mi trabajo— la joven miró a Gonzalo sin saber qué otra cosa decir.

— Es nuestra pequeña. No quiero imaginar lo que habría pasado si nadie la hubiera identificado y estando inconsciente— Estela tomó la mano de Sofía entre las suyas— Gracias, Sofía, gracias.

Lucía movió su cabeza y se quejó, y todos se acercaron a ella. Estela pasó su mano por el rostro de su hija y le habló amorosa.

— Aquí estamos, hijita. Papá y mamá estamos contigo... ¿Cómo te sientes?— Gonzalo la tomó de la mano y también le habló.

— Hola hija. Menudo susto nos has dado... ¡Gracias a Dios estás bien!

Sofía se retiró y salió del cubículo. Fue a la enfermería y dio la orden de trasladar a Lucía a una habitación. Luego se fue con Ana, quien ya había enviado a su paciente a hospitalización.

— Vaya, Sofí, qué manera de conocer a la familia de tu noviosaurio. Tú sí que haces las cosas en grande— pasó su brazo sobre el hombro de Sofía.

— ¡Qué cruel eres, An! — sonrió Sofía y la golpeó en un brazo — ¡Vamos a por un café, por favor!

Dos semanas después, Gonzalo conducía su coche con Sofía a su lado y veía el semblante preocupado de la joven, tomó su mano y le sonrió.

Los jardines de la residencia de Amanda de Márquez, la anciana madre de Gonzalo, se encontraban llenos de familia debido a la invitación de Gonzalo a una recepción informal esa tarde, con la intención de presentarle a Sofía. Sus dos hermanos y sus familias, sus hijos, su ex esposa y su madre, esperaban ansiosos la llegada de Gonzalo y su pareja. Realmente fue una sorpresa para todos el saber que finalmente Gonzalo presentaría a alguien, ya que desde su divorcio, nunca le habían visto con nadie, llevaba una vida privada muy discreta y jamás había llevado a alguien a algún evento familiar.

Al llegar, Gonzalo vio en los ojos de Sofía la aprensión y quiso tranquilizarla cuando entraban al jardín.

— No estés nerviosa, preciosa. Te van a adorar. ¡Estoy seguro!

Sofía suspiró resignada, sabía que no sería tan fácil, pero lo enfrentaría por él.

Al llegar, todos los ojos se volvieron hacia ella. Sofía dibujó en sus labios su mejor sonrisa, se aferró al brazo de Gonzalo y levantó su mentón. La hora de ver de qué estaba hecha, había llegado.

Gonzalo, con rostro orgulloso y sonriente llevó a Sofía hasta el lugar donde se encontraba de pie, con un bastón en su mano, su madre, Amanda. Besó la mejilla de la anciana y le presentó a Sofía.

— Una chica muy joven, Gonzalo— comentó Amanda como único saludo mirando a su hijo.

— Y yo que pensé que no lo notarías sin tus gafas, mamá! — bromeó Gonzalo.

— ¡No seas irrespetuoso... recuerda que soy vieja, pero mi vista está mejor que la tuya, pesado!

— Lo sé, mamá... eres todo un lince.

— Ven aquí, cariño —señaló a Sofía con un dedo— ayúdame a sentarme.

— Mamá, debo presentar a Sofía...

— ¡Tú cállate! Ya la conocerán luego — se volvió hacia Sofía— Lo primero que tienes que aprender es a mantener callado a este pesado. ¡Siempre ha sido un malcriado! — se tomó del brazo de Sofía y la guió a una mesa con sombrilla y se sentaron a la sombra — ¡Oye, alguno de vosotros, traed algo de tomar para nosotras! — gritó. — y bien, cari... háblame de ti —ordenó la anciana que la miraba con ojos que le perforaban el rostro.

— Soy médico residente en prácticas para mi especialidad. Sí, como se ha dado cuenta soy mucho más joven que Gonzalo, tengo 26 años, soltera y amo a su hijo. Lo conocí en su tienda cuando fui a comprar un regalo para mis padres. —Habló resuelta y sin sentirse intimidada por la difícil señora quien hacía preguntas muy personales en cuanto a la relación de su hijo con Sofía manifestando su incredulidad ante la misma.

— Eres una chiquilla muy joven, pero me gustas. Como ya te habrá dicho mi hijo, no estuve de acuerdo con su divorcio. Antes los matrimonios eran verdaderamente hasta que la muerte nos separara aunque tuviésemos que matar a nuestros maridos para salir de ellos, pero ahora las cosas son muy modernas... — carraspeó desdeñosa — Así que se han divorciado y además son los mejores amigos! ¿iTe lo puedes creer!?!— exclamó molesta— de modo que Estela forma parte de esta familia y te guste o no, así seguirá siendo.

— No veo por qué debería molestarme eso. Si funciona para ellos...— se encogió de hombros— ¿Para algo debe servir ser una joven moderna, no lo cree? Igual, yo no tuve nada que ver con ese divorcio.— sonrió la chica.

— Bien, veremos cómo van las cosas. Yo que tú no apostarías todas mis monedas porque Gonzalo no es ninguna mansedumbre.

— No espero que lo sea. Probablemente eso sea lo que más amo de él. Además, creo que usted crio un perfecto caballero.

— Sí, lo es... — miró a su hijo a unos pasos de allí, con mirada de orgullo.— Es mi hijo menor, pero siempre ha sido dueño de sus actos y nada lo ha detenido.

— Pues, mejor para mí — sonrió. Continuaron hablando unos minutos hasta que Gonzalo llegó a su rescate.

— Lo siento, mamá. Los demás también quieren conocer a Sofía. No puedes monopolizarla y quitarles el placer de opinar y meterse en lo que no les importa— sonrió Gonzalo a su madre y tomó a Sofía de la mano.— Vamos amor, todos quieren conocerte.

La llevó al grupo y fue presentándola uno a uno. Para la joven fue un mar de rostros, de los cuales pudo apenas retener algunos nombres. Estaban los dos hermanos mayores de Gonzalo, que eran réplicas de él con algunos años más, las esposas de éstos y los hijos de ambas parejas, y sólo pudo ver que sumaban seis en total, y algunos que ya eran casados, estaban con sus respectivas parejas. Todos le daban la bienvenida, sonrientes y curiosos. Así mismo, la miraban silenciosos y sin darle ninguna bienvenida, Estela y sus hijos, hasta que Gonzalo la llevó hasta ellos y la presentó.

— Sofía, esta es mi familia. Ya conociste a Estela y a Lucía. Él es Armando, mi hijo mayor.

— Hola a todos. Es un placer. ¡Sois una familia enorme! — miró a su alrededor— ¡Que grato veros reunidos!

— Un gusto volver a verte, Sofía. —se adelantó Estela— Espero que no sea incómodo para ti la forma como nos llevamos Gonzalo y yo.

— Oh no, para nada. Es agradable ver que las personas pueden ser civilizadas, para variar en un mundo tan incomprensivo.

—¿Por casualidad habrás visto a mi padre por ahí? Porque este joven presentando a su novia se le parece, pero tengo mis dudas — le tendió una mano amistoso Armando— Os deseo mucha felicidad.

— Eres muy amable — le sonrió Sofía agradecida y apretó la mano de Gonzalo que sostenía la suya.

— Lucía, quisiera disculparme por la forma en que nos conocimos en casa de tu padre.

—¿Querrías caminar conmigo unos minutos? — dijo Lucía— Por favor,— miró a su padre — Sólo te la robaré dos minutos, te lo prometo.

— ¡Dos minutos!— advirtió Gonzalo a su hija con una sonrisa— No se valen mordiscos ni puntapiés.

— ¡Que aburrido eres, papá, y yo pensando que podría divertirme! — le mostró la lengua cariñosa—Tranquilo... hoy vengo con bandera blanca.

Ven conmigo, Sofía.

Las chicas caminaron por el enorme jardín lleno de flores, caminerías y sillas de jardín y se alejaron un poco de los demás.

— Sofía, yo también te pido que me disculpes y quiero agradecer lo que has hecho por mí en el hospital. Fui muy torpe el día que te conocí. De verdad no me molestaste tú específicamente sino verte allí. Me sentí muy rara. Mi padre jamás llevó a alguien a casa. A su casa, quiero decir...

— ¿Jamás? ¿Estás segura? Porque yo conocí al menos una persona que me dejó claro que tenía algo con él.

— Evidentemente mi padre tiene una vida privada — hizo un gesto de escalofrío — Pero siempre la mantuvo aparte de nosotros y nunca trajo a alguien con toda la familia. Eso me demuestra que eres alguien importante para él. Verás, no es fácil para mí asumir a mi padre enamorado, pero si él es feliz, es lo más importante. Estoy dispuesta a darte una oportunidad. No quiero ver a mi padre con alguien más, pero no puedo evitarlo.

— Creo que sería lo mejor intentar llevar esto en sana paz. Mi intención no es interferir en vuestra relación y si pudiésemos al menos sobrellevar esto, sería lo mejor. Oye, tampoco es que quiera que me vean como una segunda madre ni nada por el estilo, pero no hay necesidad de estar batallando y me harías mucho más sencillo esto, que no es nada fácil de por sí, porque ya he levantado mucho polvo. Creo que podemos llevarnos bien si lo intentamos.

— Como te he dicho, no es que me caigas mal. Verás, no te estoy extendiendo un cheque en blanco, pero podemos intentarlo. — Lucía sonrió a medias y miró a su padre, que hablaba con sus hermanos — Si papá sufre por tu culpa, no voy a ser buena contigo. Eso lo puedes asegurar.

— Créeme, no tengo la menor intención de que eso suceda. Amo a tu padre, aunque todos consideren esto un error y la más asustada aquí soy yo.

— Y con razón. Ese hombre no es nada fácil de complacer. Volvamos con los demás. ¡Se mueren por saber todo sobre quien logró mover el mundo perfecto de Gonzalo Márquez!

Regresaron a la reunión y momentos después Sofía tenía una copa de vino en las manos y las mujeres la rodeaban preguntando todas a la vez sobre Gonzalo.

La tarde transcurrió y Sofía se descubrió disfrutando las charlas con todos. Eran amables y desenfadados, y lo pasó muy bien, a pensar de las preguntas tan personales que le hacían.

Llegó la noche y cuando fue hora de irse, se despidió de todos con agrado. Se fueron a casa de Gonzalo, pese a que hacía días que estaba en casa de Ana María.

Al llegar, Sofía le contó a Gonzalo que su padre la había llamado porque deseaba hablar con ella.

—Me parece lo correcto. Así como quise que mi familia te conociera, espero que en algún momento, la tuya me acepte. No veo forma de que esto sea aceptado si no me das la oportunidad.

— Creo que mi familia es un poco menos entusiasta que la tuya. En serio, no los veo en franca tertulia sobre esto.

— Pues, habrá que intentarlo — la miró a los ojos y le habló serio— Amor, necesito que tú le des a esto la seriedad que corresponde. Recuerda siempre que yo no quiero una aventura contigo. Quiero que seas mi esposa y por los vientos que soplan, eso se ve lejano en tu mente.

— Gonzalo, amor, debo ser sincera. Siento que el matrimonio es un paso muy serio y no sé si esté preparada para eso. Te amo, pero me da terror pensar en echarlo todo a perder porque no sepa ser una buena esposa.

— ¿Cómo podrías no serlo? Eres perfecta para mí. Sólo soy exigente en cuestiones de fidelidad y lealtad. Es muy importante para mí confiar en la persona que amo. Por lo demás, dime que más podría pedirle a la vida. No espero que seas un ama de casa convencional. No te necesito ni para cocinar, ni asear. Ya tengo quien haga eso para mí. Eres una profesional y espero que mantengas el ritmo de vida que llevas, sólo que sin citas con otros hombres —sonrió y le besó la punta de la nariz — quiero que en esta relación estemos comprometidos al cien por ciento.

— ¿Tanto?— exclamó con actitud horrorizada.

— ¿Esperas menos que eso? — el rostro de Gonzalo se endureció.— Sofía...

— ¡Estoy bromeando, no seas tonto!— se rio y lo abrazó— claro que creo firmemente en la fidelidad. Por eso precisamente me quito de encima a mis compañeros y amigos, porque piensan que todo se vale.

Gonzalo la estrechó contra su cuerpo y se recostó en el sofá. Ambos se quedaron pensativos descansando en un largo abrazo.

# Capítulo 11

## Capítulo 11

— Señorita Montemayor — dijo la voz de Adolfo como único saludo cuando Sofía atendió su teléfono.

— Su Señoría— dijo Sofía sin inmutarse ante el tono formal de su padre.

— ¿Serías tan amable de comer conmigo esta noche?— recordó Adolfo la sugerencia de Gonzalo y decidió dejar la ceremonia a un lado.

— ¿Es una invitación normal o me estás llevando con engaños a mi juicio?

— Quiero verte, hija. Necesitamos hablar sobre lo que ocurre — dijo con calma.

— Papá —se sintió confundida con el tono conciliador de su padre —Me encantará verte, pero...

— Prometo escucharte sin juzgarte, hija.

— En ese caso, cuando quieras.

— ¿Te parece esta noche? Puedo pasar por ti al hospital.

— Me parece perfecto, te espero cuando termine mi jornada.

— Entonces, es una cita.

— Si, papá, una cita ¡Te espero! ¡Ah, papá!— lo detuvo antes de que cortara la llamada —Te quiero mucho.

— Y yo a ti, Sofía—la chica no pudo ver la sonrisa de afecto que cubrió el rostro de su padre.

Al terminar de hablar con Adolfo, le marcó a Gonzalo

— Hola, amor. Creo que no podré verte esta noche, saldré a cenar con mi padre.

— Eso me parece excelente —respondió realmente satisfecho Gonzalo— Me alegra que finalmente se decidieran a hablar, deseo que arregléis las

cosas entre vosotros.

Se despidieron y Sofía volvió a su trabajo sin poder quitarse de la mente su cita con Adolfo. Cruzó los dedos para que todo marchase bien.

A la hora señalada, Sofía salió a la puerta del hospital a esperar a su padre.

El juez llegó puntual, como era su costumbre y Sofía subió al coche. Le sorprendió ver a su padre al volante, ya que siempre conducía su chófer.

La joven entró al puesto del copiloto y pensó que era la primera vez que eso ocurría al subir al coche de su padre.

— Hola, papá.— saludó con un poco de inquietud ante algo que era nuevo para ella.

— Hola, hija.— la miró a los ojos y notó la sorpresa en Sofía — Ya veo que verme conducir te ha sorprendido, quería estar a solas contigo. Vayamos a un lugar agradable. ¿Sugieres algo?

— Donde tú quieras estará bien para mí. —aún no salía de su estupefacción.

— Bien, escogeré yo.

Llegaron a un lujoso restaurante. Adolfo pidió una mesa, los guiaron a ella y se sentaron. Ordenaron bebidas y fue Adolfo quien comenzó a hablar:

— Noto que estás muy callada. No te recuerdo tan silenciosa.

— Papá, esto no es común entre nosotros.

— Quería hablar contigo a solas, hija. Sobre lo que está ocurriendo.

— Papá, si me vas a decir de nuevo que debo dejar a Gonzalo, te diré que... —no pudo continuar porque Adolfo la detuvo.

—No, no quiero discutir contigo, quiero que me digas lo que sientes.

— Papá, yo no sé qué decirte.

— Si por primera vez en la vida, mi hija se ha quedado sin respuestas. Este día tendrá que registrarse en los anales de la Historia.

— Y si mi padre acaba de hacer una broma yo voy a comenzar a ver a mí

alrededor para encontrar a los alienígenas que lo secuestraron.

— Hija, he pensado en lo que discutimos y creo que tienes derecho a decidir en tu vida.

— Papá, yo...— Sofía estaba estupefacta.

— Eso no significa que no crea que es un error, sigo pensando lo mismo, pero debes darte cuenta por ti misma, de forma que quisiera que vuelvas a casa, y que tan pronto como sea posible invites a ese caballero a casa a conocer a tu familia.

— ¿Papá, estás seguro de que todo está bien? No comprendo tu cambio de actitud. ¿No te estás muriendo, verdad?

— Alguien me hizo entender que podría perder a mi hija y no estoy dispuesto a permitir que eso ocurra. Voy a darte la oportunidad de demostrarme que estoy equivocado, pero no te confundas, sigo sin estar de acuerdo con esa relación.

— Gracias, papá, no podía esperar menos de ti y sí, deseo volver a casa. Aunque seamos la familia más rara del mundo, los extraño mucho. Me alegra que me permitas mostrarte que Gonzalo y yo, estamos construyendo una relación de la que podrás sentirte orgulloso. Aunque soy una mujer independiente quiero saber que mi familia me apoya, y que puedo hacer las cosas correctamente. Pero necesito que prometas que no vas a entrometerte en mi relación con él.

—Sabes bien que eso no va a ocurrir, me conoces mejor que eso —sonrió

—A propósito ¿Cuál es la intención de ese señor contigo?

— Gonzalo es todo un caballero. Quiere casarse conmigo, pero...

—¿Pero? ¿No estás segura de lo que sientes?

— No, no es eso. Ambos tenemos nuestros sentimientos muy claros. Es que no estoy segura de que yo sea material para matrimonio. —respondió dudosa.

— Tonterías. Sólo se requiere amor e inteligencia para tener un buen matrimonio.

Sofía aún no salía de su asombro de verse teniendo esa charla con su padre.

—Papá, yo no sé si quiero casarme

—¿Lo amas o no?— preguntó tajante

— Sí, lo amo.— y una sonrisa iluminó el rostro de Sofía.

Continuaron charlando mientras comían, y Sofía se sentía como una niña a quien su padre la lleva por primera vez a un parque a comer un helado. Casi no podía creer en su suerte, y se preguntaba quién le había hecho cambiar de opinión tan repentinamente, y en su interior, se lo agradeció.

Esa noche, Sofía volvió a casa con su padre y toda la familia miró la escena entre sorprendidos y complacidos.

Durante un rato conversaron y luego fueron a dormir. Sofía sentía como si flotara en una nube. Conocerían a Gonzalo y los encantaría a todos. No tenía duda de eso.

Cuando fue a su cuarto, le marcó a Gonzalo y le contó todo. Gonzalo se sintió complacido de que finalmente las cosas tomaban el cauce normal.

Esa misma semana, Gonzalo fue invitado a cenar con la familia. Sofía se sentía como una chiquilla, nerviosa y ansiosa cuando fue a abrir la puerta al llegar Gonzalo.

Como siempre, Gonzalo era la imagen de la distinción y la calma y ella se sintió tan orgullosa de presentarlo con su familia.

Su padre, adusto y serio, lo saludó cortésmente. Alejandra, tan sorprendida como el resto de la familia, lo recibió con una sonrisa amable, pero cautelosa. Roberto y Manuel, fueron exactamente como Sofía esperaba. Expresaron su asombro ante la edad de Gonzalo sin tapujos, aunque el hombre ni se inmutó por ello, sino que al contrario, agregó sus propias bromas al respecto.

Cenaron en franca tertulia, y Sofía se sintió fascinada al ver a Gonzalo sereno y cómodo, como un pez en el agua. Respondió todas las preguntas que le hicieron con propiedad, sabiendo que estaba siendo examinado por la Corte y el Jurado, como los llamaría Sofía.

Al terminar la cena, pasaron al salón a tomar el café y la charla fue animada y sin incomodidades.

—Oye, Gonzalo ¿sí estás consciente del callejón peligroso en el que te estás metiendo, verdad?

— Voy a arriesgarme. Hasta ahora, Sofía ha valido cada momento incómodo.—le sonrió y miró a la chica que hablaba con su madre, sin perder de vista a sus hermanos, vio cómo se acercaba a ellos y cruzó su

brazo con el de Gonzalo, miró a los jóvenes y los interrogó.

— ¿Ya me habéis avergonzado lo suficiente? Gonzalo, sabes que no tienes que soportarlos. Puedes mandarlos a paseo cuando quieras, yo no me voy a molestar por eso. Y ellos, bueno, ellos son inofendibles. No tienen suficiente cerebro. Se gastaron todas sus neuronitas aprendiendo leyes.

— No te preocupes, mi amor, tengo ventaja. Ellos apenas están aprendiendo lo que yo hace rato estoy tratando de olvidar. — bromeó él y la miró a los ojos con amoroso placer al verla tan feliz.

La noche transcurrió y todos se veían alegres.

Llegada la hora de irse, Gonzalo se despidió de todos y Sofía lo acompañó a su coche, tomados del brazo.

— Quisiera que pudieras venir conmigo a casa. Mis brazos se sienten tan vacíos al amanecer sin ti.

— Podemos arreglar algo esta semana para vernos a solas. He estado tan ocupada y también el volver a casa hace que dedique más tiempo para estar aquí con mi familia.

— Eso podemos solucionarlo fácilmente, pero quiero que sea haciendo lo correcto... tus padres han dado un gran paso ofreciéndome su confianza y no quiero faltar a eso, pero me haces una falta increíble.

— Y tú a mí, extraño tanto despertar a tu lado.

—Ten piedad de mí, Sofía, que voy a casa a dormir solo.— le rogó.

— ¿Seguro que vas a estar solo?

— Quiero que tengas algo por seguro. Desde que te conocí no puedo pensar en nada ni nadie más que en ti, por eso insisto tanto en pedirte que te cases conmigo. No deseo una relación de "cuando se pueda". Te quiero conmigo cada día de mi vida. Te quiero en mi cama, llenando mis brazos, te quiero cada mañana a mi lado, te quiero toda, absolutamente toda, cada momento de nuestras vidas.

— Lo sé, mi amor. Te juro que estoy tratando de aceptar dar ese paso. Sólo que no es fácil para mí, pero yo también deseo todo eso. Te amo y te aseguro que quiero compartir mi vida contigo. Dame sólo un poco de tiempo para hacerme a la idea de los cambios que habría en mi vida, pero te ruego que no dejes de insistir. No es por escucharte decirlo o por hacerme de rogar, sólo quiero saber que aún me quieres en tu vida.

— Te lo voy a decir una y otra vez. Quizás por agotamiento lo logre.—le sonrió con un poco de tristeza en la mirada.

— No por agotamiento, sino porque va a llegar el momento en que no voy a poder pasar un minuto más sin ti. Nunca dudes de lo que siento por ti, Gonzalo —se levantó de puntillas y lo besó — Ni en sueños pensé jamás que podría llegar a sentir lo que siento.

— Eso me sostiene en mis noches sin ti, preciosa. Ahora debo irme, ya estoy muy grande para que tu padre deba enviarme a casa. Te amo.— la besó de nuevo y subió a su coche.

Sofía tardó unos minutos en entrar. Pensaba en cuánto deseaba estar en los brazos de Gonzalo esa noche.

— ¿Será tan difícil estar casada? Quiero saber lo que debo hacer — se dijo a si misma — ¡Por qué tuvo que tocarme el único hombre del mundo que no quiere una relación sin compromisos! ¿iPor qué tienes que ser tan perfecto, Gonzalo Márquez!? — cruzó sus brazos alrededor de su cuerpo y entró a la casa.

Durante dos semanas tuvieron pocas oportunidades de verse por sus trabajos. Pasaron un par de noches juntos, pero ambos deseaban más. Lo que sentían entre sí, exigía mucho más que eso.

La semana siguiente sería el cumpleaños de Sofía y decidieron hacer un viaje de fin de semana juntos. Sofía se sentía eufórica, tendría a Gonzalo sólo para ella durante tres días, hasta que su padre hizo un anuncio esa noche durante la cena.

— Sofía, necesito que nos acompañes el próximo sábado a una recepción del Tribunal Supremo. Quiero que toda la familia asista.

— No puedo hacerlo, papá. Tengo planes con Gonzalo.

— Esos planes tendrán que esperar.

— Es mi cumpleaños y decidimos pasarlo juntos.

— Pues no se va a poder. Debes acompañarnos. Esto es importante para mí, para mi carrera. Muchas cosas pueden salir de allí que me beneficien , así que quiero a mi familia apoyándome.

— Pero, papá, no puedo.

— Sofía, jamás te pido nada a ti ni a ninguno, pero esto es importante para mí. Tienes muchos cumpleaños por delante para celebrar, así que el sábado, os quiero aquí, a todos vestidos de gala a las 8 en punto. ¡No voy

a discutirlo más! — de esa forma Adolfo acalló cualquier reclamo.

Sofía se retiró a su habitación molesta, tan pronto terminó la comida. Llamó a Gonzalo, quien se encontraba fuera de la ciudad por razones de trabajo. Le contó los planes de su padre y se sintió realmente furiosa con la actitud tan complaciente de Gonzalo y así se lo dijo.

— Podrías al menos sentirte decepcionado, ¿no crees? Parece que ni siquiera te molesta que mi padre arruine nuestros planes.

— No se trata de eso, cariño. Tu padre tiene razón, tienes muchos cumpleaños por delante y a veces hay que hacer sacrificios por los que queremos.

— Pero no tiene derecho a decidir por mí. ¡Quién va a desear ir a esa horrible fiesta de abogados en lugar de pasar el fin de semana contigo!

— Lo haremos luego. Te lo prometo.

— ¿Al menos vendrás conmigo a la recepción?

— Ya lo veremos. Hablaré con tu padre. Por ahora, descansa, mi amor. Y no te molestes tanto con tu padre. Te amo.

— Y yo a ti. Regresa pronto. Me haces mucha falta.

— Eso es muy bueno, me pone un paso más cerca de conseguir que aceptes casarte conmigo.

— ¡Eres un pesado, Gonzalo! Pero te amo cada vez más. ¡Vuelve! Tengo muchos besos reservados para ti.

— Eso no se le dice a alguien que te ama y se encuentra tan lejos, podría calificar como tortura psicológica.

— Espero que funcione y te haga volver más pronto.

— Ve a dormir, preciosa. Te amo. Que descanses.

— También tú, hasta pronto.

Esa mañana Alejandra le pidió a Sofía que la acompañara de compras.

— Quisiera conseguir un vestido para la recepción. Nada de lo que tengo me satisface y de paso, podríamos conseguir algo para ti.

— No sé, mamá, esa fiesta me echó a perder mis planes, puedo ponerme

cualquier cosa.

—Ya tu padre te dijo que es algo que puede ser decisivo en su carrera, deberías ponerle más interés.

— Está bien, pero vamos temprano que luego tengo que trabajar.

— Entonces, pues, vayamos ya mismo.

Ya en la boutique favorita de Alejandra, ambas se probaban vestidos aunque Sofía no se sentía especialmente emocionada por eso.

Alejandra salía de un probador con un hermoso vestido color malva que le iba perfecto a su espigado cuerpo, cuando vio a su hija con un vestido negro que le iba muy bien. La miró con desaprobación y negó con la cabeza.

— Creo que ese color no te sienta, por algún motivo, te ves tan sobria. Creo que deberías buscar algo más fresco, más claro, algo que no te oscurezca tanto. Vas a tener que dejar el mal humor, porque si no nada te va a gustar, déjame que te busque algo más juvenil. — y se fue a revisar en los exhibidores durante unos minutos— Venga, te traigo otras opciones— traía en sus manos varias piezas.

A regañadientes, Sofía aceptó probarse los vestidos y cuando salió con uno color champaña con profundo escote en su espalda y ceñido al cuerpo, y se vio al espejo, no pudo más que aceptar que se le veía fabuloso. Ese modelo le hacía un cuerpo espectacular.

— ¡Hija, te queda fenomenal!

—Tienes razón, mamá. Está guapísimo, y a ti, ese es el que mejor te va. Ese color te queda genial. Papá se va a quedar con la boca abierta. Te ves muy sexy.

Ambas se rieron juntas y decidieron llevar esos vestidos. Fueron a comer y por supuesto, el tema fue Gonzalo

— Dime, hija... ¿realmente estás enamorada de Gonzalo? Mira que sería muy feo jugar con sus sentimientos. No creo que...

— Mamá, si de algo he estado segura en mi vida es de lo que siento por él. Realmente lo amo.

— ¿Entonces por qué haces sufrir al hombre y no te casas con él? Ese pobre ser se está derritiendo por ti.

— Ay, mamá. Me asusta el compromiso, no sé por qué para otras personas es tan fácil dar ese paso y a mí me da pánico, pero de verdad lo amo. Sólo quisiera que algo me haga ver sin rastro de duda que casarme es lo correcto. — confesó apesadumbrada la joven. Incluso vivir juntos me asusta.

— No te preocupes, eso llegará sólo, habrá un momento en el que te convencerá si es el elegido. No pienses en eso por ahora. Si te ama va a insistir hasta lograrlo y si tú lo amas, un día cualquiera, lo aceptarás. Eres muy joven aún. No hay ninguna prisa.

Sofía se sintió agradecida por la forma tan comprensiva en la que sus padres habían tomado su relación con Gonzalo. Y estaba convencida de que había sido el encanto de él lo que había logrado el cambio de actitud.

El sábado llegó sin que Gonzalo y Sofía hubieran podido conseguir tiempo apenas para verse. Ambos estuvieron muy ocupados y la joven esperaba que los acompañase a la recepción, pero se decepcionó cuando Gonzalo le anunció que estaría fuera de la ciudad y no lo vería en su cumpleaños.

Su rostro era una máscara cuando la familia se reunió en el salón antes de salir a la fiesta.

— Sería agradable que cambiaras esa expresión, Sofía. Hay la posibilidad de que tu padre sea nombrado para el Supremo esta noche, y eso debería hacerte sentir menos furiosa por perder un cumpleaños.

— Lo siento, papá. Tienes razón, sólo me siento molesta con Gonzalo por no estar aquí... trataré de no ser una aguafiestas. Espero que todo sea para bien para ti y que logres lo que esperas.

—Gracias, hija. Te ves despampanante. Hoy seré el hombre más afortunado, porque llegaré con las dos mujeres más hermosas de esta ciudad.

— ¿Sólo de la ciudad, Adolfo?— le recriminó Alejandra sonriente— Puedes mejorar eso.

— Del mundo, querida, sólo quería sonar realista.

— Papá, no aclares que oscureces.—Se rió Sofía y tomó el brazo izquierdo de padre, quien del brazo derecho llevaba a su mujer.

Salieron de casa y subieron a los coches, Sofía con sus padres y los hermanos en el coche de Roberto.

Llegaron al lugar de la recepción y Sofía se encontró sorprendida de que se llevara a cabo en ese salón, probablemente el más exclusivo, rodeado

de hermosos jardines llenos de luces y fuentes.

Al entrar vio que las decoraciones eran hermosas y el lugar se veía deslumbrante, y por estar entretenida en eso, no reparó en los invitados que ya se encontraban en el lugar, hasta que cuando caminaban por el pasillo principal del salón levantó la mirada y vio a Gonzalo de pie allí, esperándola, vestido de traje de etiqueta, y viéndose espectacular, con aquella sonrisa suya que la derretía.

Llegaron a su lado y todos saludaron menos Sofía que aún no salía de su sorpresa. Los miró a todos y por primera vez, pudo percatarse de quiénes eran los invitados. Allí se encontraban todos, su familia y la de Gonzalo, amigos, compañeros de estudios. No faltaba nadie y todos los rostros se veían felices por la sorpresa que veían en el de la chica.

Gonzalo se acercó a ella y rozó los labios de Sofía con los suyos.

— ¡Feliz cumpleaños preciosa! ¿Podrás perdonarme por engañarte para traerte hasta aquí?

— ¡Pues, por supuesto! — se abrazó a su cuello— ¡Eres un mentiroso! — y lo besó.

Todos aplaudían y comenzaron a acercarse a felicitar a la muchacha. Tras un rato de abrazos, besos, y buenos deseos que parecían no terminar, Gonzalo rescató a la joven, la condujo hacia el jardín, y caminaron lentamente por el lugar tomados del brazo.

Sofía estaba impactada con la sorpresa y se sentía inmensamente feliz.

— Gonzalo, esto es hermoso. No podría imaginar un mejor cumpleaños. Gracias, mi amor. — se giró hacia él y se acurrucó en sus brazos.— Todo es perfecto.

— Hermosa, esto no es nada al lado de lo que mereces. Te amo y quiero hacerte feliz para siempre. —le dijo en voz muy baja.

— Yo también te amo, Gonzalo, siento que eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

— En ese caso... — metió la mano en el bolsillo interno de su traje y sacó una pequeña caja. La abrió y la puso ante los ojos de Sofía, quien lo miraba sin saber qué decir— Sofía Montemayor... ¿me harías el honor de aceptar ser mi esposa y permitirme dedicar cada minuto de mi vida a hacerte la mujer más feliz del universo?

## Capítulo 12

### Capítulo 12

Sofía miró el anillo que le ofrecía Gonzalo y las palabras no salían de su boca. Sentía un nudo en su garganta que no le permitía hablar. Un torbellino de emociones se agolpaba en su pecho, y no le dejaban respirar.

— Sofía... ¿vas a darme una respuesta? — preguntó angustiado ante la actitud de la joven, hasta que finalmente Sofía logró articular palabras.

— Gonzalo... no me esperaba esto. Es tan repentino. — decía ofuscada.

— ¿Y cuál es tu respuesta, Sofía?

Sofía levantó sus grandes ojos con una mirada desesperada y miró a Gonzalo.

— Cariño, te amo, no tengo duda de eso, pero...

— Pero, no quieres casarte conmigo... ¿Sofía, por qué te cuesta tanto aceptar? Si estás segura de lo que sientes y hemos luchado para estar juntos.

— Y podemos estar juntos, pero no hace falta que estemos casados para eso... no quiero presiones en mi vida.

— Pero yo necesito que te comprometas en esta relación.

— No hace falta estar casados para estar comprometidos. Yo te amo, Gonzalo, pero no quiero sentirme atada. Podemos ser felices así hasta que sienta que hace falta algo más. ¿Por qué no podemos tomarlo con calma? No quiero dar ese paso aún. Tenemos tiempo, mi vida, dejemos que las cosas sigan su cauce. Poco a poco.

— Sofía...— Gonzalo tomó la mano de ella entre las suyas y puso la joya en su palma, y con voz grave le habló mirándola a los ojos — Sé que para ti este anillo significa una atadura. Lo ves como una imposición, pero para mí no es así. Este anillo representa mi amor incondicional, mi compromiso hacia ti, mi deseo de entregar todo en esta relación. El día que te conocí comencé a vivir realmente, porque hasta ese momento nunca me había enamorado de verdad. Tú llegaste y entraste en mí. Llegaste a partes de mi corazón que nunca habían sido tocadas por nadie, y este anillo pone en tus manos la llave de ese lugar. Te adentraste en el lugar más secreto de mi alma y me gustó lo que sentí al tenerte allí, porque me sentí renovado,

me sentí feliz como nunca lo había sido. No es mi intención presionarte. sólo quiero que tengas presente que te amo de una forma totalmente nueva para mí. Por favor, consérvalo contigo, y si en algún momento, sientes que estás lista para aceptar lo que te ofrezco, pónitelo. No tienes que decirme nada. Te doy mi palabra de que no volveré a preguntarte, hasta que tú quieras. Igualmente, yo me sentiré comprometido contigo y si esto va a funcionar, quizás algún día aceptes ser mi esposa — dijo con la voz ronca y mirada triste— te voy a seguir amando igual y más cada día.

— Gonzalo, no quiero verte así...— gimió en voz muy baja— Podremos ser felices, te prometo que no va a hacer falta que estemos casados, sólo nos necesitamos el uno al otro. No hace falta nada más..Yo estoy comprometida en nuestra relación, jamás dudes eso. Hemos enfrentado a nuestros gigantes por esto que tenemos y mira lo bien que nos ha ido, pero me gusta así. Me gusta saber que estamos juntos porque lo deseamos, no porque hay un papel que nos obliga.

— Te amo, Sofía. Si eso es lo que estás dispuesta a dar, será lo que tendré, porque no puedo hacerme a la idea de no tenerte aunque sea de esa forma — la miró a los ojos con pasión silenciosa— Sólo no me culpes por desear tenerte de forma absoluta.

— Me tienes, amor, me tienes. No dudes de lo mucho que te amo.

Tomó el anillo en su estuche, lo miró y lo guardó en la pequeña cartera que llevaba colgada de su brazo.

— Siempre lo tendré conmigo, que no lo lleve puesto, no hará que te ame menos, Gonzalo. Te has convertido en una razón para mi vida, me has llenado de tanta felicidad que sólo pensar en que algo cambie me aterra. Seremos felices, ya lo verás— No necesitamos estar casados para serlo.

— Yo soy feliz sólo con verte, preciosa.— una sonrisa triste se asomó a los labios de Gonzalo— Eres lo más hermoso que ha ocurrido en mi vida.

— Volvamos a la fiesta, cariño.— lo tomó del brazo— Van a pensar que huimos.

Regresaron caminando despacio. Cada uno llevaba pensamientos diferentes en sus cabezas, pero ambos tenían sonrisas tensas en sus rostros.

La noche transcurrió y poco a poco, tanto Sofía como Gonzalo, se sintieron mejor y pudieron disfrutar de la fiesta.

Sofía se apartó por un momento y miró a su alrededor, viendo a Gonzalo que bailaba con Alejandra. Por su mente sólo pasó un pensamiento: "eso

es todo lo que hace falta, que nos amemos". Pero algo dentro de sí le inquietaba.

Los días pasaban con normalidad. Sofía dividía su tiempo entre su trabajo y Gonzalo.

Cada vez pasaba más noches en el apartamento de él y se sentía satisfecha de esa forma.

Gonzalo por su parte, sentía que la tranquilidad volvía a su vida. La felicidad con Sofía le hacía enfrentar sus días con nueva vitalidad y comenzó a acostumbrarse a tenerla en sus mañanas y a disfrutar el tiempo que pasaban juntos.

Tantas veces como podían y sus trabajos se lo permitían, se escapaban a pasar los fines de semana en ciudades que ambos deseaban visitar. Lograron crear una rutina realmente agradable y cómoda para ambos. Se amaban con ansiedad cada vez que se veían, como si el tiempo que pasaban separados los desesperara por la necesidad uno del otro.

Al llegar al hospital esa tarde, Sofía fue abordada por Ana María, quien la cogió por un brazo con ojos enormes.

— ¡Sofía, por fin llegó el colirio para nuestros ojos! Nombraron nuevo jefe de Neurocirugía y cuando vino a presentarse, casi me muero. ¡Tía, es un dios del Olimpo que bajó a la Tierra!

— ¿Entonces ya no es David, el de Traumatología? Porque hace poco me juraste que ese iba a ser el padre de tus hijos algún día.

— ¡No, por favor, David está guapísimo, como para ser mi primer exesposo, pero es que esto es otro nivel!

— A ver cuánto te dura este "crush" con el nuevo.

— Tú lo dices porque tienes la vista nublada con tu geronto pero créeme cuando te digo que este tipo te va a bajar las medias.

— Habla por ti, yo estoy feliz con Gonzalo. A ver, que unas gotas de colirio no le sobran a nuestros ojos cansados, claro— sonrió pícara con un guiño— ¡Vamos a trabajar, pesada!

Ese mismo día tuvo la oportunidad de conocer al nuevo jefe de Neurocirugía, y cuando lo vio por primera vez, le dio la razón a An. ¡El tío era de revista! Cuando llevó a un paciente a la sección para un estudio mayor, le dijeron que requeriría la autorización del jefe, así que se dirigió a su oficina para conseguirla. Tocó a la puerta y esperó a que le permitiesen entrar. Abrió y allí estaba el hombre. Sacaba unos libros de

una caja y los colocaba en un estante. Se volvió a mirar quién entraba y sonrió.

— Adelante doctora, disculpa... no sé tu nombre. Soy Ángelo Rojas— se acercó a Sofía con la mano extendida y una gran sonrisa en sus labios. Miró aquellos ojos azules enmarcados en un rostro perfecto. Cabello oscuro un poco largo, alto, fornido, el típico protagonista de novela. Y se lo imaginó en escena, caminando en cámara lenta por una playa, con el viento moviendo su cabello y una sonrisa luminosa.

— Sofía Montemayor, residente asignada en Emergencias. Doctor, necesito su firma para un estudio — se apresuró a decir, un poco turbada por el hombre, sintiéndose tonta al mirarlo y tomar la mano que le ofrecía el médico.

— Por favor, Sofía, llámame Ángelo, me enferman las formalidades. Sí, ya me dijeron que tengo que autorizar los estudios. Realmente, creo que podrían utilizar mejor mi tiempo y mis conocimientos. A veces me siento como una estrella de cine firmando autógrafos por el pasillo— hablaba con cordialidad el hombre. De unos treinta y tantos años, era sin la menor duda el hombre más atractivo que Sofía había visto en mucho tiempo.

— Es el precio de la fama y en tu caso, de llegar a la cima en tu carrera. Ojalá algún día yo pueda aspirar a un prestigio como el tuyo. Me apasiona la neurocirugía, por eso estoy haciendo la especialización.

— Estaré encantado de ayudarte en lo que esté a mi alcance. A ver, dime, ¿dónde quieres mi autógrafo?

Poco faltó para que Sofía respondiese con una expresión propia de Ana María "¡dónde te apetezca, guapísimo! Se llamó al orden mentalmente y le extendió el folio en una carpeta.

Ángelo la firmó, y se la devolvió a Sofía, con una sonrisa encantadora.

— ¿Algo más en lo que pueda servirte, Sofía?

— No, por ahora. Gracias, doctor.

— ¡Ángelo! Recuérdalo.

— Así será... Ángelo. Nos veremos luego — salió de prisa de la oficina preguntándose por qué le había hecho sentir tan extraña.

## Capítulo 13

### Capítulo 13

Los meses pasaban y Sofía llegó a sentir que vivía más tiempo con Gonzalo que en su casa.

— ¡Buenas noches, preciosa! Le sonrió Gonzalo al verla llegar arrastrando su maletín, exhausta.

— ¡Por favor, dime que sigo en el mundo de los vivos!— se abrazó al pecho de Gonzalo.

— Sí, amor, sigues aquí, con nosotros. ¿Qué te parece si tomas un baño caliente, te llevo una copa de vino, y te doy un delicioso masaje?

— Uhmhhh! eso suena como el paraíso. Te tomo la palabra, te espero en el jacuzzi...— dijo con voz provocativa y caminó hacia la habitación.

Más tarde, esa noche, abrazados en la cama, Sofía le comentó a Gonzalo que debía ir a su casa a por más ropa y cosas que estaba necesitando.

— ¿Y si te lo traes todo y mudas conmigo? Además, le darás un gusto a tus padres de verte formalizar aún más nuestra relación.

— No voy a hacer algo sólo por darle gusto a nadie. Así estamos muy bien.

— Si esa es tu decisión, te apoyo. No te niego que me gustaría que vivieras conmigo.

— Ya lo veremos un poco más adelante. Ahora vamos a descansar que ha sido un día duro. Te amo.

Algunos días después, Gonzalo recibió una llamada de Sofía.

— Cariño, no voy a poder ir esta noche a casa. Un grupo del hospital saldremos un rato a celebrar el cumpleaños de un compañero. ¿Te apetece venir? Iremos a la disco donde celebramos el cumple de An...— le dijo Sofía a Gonzalo cuando lo llamó esa tarde.

— Te agradezco que me invites pero es tu grupo, no quiero interferir con tus amistades. En otra ocasión, quizás... Diviértete, mi amor, nos veremos después.

— Está bien, pero me habría gustado que vinieras, Gonzalo. — le dijo desilusionada — Vamos a organizar algo con el grupo. A veces siento que tengo dos vidas separadas.

— Lo haremos, mi amor, te lo prometo. Te amo — y cortó la llamada.

También Gonzalo se sentía extraño. Pasar el tiempo con Sofía era extraordinario, pero no se sentía a gusto con sus amigos, todos lo trataban con cierta distancia y era incómodo para él, porque lo intentaba, pero no lograba encajar.

Esa noche todos se divertían y Sofía lo intentaba, pero resentía que Gonzalo evitara salir con sus amigos. Todos disfrutaban la fiesta, y Sofía tratando de sentirse mejor, tomaba los cócteles más rápido de lo que debería. Su humor mejoró cuando el alcohol hizo efecto en su organismo, de forma que cuando Ángelo la invitó a bailar, ella aceptó encantada. Aquel hombre era guapo a rabiar, y todas se derretían por él. Pero desde que llegó al hospital, todos habían notado que se sentía atraído por Sofía, porque realmente, no se molestaba en intentar ocultarlo. La galanteaba descaradamente, y aunque la joven evitaba estar a solas con él, no podía dejar de sentirse halagada por su preferencia. Ese hombre podría tener a cualquier mujer a sus pies, y la prefería a ella. Pero Sofía estaba clara, amaba a Gonzalo, y aunque Ángelo la cortejase, ya su corazón tenía dueño. Sin embargo, esa noche se sentía triste, y allí, en esa discoteca, con algunos tragos de más y abrazada a Ángelo mientras bailaba, se sintió demasiado vulnerable. ¡Al diablo con todos! ¡Iba a divertirse! Si Gonzalo se negaba a estar con ella allí, él se lo perdería.

Dejó atrás todo. La fiesta comenzó para ella. Bailó toda la noche, las copas iban y venían, y finalmente, Sofía se divertía.

Gonzalo estaba en casa, sintiéndose mal por haber rechazado nuevamente la invitación de Sofía. No deseaba estar con el grupo, pero deseaba estar con ella. Sin duda, no era algo que a él le gustaría hacer, ellos eran muy jóvenes y tenían gustos diferentes. Pero él haría un esfuerzo, la felicidad de Sofía lo valía.

Se puso de pie, dejó sobre el sofá el libro que leía y se decidió. Iría allí, estaría con ella y su grupo.

Fue a su habitación y pronto salió vestido con una finísima camisa de seda negra y un pantalón beige de corte perfecto. Tomó una chaqueta casual color arena y sus llaves, y salió de casa.

En la fiesta, todos se divertían a gritos y reían estruendosamente. El ruido era tremendo y la música sonaba muy alto.

Ángelo había pasado la noche cortejando a Sofía. Y cuando comenzó a sonar una balada, la tomó de la mano y la llevó a la pista a bailar. Se abrazaron y conversaban, o lo intentaban, en todo caso porque el ruido era mucho.

— ¿Y dime, Sofía, es cierto que tienes pareja? Algunos me han dicho que mantenga la distancia porque tienes una relación seria.

— Sí, así es. Hay alguien.

— ¿Y eso elimina cualquier oportunidad para mí?

— Sí, pues así es— dijo esto y su molestia con él volvió. No estaría atajando los galanteos de Ángelo si Gonzalo estuviera allí.

— ¿Pero estás comprometida con él, hay matrimonio cerca?

— ¿Por qué sólo pueden pensar que es algo serio si hay matrimonio a la vista? Amo a Gonzalo y con eso me basta.

— Si fuera yo quien tuviera una relación contigo, ya te habría sacado del mercado de cualquier manera posible, eres una mujer increíble Sofía y me gustas muchísimo— acercó su rostro al de ella — Me muero por saber cómo se sentiría un beso de esos hermosos y provocativos labios.

— Ángelo... preferiría que no hables así.

— Y yo preferiría que me permitas acercarme un poco a ti, que me dejes conocerte — mientras hablaba, la atraía más hacia su cuerpo y Sofía comenzó a sentir un calor extraño. No deseaba sentir eso, pero le gustaba lo que le decía, y sonrió para sus adentros, pero su mente nublada por los tragos no le permitió darse cuenta de que había sonreído y Ángelo lo tomó como muestra de que sus avances iban en buen camino, puso sus labios sobre los de Sofía y la besó. Ella sintió que no debía corresponder, pero lo hizo y sólo por un instante le permitió que la besara.

Nadie había percibido la llegada de Gonzalo al lugar, quien desde el pasillo de la entrada observaba la escena, con el rostro endurecido por la rabia y los celos. Miró por un momento lo que ocurría para fijar en su mente a su Sofía en los brazos de aquel tipo, dejándose besar sin oponer la menor resistencia, y luego se dio la vuelta y salió.

Subió a su coche antes de sucumbir al deseo de regresar a romperle la cara a ese hombre que le robaba a Sofía. Sus mandíbulas se sentían como de piedra y decidió irse al club a tomar algo. No soportaría estar en casa en ese momento.

Llegó al lugar y se acercó a la barra. Pidió un whisky y se sentó a beber. Uno tras otro, tomó los tragos que pedía y mientras el alcohol entumecía su consciencia, peor era la furia que sentía dentro de sí.

Abstraído en sus pensamientos no notó a la persona que se sentó a su lado, hasta que una mano, con largas uñas rojas, tocó la suya.

— Hola, cariño... — ronroneó Diana a su oído— se te ve muy solitario.

— Hola Diana.— tardó un instante en responder— Quizás porque deseo estar sólo.

— ¡Uy, qué huraño está el hombre! Nunca habías respondido así — sonrió la mujer— Creo que hay tormenta en la isla paraíso.

— No es problema de nadie.

— Tampoco espero que me cuentes nada. Lo que menos me interesa de ti, son tus problemas.— insinuó sugestiva— Ahora, que sí puedo darte consuelo, si lo deseas.

— Por favor, Diana, no estoy para tus tonterías — reclamó con voz pastosa por los tragos— Quisiera que me dejases en paz.

Trató de levantarse para marcharse y faltó poco para que se cayera y Diana lo sostuvo.

— Querido, estás en un estado lamentable, no creo que deberías conducir así, déjame que te lleve a dormir esta borrachera que tienes encima y mañana puedes volver a por tu coche— Ven conmigo— se pasó el brazo de Gonzalo por sobre su hombro y lo ayudó a caminar.

Lo llevó hasta el coche y lo ayudó a subir, luego se puso al volante y condujo hasta su casa. Al llegar, Gonzalo se dejó conducir a una habitación que no era la suya, pero el alcohol lo confundía y no pensó en eso, sólo se dejó caer sobre la cama y se durmió.

Diana no esperaba obtener nada de Gonzalo, pero se aseguraría de que Sofía se enterase de dónde pasó la noche.

Antes, en la pista, Sofía aún en los brazos de Ángelo, reaccionó apenas a lo que ocurría. Su corazón le decía que no estaba bien, pero su mente se quejaba porque el hombre le resultaba muy atractivo. Sin embargo, un momento de lucidez llegó a su cerebro y se separó de él.

— Te dije que tengo novio, Ángelo. Me gustaría que respetaras eso, por favor. Amo a Gonzalo, y creo que estás aprovechándote de que he tomado algunos tragos de más, pero no quiero que vuelva a ocurrir— caminó

hacia la mesa donde se encontraban los demás y se sentó al lado de Ana María y poco tiempo después se despedía y llamaba un taxi. Se fue a casa de Gonzalo y le extrañó no encontrarlo allí. Le llamó a su teléfono, pero no contestó. Se preocupó y pensó en llamar a su familia, pero le pareció una exageración. Seguramente decidió verse con algún amigo en el club y no tardaría en llegar. Fue a la habitación y se acostó. El exceso de alcohol hizo efecto y se durmió enseguida. No se dio cuenta de que Gonzalo no llegó a dormir hasta bien entrada la mañana, cuando despertó, con una terrible resaca.

Se levantó y buscó una medicina para el dolor de cabeza en el botiquín del baño, las tomó y fue a la cocina a preparar café. Mientras lo hacía marcaba el número de Gonzalo en su móvil, pero seguía sin responderle. Insistió hasta que finalmente entró la llamada y una voz femenina le respondió, cuando preguntó por Gonzalo con el rostro tenso.

— Lo siento, Gonzalo no se encuentra en condiciones de responder, aún está profundamente dormido— y con una risita fingida insinuó más de lo que decía.

Sofía sentía demasiada furia como para molestarse en contestarle a esa mujer, había reconocido su voz y sin duda se trataba de Maléfica.

Gonzalo iba a escucharla en serio. Cortó la llamada y tiró el teléfono sobre la mesa. Se sirvió café y se fue a la habitación. Se vistió y esperó largo rato a que llegara Gonzalo. Al ver que no llegaba, decidió salir para ir a casa de sus padres. Cuando salía del edificio, vio el coche rojo que se detenía al frente y se dio cuenta de que quien venía allí era Gonzalo con Diana al volante. Reprimió sus deseos de ir hasta ellos y armar una escena, pero cuando vio a Diana tomar el rostro desencajado de Gonzalo con su mano, no soportó más y se acercó al coche.

— ¿Serías tan amable de quitar tus garras de mi novio?— le exigió furiosa.

Gonzalo se volvió hacia Sofía y bajó del coche, sin decir una palabra.

Gonzalo la tomó por el brazo y la empujó suavemente hacia el edificio.

— Vamos adentro, Sofía— dijo con el rostro duro y las mandíbulas paralizadas. Un incipiente dolor de cabeza lo atormentaba.

— No puedes hacer una escena aquí.

Sofía guardó silencio mientras llegaban al piso, pero su pecho subía y bajaba acelerado, con la rabia contenida.

Al salir del ascensor, se volvió enfurecida hacia Gonzalo, quien aún no hablaba.

— ¡De modo que decido salir una noche y el señor se va de juerga con la bruja! ¿Cómo has podido hacerme eso, Gonzalo?— le gritó— ¡Es un asco! Y con esa mujer horrible. Explícame lo que ocurrió, Gonzalo, porque esto no tiene sentido. ¡Habría esperado esto de cualquier persona... pero de ti, jamás! Me has decepcionado, ¿cómo...?— iba a continuar, pero fue interrumpida por él

— Estuve en la discoteca anoche — dijo simplemente con los labios apretados.

— ¿Cómo? Yo no... te vi — apenas pudo responder Sofía.

— Yo sí te vi, te veías muy cómoda en los brazos de aquel hombre mientras te besaba.

— Gonzalo, yo...no.. no quise que eso pasara... había tomado de más y...

— No digas nada más, Sofía, no hace falta. Ya sé que esto ha sido un error y tú necesitas eso, tu grupo, gente de tu edad, de tu círculo. Una vez te dije que no quería ser un lastre en tu vida y no lo seré.

— Gonzalo, amor, yo...

— No, Sofía, esto me abrió los ojos. No puedo esperar que dejes tu juventud conmigo y que yo te ame o tú a mí, no va a cambiar las cosas. El abismo entre tu mundo y el mío seguirá allí, no voy a esperar a que me digas que te has enamorado de alguien más joven o más divertido. Por más que lo intentemos, siempre habrá algo que no va a desaparecer y es el hecho de que tú no deseas que esto funcione. Era de esperar que no comprometerte en nuestra relación llevaría a lo que vi, supongo que así no sentirías que estabas faltando a lo que nos prometimos pero lo que tú llamas "un simple papel" para mí significa que sólo habrá una persona en mi vida. Alguien a quien amar por encima de lo que sea , pero no para ti. Así que esas promesas no significan nada si no voy a poder creer que tú también sientes lo mismo.

Sofía no hablaba. Sabía que había herido a Gonzalo y nada que dijera iba a cambiar eso. Sus ojos estaban enrojecidos y no deseaba llorar delante de él.

— Sofía, no puedo continuar si no confío en lo que tenemos, enfrentamos muchas cosas pero lo evidente es lo único que no podremos enfrentar. Nuestros mundos no debieron converger, no debí esperar que una mujer como tú, con tu juventud, tu belleza, tu encanto, pudiera pasar el resto de su vida conmigo. Así que esto debe llegar hasta aquí. Sin un compromiso

de tu parte, no tenemos futuro posible.

— Gonzalo, cometí un error, lo sé, había bebido de más, por favor no puedes dejar todo así.

— No se trata de la bebida, Sofía, se trata de lo que llevas dentro de ti, de tus sentimientos y de lo que esperas de la vida. Es natural que alguien como tú quiera de la vida mucho más que estas paredes, más que lo que yo te ofrezco y es algo que más temprano que tarde iba a ocurrir.

— No quiero perderte, Gonzalo — se abrazó a él, las lágrimas corrieron por su rostro y ya no hizo nada por evitarlo.

— No, mi vida, yo te perdí a ti — la abrazó y cerró sus ojos para que Sofía no viera su dolor en ellos— Te perdí tan pronto me mantuviste fuera de tu vida, marcaste los límites a los que debía someterme. Nunca te tuve por completo y no estás dispuesta a permitirlo. Yo no quiero más ser la persona con la que mantienes una aventura, te dije que tuve demasiado de eso y sí, quiero más.

— Cariño, no puedes hacerme sentir así, no es justo, tú pasaste la noche con Diana y sólo me juzgas a mí. Con Ángelo no pasó nada, sólo fue un beso.

— Entre Diana y yo no ocurrió nada. Estaba en el mismo bar, yo me encontraba demasiado ebrio y ella no me permitió conducir, pero si hubiese ocurrido ¿tendrías acaso una justificación para lo que vi? No Sofía, no se trata de una competencia de quién le faltó a quién. Puede que entre tú y ese tío sólo hubiese un beso, es cierto, eso no es el problema. Fue lo que llevó a ese beso lo que me preocupa. Hay dudas en tus sentimientos y lo sabes. Has tratado de obviarlos, pero sabes que allí está.

Se apartó de ella y le dio la espalda para que ella no pudiera ver sus ojos llenos de lágrimas.

— Sofía, voy a salir de la ciudad por unos días, debo atender algunas cosas, pero principalmente necesito alejarme de esto un tiempo. Quiero pensar, poner las cosas en perspectiva y darte la oportunidad a ti de que pienses seriamente en esto. No estoy dispuesto a continuar así. Sé que ese beso no significó nada especial más allá de la duda que existe dentro de ti, pero algo explotó aquí y es que yo quiero más. Quiero un compromiso genuino porque de continuar así siempre voy a estar esperando el momento en el que me digas que ya no quieres seguir conmigo, que hay alguien más. Cuando vuelva, si continúas aquí, sabré que vamos a comprometernos. Si no, entonces te dejaré en paz, no te buscaré ni insistiré y podrás hacer la vida que deseas. Serás

completamente libre.

— No puedes obligarme de esa forma, no es justo, si yo aceptara algo así sería por no perderte me estarías obligando a decidir.

— Lo sé, es exactamente lo que hago porque necesito eso, una decisión tuya.

Se fue a su habitación y preparó una pequeña maleta. Cuando volvió, Sofía continuaba de pie en el medio del salón con una expresión desolada en su rostro.

No podía ser cierto. Estaba perdiendo a Gonzalo. Saldría de su vida. Pero no sentía que fuese justo que la hiciera escoger de esa forma. Ya se había disculpado por su estupidez con Ángelo. Y aún así, la estaba dejando. No podía estar pasando.

Gonzalo se acercó a ella, tomó su rostro suavemente y la miró a los ojos.

— Amor, independientemente de lo que decidas, serás la mujer que voy a amar para siempre. Eres lo más hermoso que me ha pasado, la persona con quien he vivido lo mejor de toda mi vida y sólo quiero de ti que entregues a esta relación todo tu compromiso, tu deseo de que continúe. No puedo aceptar menos que eso. A veces para obtener lo que queremos de los demás debemos exigirlo. Yo te entregué mi vida, mi corazón y mi alma por completo, ahora tú debes decidir si quieres hacer lo mismo. Si decides no hacerlo, te voy a amar igual, pero ya no te buscaré de nuevo porque no podrá funcionar — colocó sus labios sobre los de Sofía y la besó suavemente y sus lágrimas se confundieron con las de la joven. La sostuvo por un momento entre sus brazos y luego la soltó, cogió su maleta y se marchó.

Allí quedó Sofía, sin saber cómo de repente todo su mundo se vino abajo. Las lágrimas corrían por su rostro, ya sin poder ni querer detenerlas.

Ese hombre que amaba con locura la sacaba de su vida, le imponía condiciones para perdonarle su error. Le exigía lo único que ella no estaba dispuesta a dar... su libertad. No creía que casarse con él fuera la solución. Quizás todos tenían razón y sus mundos eran demasiado diferentes, y nunca debieron tratar de hacer que se unieran. Gonzalo era el hombre que amaba, no tenía dudas de ello, pero ella aún quería ser libre. Le temía terriblemente a sentirse obligada a algo, sentía que el matrimonio no era necesario, más que para marcar límites; ella creía en la fidelidad, en la lealtad, pero no porque un papel le obligara a ello sino por el deseo mismo de hacerlo. ¿Cómo aceptar algo así para conservar a Gonzalo? ¿Podría continuar con él a sabiendas de que la había

arrinconado para tomar esa decisión?

Se sentó por un momento en el sofá al sentir que sus piernas no la sostendrían. La magnitud de lo que había ocurrido se le vino encima de repente. Había perdido a Gonzalo.

Se puso de pie. Respiró profundamente y caminó a la habitación. Sacó una maleta del armario y comenzó a llenarla con sus cosas. Rato después llegaba en un taxi a casa de Ana María. Al llamar a la puerta, su amiga fue a abrir y la vio allí con expresión desvalida y no necesitó ninguna explicación. Sofía se abrazó a su amiga y lloró en su hombro, como no lo había hecho jamás.

## Capítulo 14

### Capítulo 14

Aún le costaba creer que había perdido a Gonzalo, pero la vida debía continuar. Muchas veces se sintió tentada a buscarlo, pero aún no podía aceptar las condiciones que le exigía, de modo que contenía la tentación y los deseos de verlo y seguía adelante.

Pese a las protestas de sus padres, tomó la decisión de mudarse sola. Alquiló un pequeño piso no lejos del hospital, que era lo que podía permitirse con su sueldo, porque había comenzado su máster en Neurología y los gastos eran mayores, y aunque sus padres habían ofrecido pagar por algo mejor al darse cuenta de que su mudanza era inminente, ella se negó a aceptarlo. Su independencia comenzaba allí.

Era un lugar muy agradable, con una vista no muy ancha pero hermosa, hacia un gran parque. Sólo constaba de una habitación con baño y un espacio que juntaba salón, comedor y cocina, pero para ella eso era más que suficiente. Le gustaba llegar allí cuando venía cansada del trabajo, y encerrarse en su escondite del mundo, como lo llamaba Ana María. Era grato prepararse un té y sentarse en el saliente de la ventana que cubría el salón a mirar la gente caminar por el parque, los enamorados tomados de la mano, los niños corriendo como ardillas, los ancianos paseando sus años, arrastrando los pies.

Noche tras noche, extrañaba a Gonzalo, pensaba con quien estaría, lo que haría en ese momento, si habría vuelto a su relación con Diana o si conocería a alguien más.

Las semanas transcurrían y Sofía iba creando una rutina en su vida. El hospital abarcaba todo su tiempo y al comenzar su máster, la chica agradeció el interminable trabajo porque le permitía distraer su mente de Gonzalo. Fue trasladada al departamento de Neurocirugía, bajo la supervisión y tutoría de Ángelo, como director de la sección.

Trabajando más tiempo juntos, comenzaron a verse con frecuencia, y ambos se dieron cuenta de que se divertían y que se llevaban muy bien. Ángelo tenía un fantástico sentido del humor y era un profesional admirable. Sofía se sentía a gusto trabajando con él, de forma que cuando el hombre la invitó a cenar, aceptó tratando de pasar un buen rato para ayudarse a dejar de pensar en Gonzalo.

Fue así como empezaron a frecuentarse fuera del hospital, y aunque Sofía seguía amando a Gonzalo, se permitió emprender una relación con Ángelo, quien a pesar de disfrutar el estar con ella, le dejaba el espacio suficiente para sentirse libre, y afortunadamente, no la presionaba con

compromisos ni obligaciones.

Disfrutaban la mutua compañía, y poco a poco, la relación se hizo más íntima.

A Sofía le gustaba cómo se manejaba con Ángelo. Él la visitaba en su piso y algunas noches se quedaba, otras veces ella iba a casa de él. Era una relación agradable y fácil de llevar, aunque en su interior, Sofía sabía que Gonzalo aún estaba en sus pensamientos y en su corazón, incluso Ángelo le había comentado en algunas ocasiones que la sentía distante.

— Entonces, amiga ¿tú también me extrañas?— lloriqueó en broma Ana María esa tarde en el hospital cuando caminaban por el pasillo.— No entiendo cómo se te ocurrió tomar otra especialidad si veníamos juntas desde hace tanto tiempo, mira que todavía estás a tiempo de cambiarte conmigo a cardiología. ¡Venga, vamos a arreglar corazoncitos! — le hacía pucheros a Sofía.

— Jamás, los corazones no son mi fuerte.

— Es que ya casi no pasamos tiempo juntas. Desde que te mudaste sola y andas con Ángelo, me tienes abandonada, extraño nuestras noches de cotilleo.

— Es cierto, soy una mala amiga. Voy a sacar tiempo para que nos veamos más.

— ¿Y cómo van tus cosas? . Cuando se terminó lo de Gonzalo, estabas muy mal ¿Ha logrado el guaperas de Ángelo sacarlo de tu corazón?

— Voy poco a poco, fue algo intenso pero si no se pudo, tengo que seguir adelante.

— ¿Y qué sientes por Ángelo? ¿Te enamoraste de él suficientemente como para dejar de sufrir la resaca de Gonzalo?

— Ya lo veremos. Ángelo es divertido, es amable, es muy guapo.

— "Pero no es Gonzalo...", supongo que así es como quieres terminar esa frase.

— Aunque sienta algo así, ya Gonzalo no está en mi vida, es Ángelo quien está ahora y voy a tratar de que funcione.

— Pero no te veo feliz como te veías antes.

— Lo lograré eventualmente, por ahora me gusta lo que tengo con Ángelo, aunque no sea algo tan intenso como lo que viví con Gonzalo.

Hasta mi familia lo trata bien, creo que es lo más lógico...

— ¿Y se supone que debería ser lógico o intenso?

— Me siento cómoda, eso es lo importante.

— La comodidad no te va a hacer olvidar al noviosaurio, lo sabes.

— Tendrá que ser, más tarde o más temprano. Ahora tengo que irme. Ángelo me espera en casa. Te doy mi palabra de que este fin de semana lo pasamos juntas.

— Más te vale, porque el tío puede estar muy rebueno y lo que quieras, sin embargo, novios hay muchos, pero amigas como yo no se encuentran todos los días.

— Tienes razón— fue Sofía quien ahora le hizo un puchero— eres de oro 24 quilates— la abrazó con cariño — y voy a dedicarte más tiempo.

— Eso espero — le sonrió y se despidieron.

Esa noche Ángelo y Sofía estaban libres y decidieron quedarse juntos a ver una película.

Sofía cocinaba palomitas de maíz y Ángelo escogía la película

— No pongas nada de terror, con el hospital es suficiente— le dijo desde la cocina.

Ángelo se rió de ella, y Sofía al verlo allí, no pudo menos que reconocer que era un hombre muy guapo, y se desvivía por hacerla sentir bien. Tenía esa linda sonrisa chueca con la que lograba alegrarla cuando sus días se sentían solitarios. Él la ayudó a superar los meses sin Gonzalo, y poco a poco se fue colando en su vida.

Tomó en sus manos la enorme fuente con palomitas y dos cervezas y se fue a sentar al sofá, en donde se acomodó luego Ángelo.

— Escogí una de acción, seguro te va a gustar.

— Sabes que las odio, siempre terminan en persecuciones imposibles en cualquier ciudad.

— Pues no voy a ver una comedia romántica, no he caído tan bajo aún y mi nivel de testosterona requiere una película de acción a la semana al menos— la atrajo hacia su cuerpo y la besó en el cuello— Debería ser delito oler tan bien... umm... y ser tan hermosa y sexy. ¿Así quién puede

ver una peli en paz?

— Venga, Ángelo.— se retorció en sus brazos— ¡A ver!— retozaron un rato, y se rieron juntos mientras el bol de palomitas se volteaba y caían por todas partes.

— Ahora lo limpias tú — le ordenó Sofía divertida — no voy a recoger tu desastre, hazlo, ya sabes dónde está todo. Yo necesito ir al baño.

Se puso de pie, saltando sobre las palomitas regadas y se fue al baño. Cuando se lavaba las manos, miró el calendario que había en el anaquel. Algo estaba mal allí... la fecha... faltaba algo.

— ¡Oh, por Dios! A estas fechas ya debería haber marcado mi período, y no ha llegado— por un instante sintió pánico y el corazón se le aceleró.

— Esto no puede estar pasando. Calma Sofía, no pasa nada, tranquilízate, y haz algo— pensó por un momento y decidió salir a comprar una prueba casera de embarazo.

Salió del baño, tomó dinero de su bolso, se lo puso en el bolsillo trasero del pantalón y salió de la habitación.

— Regreso en un momento... olvidé algo que debía comprar, si quieres mira la película mientras vengo, sólo es un par de minutos.

Bajó corriendo las escaleras para no perder tiempo esperando el ascensor. Salió a la calle, casi sin aliento por las escaleras bajadas a toda prisa y caminó hasta la farmacia que estaba en la esquina. Fue directamente al área donde estaban las pruebas de embarazo y escogió algunas, las revisó y se decidió por un par, las pagó y regresó aprisa.

Al entrar al piso, le dirigió una sonrisa nerviosa a Ángelo y trató de irse inmediatamente al baño, pero el médico la detuvo.

— Muy bien, dime lo que pasa. Sales corriendo y vuelves igual. Te veo en la cara que algo sucede.

— No es nada, sólo se me olvidó algo que necesitaba, eso es todo.— volvió a intentar ir al baño, pero Ángelo se puso frente a ella impidiéndoselo.

— ¿Qué era eso tan importante que no pudo esperar a mañana? ¿Qué traes en esa bolsa?

— No seas impertinente, sólo son cosas de mujeres.

— Soy médico, puedo soportarlo. Dime.

— Está bien.— abrió la bolsa y sacó una de las pruebas de embarazo y se la mostró.

— Eso es... — titubeó dudoso el hombre— es...

— ¡Sí, doctor, una prueba de embarazo! ¿Puede soportarlo, no es así?— trató de sonreír, pero sólo pudo formar una mueca.

— Pero... ¿cómo?

— Se supone que sabes cómo funcionan esas cosas, doctor.

— Sí, claro...— titubeaba sin saber qué decir. Intentaba mostrarse sereno, pero la alarma se leía en su rostro— Yo pensé que tú tomabas precauciones.

— ¡Ay sí, qué cómodo! Hombres. Claro que tomo precauciones, pero algunas fallan y mi período no ha llegado. Hay un millón de razones por las cuales puede no haber llegado, pero quiero eliminar esta hoy mismo, no hay que entrar en pánico aún. Voy a usar esta prueba y vamos a esperar con calma que todo esté bien y sea una falsa alarma.

— Hazlo, esperemos los resultados antes de sacar conclusiones — expresó grave Ángelo— no nos apresuremos.

— Eso debiste decirlo en otras ocasiones que recuerdo bien.— dijo Sofía bromeando tratando de aplacar su nerviosismo— Voy a hacerlo.

— Te acompaño.

— ¿Estás loco? ¿Sabes cómo funciona esto y crees que lo voy a hacer contigo mirando? ¡Espera aquí, tonto!

— Tienes razón, no sé en qué pensaba.

— Vuelvo enseguida.

Se fue nuevamente a la habitación y al baño. Un par de minutos después salía con el reloj en su mano.

— Hay que esperar unos minutos.— dijo innecesariamente, tratando de conversar para paliar sus nervios. Un hijo no estaba en sus planes de ninguna manera, apenas estaba retomando el control de su vida, su máster, su relación con Ángelo que apenas comenzaba. Un embarazo

sería como un terremoto en su recién estrenada estabilidad emocional.

Ángelo fingía recoger las cosas en la cocina pero se veía a leguas que lo hacía para disimular la tensión, su rostro lo delataba.

Ambos fingían no estar preocupados, pero ninguno lo lograba y cuando sonó el reloj indicando que ya había transcurrido el tiempo necesario, Sofía se lanzó hacia el baño y tomó la varilla en sus manos. Detrás de ella llegó Ángelo y ambos lo miraron con ansias.

— Negativo— dijo en un suspiro de alivio Sofía, y escuchó detrás de sí la expiración fuerte de Ángelo.

Se volvió a mirarlo y vio como volvía el color al rostro del hombre.

— Oye, creo que estabas más angustiado que yo.

— Debo ser sincero, estaba aterrado— aceptó finalmente— No hay ningún bebé en mis planes inmediatos.

— Ni en los míos, así que eso no te preocupe — ella trató de reírse de la situación, pero algo en la actitud de Ángelo le molestó. Por supuesto, estaba muy aliviada de que sólo hubiese sido una falsa alarma, pero no pudo dejar de pensar en cuál habría sido la actitud de él si hubiese sido positivo.

— Ven aquí, guapísima. Vamos a tomar algo para relajarnos.

— Si no me equivoco, con esas mismas palabras comenzó este susto así que mejor, lo dejamos así— le dijo con cierto enojo.

— ¿Qué ocurre? ¿Estás molesta por algo?

— No, es sólo que este susto me dejó de malas.

— Creo que hay algo más... ¿por qué no me lo dices, mejor?

— No es nada, deja el tema.

— No, te conozco y estás molesta, tienes ese gesto en la boca como cuando hay algo dando vueltas en esa cabecita.

— Pues sí, lo hay — se sentó en el saliente de la ventana y miró hacia afuera.

— ¿Y me lo vas a decir?

— Sí— se volvió a mirarlo a los ojos— Me gustaría saber cuál habría sido tu actitud si la prueba hubiese resultado positiva.

— Lo usual, Sofía, hacer un examen y confirmar.

— ¡No seas idiota, Ángelo! Me refiero a qué habrías hecho si fuéramos a tener un bebé, qué me dirías.

— No es el caso, así que no merece la pena especular.

— Claro que sí, quiero saber.

— Sofía, como te dije, no tengo planes de tener hijos, quizás algún día cambie de opinión pero por ahora, definitivamente, no. Si estuvieras embarazada, todo dependería de ti, claro, de si decides tenerlo.

— ¿Cómo que si decido tenerlo? Eso ni siquiera estaría en discusión. Soy médico, salvo vidas, no las quito ¿Me pedirías que lo pierda?— lo miró con horror.

— No, no lo haría, pero quien decidiría serías tú, que serías la afectada directamente, por supuesto, yo tendría que ser responsable y asumiría mi obligación, pero no lo deseo, y estoy siendo completamente sincero y franco contigo, me gustas muchísimo, no voy a hablarte de amor aún, porque nos estamos conociendo, nos acoplamos pero no quiero hijos, no ahora y quizás tampoco después.

— ¿Y si yo los quisiera...?

— Pero no los quieres y me parece que es prematuro hablar de tener hijos cuando aún ni siquiera hemos hablado de sentimientos. Sé perfectamente que aún estás en recuperación de la relación con aquel hombre, que lo recuerdas, a veces te he mirado y sé que lo extrañas, de modo que aún estamos lejos de hablar seriamente sobre en qué punto estamos en nuestra relación.

— Sí, tienes razón, apenas estamos empezando a conocernos. Lamento haberme molestado. creo que fue tanta tensión, discúlpame.

— Creo que me estás dando por mi lado para cambiar el tema.

— Otra vez haces el tonto— fue a la cocina, sacó una botella de vino y sirvió en dos copas, luego le alcanzó una copa a Ángelo.

— Sabes que es cierto lo que te digo, y no te he hablado de mis sentimientos porque sé que aún piensas en él y no sé cuándo vas a dejar de hacerlo, por ahora, estoy contigo y acepto ser el sustituto de aquel tío, pero no me gusta serlo. Quizás no te das cuenta, pero no es agradable, y

me gustaría que lo pienses seriamente, si te conformarías con ser algo así para mí.

— Tienes razón, aún es pronto, pero tu sabías perfectamente por lo que estaba pasando. Sabías que él y yo vivimos algo serio y por supuesto, no eres un sustituto, eres la persona que está en mi vida en este momento, no se trata de que te esté utilizando para olvidarlo, sólo que yo soy como soy.

— Me gustaría sentirme más apreciado por quien soy, creo que sólo dejas pasar el tiempo.

— Sabes que no me gusta que me presionen, y sabes también la razón por la que nos separamos Gonzalo y yo, me gusta cómo estamos.

— Creo que esta velada ya terminó, no me siento con ganas de ver películas ni nada.— miró alrededor buscando las llaves de su coche y se echó encima su chaqueta.

— ¿No te quedas hoy?— preguntó intranquila Sofía.

— No, tengo un millón de cosas que hacer mañana muy temprano, prefiero salir de mi casa directamente.

— Está bien, nos veremos en el hospital.

— Claro — se volvió a Sofía y la besó ligeramente en los labios.— Buenas noches.

— Buenas noches.— respondió la joven en voz muy baja. Dentro de sí no sabía si se sentía triste porque Ángelo se había ido, o si sentía paz por estar sola.

Realmente, que la prueba saliera negativa fue un gran alivio, pero fue la actitud de Ángelo lo que la preocupó. Cuál habría sido su verdadera reacción de haber estado embarazada, y por más que lo evitó, no pudo dejar de pensar cómo habría sido ese momento con Gonzalo. Sabía que a él le preocupaba tener hijos a su edad, pero era el más perfecto caballero que hubiera conocido, estaba segura de que la habría apoyado totalmente y la habría hecho sentir tranquila. Era una realidad, él se habría comportado diferente.

Esa noche se fue a la cama sintiéndose muy extraña.

Dos días después, se encontraban Ángelo y Sofía en el piso de nuevo, y la extraña discusión que habían tenido parecía haberse olvidado. Sofía se arreglaba para un evento al que habían invitado a Ángelo como director del área de Neurocirugía del hospital, donde participaría como orador. Ella

daba los últimos toques a su maquillaje y Ángelo buscaba sus gemelos.

— Estoy seguro de que los dejé aquí en aquella ocasión cuando fuimos al cierre del congreso, en mi casa no están.

— Busca en ese cajón, generalmente coloco allí ese tipo de cosas— le señaló la primera gaveta de la cómoda— si los dejaste, sin duda estarán allí pero realmente no los recuerdo.

Ángelo comenzó a revisar las cosas en el cajón, y se detuvo de pronto. Sofía lo observaba a través del espejo, y su corazón dió un salto al verlo que se daba la vuelta con una cajita de terciopelo rojo en la mano. La joven detuvo el aire cuando vio que la abría y los reflejos de la preciosa piedra se vieron cuando él se movió hacia ella con la cajita abierta.

— ¿Es esto lo que imagino? — preguntó con el rostro muy serio. Sus ojos azulísimos estaban de un tono oscuro que nunca le había visto.— El anillo de Gonzalo.

— Sí, técnicamente no es de Gonzalo, sino mío— farfulló sin saber qué decir.

— ¿Por qué lo conservas?— la miró serio a través del espejo.

— No lo sé, nunca lo vi para devolvérselo, supongo...

— ¿Supones? Yo también voy a suponer que pudiste habérselo enviado con alguien, un mensajero, una amiga. Hay mil formas, pero no lo hiciste.

— No tiene importancia, es sólo un anillo.

— El que te dió Gonzalo, con el que te pidió matrimonio, y el hecho de que lo conserves me dice muchas cosas.

— No creo que sea necesario hacer tanta alharaca por un simple anillo.

— Entiéndelo, no es un simple anillo, tiene un significado especial, si no te importara te habrías deshecho de él, pero lo conservas porque hay algo dentro de ti que no desea dejar atrás a Gonzalo.

— Eso no es cierto, estaba allí, lo olvidé.

— No insultes mi inteligencia, nadie olvida una cosa así.

— No necesito que me hagas una escena por esto— reclamó molesta.

— Lo que necesitas es a alguien que ocupe el lugar de Gonzalo, pero no empañe su recuerdo, supongo y no me gusta ese papel. En estos meses me enamoré de ti, pero siempre sentí que faltaba algo, te sentía ausente, nunca estuviste conmigo por completo, me hiciste el amor, pero no te entregabas, lo sentía. No has olvidado a ese hombre y me temo que no lo harás porque no deseas hacerlo.

— Eso no es cierto, ya te he dicho que es una transición, tuve una relación importante, me afectó muchísimo, pero terminó.

— ¿Terminó? Quizás la relación terminó, pero no tus sentimientos y realmente no creo que nadie desee ser lo que tú quieres que yo sea.

— ¿Y qué se supone que quiero?

— Quieres alguien que te entretenga, que te ame incluso, pero sin que tú pongas nada de ti, te mantienes alejada, encerraste tus sentimientos bajo llave y luego la tiraste, no es justo que pretendas mantener a todos al margen, y que aceptemos ese papel. Me gustas, de hecho, es mucho más que eso, estoy enamorado de ti, te quiero, pero no puedo aceptar una relación en la que sólo yo estoy entregando sentimientos, tú no puedes esperar eso de nadie.

— Pero no es así. Tú me gustas, te quiero, y me encanta el tipo de relación que tenemos, me gusta que no me presionas, que no me exiges ningún tipo de compromiso, te lo dije.

— Sí, compromisos, pero ¿y qué hay de los sentimientos? Una cosa es que no esté deseando que nos casemos, pero deseo que me quieras— la tomó por los hombros y la hizo volver para mirarla a los ojos— ¿si te pidiera en este momento que me digas cuáles son tus sentimientos hacia mí, podrías genuinamente decirme que me amas?

— Yo estoy aprendiendo a quererte, aún es pronto.

— No, Sofía, el amor se siente o no se siente, tú no estás enamorada de mí, estás compensando tu soledad conmigo, y francamente, creo que merezco algo mejor que eso.— dijo con la mirada oscurecida.

— Por supuesto, estoy de acuerdo, mereces que te ame, y estoy aprendiendo a sentir de nuevo, sabes que con Gonzalo pasé cosas difíciles, pero sé que puedo llegar a amarte, no me apresures, nos va bien como estamos. ¿Por qué echarlo a perder con estas interrogantes?

— Porque de estas respuestas depende mi decisión de permanecer a tu lado. Sabía que te recuperabas de tu ruptura, pero tenía la esperanza de estar tocando tu corazón y ahora me doy cuenta de que nunca llegué siquiera a rozarlo. Al parecer Gonzalo se lo llevó con él, porque nunca has

dejado de pensar en ese hombre. Sé que lo amas, y que nunca me amarás a mí de esa forma, de hecho, no me amas de ninguna forma, lo nuestro es físico y nunca va a ser de otro tipo.

— No digas eso, sí tengo sentimientos por ti, sólo que no estoy preparada para hablar de eso.

— No me mientas, y mejor aún, no te mientas a ti misma. No sientes nada por mí, Sofía... y yo no me voy a conformar con eso.

— Pero es que no te entiendo, por qué es tan importante que te diga lo que siento, si no estás interesado en un compromiso ni en tener hijos conmigo. ¿Es sólo que tu ego de hombre necesita que me derrita por ti? Estoy harta de que siempre quieran más de mí, más de lo que yo deseo ser.

— Lo que sucede, mujer, es que tú misma no sabes lo que quieres. Aparte de negarte a ti misma que aún no olvidas a ese hombre, no sabes lo que esperas. Me dices que no quieres un compromiso, pero eres incapaz de deshacerte del anillo que te dió. Lo sacaste de tu vida, pero no lo sacas de tu corazón ni de tus pensamientos, no vives sin él, de hecho no vives de ninguna forma, porque sigues amándolo, y muy dentro de ti, sabes que aún esperas volver con él. Hazte un favor, Sofía: no te mientas más, acepta la realidad y no emprendas ninguna otra relación hasta que de verdad hayas superado a Gonzalo, porque a ningún hombre le gusta este papel que estoy haciendo yo contigo.

— Por favor, Ángelo, no es así. Dame tiempo para superar eso.

— Pues te voy a dar tiempo y espacio porque me voy, no quiero continuar esto, tú no me amas, y yo no voy a seguir aceptándolo. Examínate, cúrate del amor por ese hombre, y luego acepta a alguien más en tu vida, porque de otra forma, toda relación estará condenada a terminar como nosotros. Esto duele, Sofía, en verdad duele pero no voy a aceptar ser lo que tú quieres que sea.

— Por favor, piénsalo, cariño, sé que tienes derecho a estar molesto, pero voy a deshacerme del anillo, te lo aseguro.

— El anillo es sólo el objeto con el que se muestra lo que ocurre dentro de ti. Sana tu corazón, sana tu vida, hazlo por tu bien.

Se dio la vuelta y se colocó la chaqueta del traje.

— Luego vendré por mis cosas.

— Ángelo, no, por favor, puedo hacerlo.

— Sé que puedes, pero no lo deseas. Gonzalo aún es el dueño de tu corazón y tú quieres que siga siendo así. Acéptalo, lo amas y hasta que estés libre del fantasma de ese amor, no podremos tener algo que funcione. Él está aquí entre nosotros y yo no quiero compartirme con él.

— Me dejas entonces. No puedo creerlo, cuando pensé que estábamos bien, me haces esto.

— No estamos bien, "tú" estás bien, porque yo no te exijo nada, pero no es posible porque yo sí quiero más de ti. Sí, te dejo con tus recuerdos, con tu amor por él, porque hasta que asumas que aún lo amas, seguirás igual, comenzando y terminando relaciones. Debes hacer algo al respecto.

— Pensé que lo hacía, contigo.

— Pero estás equivocada, sólo hay una apariencia de relación entre tú y yo, esto no tiene ni el menor futuro, ahora debo irme. Voy a llegar tarde.

Se dio la vuelta y salió de la habitación. Sofía se quedó allí, sin saber qué hacer con su vida. Ángelo tenía razón.

Se quitó el chal que llevaba sobre su vestido y salió al salón, miró a su alrededor y se dio cuenta de lo sola que se sentía. Fue a la cocina y se sirvió vino en una copa de la botella que había abierto un rato antes. Se fue con la copa y se sentó en el sofá, tomó un sorbo de la bebida y la colocó sobre la mesilla de centro. Miró el anillo que llevaba apretado en su mano, y una solitaria lágrima corrió por su rostro. Se había terminado su relación con Ángelo y ella, siendo sincera consigo misma, no sentía tristeza por eso, de hecho, sentía un poco de alivio, quizás hasta paz consigo misma.

— Es cierto, aún lo amo. Creo que lo voy a amar por siempre, para qué me engaño. Ese hombre se metió en mis venas: lo siento, lo respiro, lo vivo cada día y por absurda lo perdí. Lo amo más que nunca.

A continuación, tomó el anillo, lo observó por algunos segundos y se lo puso en el dedo anular de la mano derecha, luego se lo quitó y lo pasó a la mano izquierda. Allí lo dejó y tomó su teléfono que se hallaba sobre la mesa y marcó.

Minutos más tarde sonó el timbre y Sofía fue a abrir. Allí se encontraba Ana María, con el rostro triste y una bolsa con dos enormes tarros de helado.

— Traje ayuda— dijo mostrando el helado— Del verdadero, nada de helados ligeros, esto es grave y amerita muchas calorías.

— Lo volví a hacer, amiga, lo volví a echar a perder.— se abrazaron, pero esta vez no hubo lágrimas en los ojos de Sofía, sólo una gran tristeza por lo que había descubierto.

Se sentaron en la mesa de la cocina y Sofía buscó cucharas, y cuando cogió el tarro, Ana María vio el anillo y una pregunta se mostró en sus ojos.

Sofía miró el anillo y suspiró.

— Un día Gonzalo me lo entregó para que cuando me decidiera a comprometerme, me lo pusiera. Hoy descubrí que lo que pensaba que había avanzado en relación a Gonzalo, es una farsa. Sigo enamorada de él como el primer día y debo sacármelo del corazón, si quiero seguir adelante lo primero que debo hacer es reconocer que lo amo, y que no hago nada intentando tener relaciones con otras personas amándolo a él. Supongo que debo darme el tiempo necesario para vivir mi duelo y ese mismo tiempo aplacará este sentimiento.

— ¿Y si buscas a Gonzalo?

— No puedo hacerlo, lo herí, no tengo derecho a volver a intentarlo. Él fue un caballero y yo lo lastimé, me vio cuando Ángelo me besaba, y sé que eso le dolió mucho, ya a estas fechas debe haber reconstruido su vida. Quién soy yo para regresar a perturbar su paz.

— Entonces, amiga, permíteme que sea muy sincera contigo.

— ¿Cuándo no lo has sido?— preguntó con una pequeña sonrisa triste en sus labios.

— Así es, debo decirte que entonces mis hijos tendrán una tía solterona, porque tú, mi querida Sofi, sigues perdida por tu noviosaurio.

Se fueron al sofá con los tarros de helado en las manos, y siguieron hablando.

Las horas pasaron y el amanecer las encontró dormidas allí mismo.

## Capítulo 15

### Capítulo 15

Aquel día de diciembre, Sofía caminaba por el boulevard haciendo sus compras navideñas.

La nochebuena y la venida de Los Reyes estaban muy cerca y tenía que conseguir los regalos para su familia. Miraba algunas vitrinas sin mucho interés, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta, protegiéndolas del frío mientras sus pensamientos divagaban. Cuando levantó la mirada de aquel reloj que le pareció un buen regalo para su hermano Roberto, por un momento pensó que su mente le jugaba una mala pasada al ver reflejada en el cristal la alta figura de pie detrás de ella. Cerró los ojos por un instante y los abrió de nuevo, pero la imagen seguía allí. Con miedo de que fuera su imaginación, se dio la vuelta y se convenció de que era real. Allí, frente a ella, estaba Gonzalo viéndola con aquellos ojos profundos, pero sin el brillo que impactó a Sofía al conocerlo. Estaba tan guapo y elegante como siempre, sin embargo su rostro era una máscara, y unas leves ojeras marcaban sus ojos.

— Gonzalo... — no sabía qué decirle. Había imaginado ese momento un millón de veces, y pensaba en lo que le diría, pero ahora que estaba ocurriendo, algo se atoraba en su garganta y no lograba articular palabras.

— Sofía, estás tan hermosa como siempre— la miró con ojos tristes y trató de sonreír sin lograrlo del todo.— ¿Cómo va tu vida?

— Eh, bien, va bien... ya bastante avanzada con el máster — hablaba sin mucha convicción — ¿y tú cómo has estado?

— Bien, todo igual, la tienda, los viajes.

— Me imagino... ¿Y tu familia?

— Todos bien — lo pensó un momento y se decidió— ¿Puedo invitarte a tomar un café?

— Claro, me encantaría, hace frío.

— Vamos entonces. A pocos metros hay un buen lugar.

Camaron juntos en silencio hasta el café que indicó Gonzalo, entraron y

se sentaron. Luego de ordenar, Gonzalo comenzó a hablar.

— Hace mucho que no nos vemos. ¿Hay algo nuevo que contar?

— No mucho, en realidad. Ah, sí, me he mudado de casa de mis padres. Alquilé un piso pequeño cerca de mi trabajo.

— ¿Sigues en el mismo hospital?

— Sí, por ahora.

— ¿Y hay alguien en tu vida?— preguntó con voz ronca.

— No. Estoy dedicando todo mi tiempo a estudiar y trabajar.

— No puedes dejar de vivir por culpa de los estudios, debes divertirte también.

— ¿Quién eres tú, y qué hiciste con Gonzalo? ¿De verdad me estás diciendo que me esfuerzo demasiado? ¡Si no conozco a alguien más dedicado a lo suyo que tú!- le sonrió divertida. "¡Qué guapo está, Dios mío!" pensó la joven.

— ¡Por supuesto! ¡Deben ser ciegos todos los hombres en ese lugar! — le devolvió la sonrisa y el corazón de Sofía dio un vuelco.— Mi madre no deja de preguntar por ti. Todo el tiempo me llama estúpido por dejarte ir y creo que tiene razón. Estás preciosa, mucho más de lo que recordaba.

Sofía se sintió extraña ante el cumplido, y se entretuvo quitándose el guante de la mano izquierda para tomar el café, mientras buscaba cómo responderle.

— Gracias Gonzalo, tú también luces muy bien. Me da gusto verte.

— Te he extrañado mucho, Sofía.

— Supongo que Diana estaría más que dispuesta a llenar tu tiempo para que no me extrañaras. ¿O hay alguien más?

— No, nadie. Hablé en serio cuando te dije lo que significas en mi vida.

— Cometimos errores — dijo Sofía.— Nadie podía prever lo que ocurrió, pero sin duda lo pasamos bien.

— Más que bien, hasta este momento sigo preguntándome si actué debidamente. No puedo convencerme de haber hecho lo correcto.

— Gonzalo, ambos esperamos más de lo debido del otro. Eso nos confundió.

— ¿Crees que debimos luchar por lo que teníamos?

— No lo sé. Quizás sólo habríamos retrasado lo inevitable, pero sí, ambos exigimos del otro lo que no estaba dispuesto a dar. Tú querías un compromiso, y yo debí comprenderte. Es tu forma de ser pero yo estaba empeñada en conservar mi libertad y pagué un precio muy alto por ella.— bajó la mirada con un suspiro.

— ¿Lamentas que haya terminado? Yo sí, porque sé con toda certeza que nadie me va a dar la felicidad que tuve contigo.

— Sí, Gonzalo, lo lamentaré siempre— lo miró a los ojos— y jamás podré perdonarme el daño que te hice por mi inmadurez.

— No debes culparte, probablemente no hice lo necesario para que me amaras lo suficiente como para renunciar a tu libertad.

— El amor no fue el problema. No creo que llegue a amar a nadie tanto como a ti.

— Y entonces... ¿por qué?

— Porque fui una completa idiota que por defender mi libertad permití que el amor saliera de mi vida y cuando te fuiste no había nada. Luché por mi libertad, y cuando la obtuve, no tenía nada qué hacer con ella.

— Sofía... ¿aún me amas?— le preguntó en un susurro.

Sofía antes de responderle, comenzó a quitarse el guante de su mano derecha y al terminar, la colocó sobre la mesa. Gonzalo observó lo que le mostraba y un nudo se formó en su garganta.

— Te amo más que nunca... y por eso llevo puesto este anillo, para recordarme a mí misma cómo se puede perder el amor más grande por terquedad y es que me di cuenta de que fui una tonta. Tú me ofrecías un amor que me llenaba por completo y yo lo eché a perder por no aceptar un compromiso.

— Y yo sólo esperaba que aceptaras usarlo, que me dijeras que aceptabas casarte conmigo, con eso me habría sentido feliz, sólo con que accedieras a usarlo aunque tomaras el tiempo que desearas para casarnos. No me importaba esperar.

Sofía levantó la mirada y encontró aquellos ojos que amaba y deseó

perderse nuevamente en ellos.

Gonzalo cubrió la mano de Sofía con la suya y vio que los ojos de ella se ensombrecían.

— Sofía... ¿crees que exista aún una posibilidad para nosotros?

— No lo sé, Gonzalo. No podremos saberlo... si no lo intentamos...—  
sonrió a medias.

Gonzalo llevó la mano de Sofía hasta sus labios y le habló en voz muy baja.

— ¿Recuerdas que un día te dije que habías entrado en el lugar más secreto de mi alma? Pues... jamás saliste de allí.

Fin